Entre un caos de ruinas apenas visibles
Guillermo Espinosa Estrada
ANTÍLOPE

Entre un caos de ruinas apenas visibles

IMPALA

Entre un caos de ruinas apenas visibles
Primera edición, México, 2017
Entre un caos de ruinas apenas visibles © Guillermo Espinosa Estrada

© de las ilustraciones: Verónica Gerber Bicecci

Coedición: Ediciones Antílope S. de R.L. de C.V. / Secretaría de Cultura

D.R. © 2017 Ediciones Antílope S. de R.L. de C.V.
Alumnos 11, col. San Miguel Chapultepec
del. Miguel Hidalgo, C.P. 11850, Ciudad de México
www.edicionesantilope.com

D.R. © 2017 Secretaría de Cultura
Dirección General de Publicaciones
Avenida Paseo de la Reforma 175,
Col. Cuauhtémoc, C.P. 06500,
Ciudad de México
www.cultura.gob.mx

Diseño de colección
Alfonso Santiago

Formación
Quinta del Agua Ediciones

ISBN: 978-607-97070-7-1, Ediciones Antílope
ISBN: 978-607-745-721-3, Secretaría de Cultura

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la
fotocopia o la grabación, sin la previa autorización
por escrito de los editores.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

ANTÍLOPE

Entre un caos de ruinas apenas visibles

Guillermo
Espinosa Estrada

a Carlo y a Juan Pablo, con quienes me hice lector
a Corea Torres, porque nos prestaba los libros

“Χαχαχαχα” y “χιχιχι” son las dos formas onomatopéyicas de la risa en griego antiguo; creo que se mantienen así en el contemporáneo.

Por algún sitio tenía que empezar, aunque se me ocurre que sería mejor buscar el principio. ¿Cuál es el inicio de esta historia?

Ernst Robert Curtius heredó, siendo muy pequeño, una inmensa fortuna. De su abuelo el arqueólogo: su pasión por la historia; de su tío el filólogo: su inclinación por la literatura, y de su padre —director de una iglesia luterana—: su alto sentido espiritual.

Gelos es risa en griego: γελως; proviene del verbo γελαω, que es reír, y según el *Diccionario etimológico* comparte raíz con sustantivos fulgurantes como brillo y centella. De aquí emanan los términos aún corrientes de agelasta —el que no ríe nunca— y uno particularmente popular: geloterapia, curación por medio de la risa.

"El hombre", dice Aristóteles, "es el único de los animales que ríe".

En algún punto del siglo VIII a.C., Licurgo, el mítico legislador de Esparta, mandó edificar una escultura de Gelos, el dios de la Risa. Nadie sabe cómo era, se ignora cuál era exactamente su función y cómo se le rendía culto, pero me siento con la obligación moral de averiguarlo. Aunque se encuentra sin duda en la esfera más baja de la jerarquía divina —debe tratarse de un espíritu, un genio o un daimon— esa estatua se me ha convertido en una especie de fetiche, un amuleto que irradia un poder misterioso. Sospecho que sólo hallándola podré alcanzar la resignación.

Werner Wilhelm Jaeger nació en Lobberich, Prusia, un pueblito ubicado en la región de Renania del Norte-Westfalia. Hijo único de un matrimonio modesto y trabajador, y nieto de una pareja culta y bien educada, el joven Werner intentó conciliar en su disciplina el pragmatismo de sus padres con la sensibilidad de sus abuelos.

Según una antigua tradición gnóstica, el cosmos fue creado por una carcajada divina. Eso dice uno de los "papiros de Leiden", un documento griego-egipcio datado alrededor del siglo III d.C. Se trata de un texto sagrado donde un demiurgo, después de alabar al dios del Sol, aplaude tres veces y luego ríe siete —"χαχαχαχαχαχαχα"—, acto con el que engendra a los siete dioses "que abarcan el Todo". Ellos son Fos Auge (Luz Brillo), Hydor (Agua), Nus o Hermes (Mente), Genna (Generación), Moira (Destino), Cairós (Oportunidad) y Psique (Alma). Cuando

termina su Génesis, el creador le dice a Psique: "Todas las cosas pondrás en movimiento, todas las cosas se llenarán de alegría cuando Hermes te acompañe", y fue así que "todas las cosas se movieron y se llenaron de aliento divino de manera incontenible". Si para los gnósticos la vida surgía de la risa, ¿era alegre por consecuencia? ¿De qué forma se extingue una religión tan atractiva?

Me reencontré con la estatua hace unos meses; apareció, como un fantasma, en la "Noche" del "Séptimo día" de *El nombre de la rosa*. Durante el último alegato entre Jorge de Burgos y Guillermo de Baskerville, aquel sobre la naturaleza humana o demónica de la risa, de Burgos advierte: "Si algún día alguien pudiese decir (y ser escuchado) 'Me río de la Encarnación…', no tendríamos armas para detener la blasfemia". Entonces fray Guillermo recurre a la autoridad clásica para rebatirlo: "Licurgo hizo erigir una estatua de la risa", pero el otro parece minimizar su argumento: "Eso lo leíste en el libelo de Cloricio, que trató de absolver a los mimos de la acusación de impiedad y mencionó el caso de un enfermo curado por un médico que lo había ayudado a reír".

Desde entonces he querido dar con Cloricio y su libelo, sin conseguirlo. No queda rastro suyo en las enciclopedias, se le ha omitido de cualquier índice bibliográfico e, incluso, el único resultado que arroja mi búsqueda en internet es el párrafo aludido. Es como si Umberto Eco lo hubiera traspapelado para la posteridad atribuyéndoselo a un autor ficticio, y, siguiendo las enseñanzas de su propio villano, no nos dejara leer documento tan esotérico. Pero ahora sufro una urgencia inédita por entender lo que para cualquiera se limita a un asunto curioso o casi

pintoresco. A falta de la fuente de fray Guillermo exploro con ansiedad sendas aledañas.

> Habiendo dicho esto, dio tres palmadas y el dios se rio siete veces: ja ja ja ja ja ja ja. Y, al reírse, fueron engendrados siete dioses, los que abarcan el Todo; pues estos son los que aparecieron primero.
>
> Cuando él se rio por primera vez, apareció Fos (Luz) Auge (Brillo) y separó el Todo. Y nació como dios sobre el cosmos y sobre el fuego […].
>
> Y se rio por segunda vez y todo fue agua, y la tierra al oír el eco y ver a Brillo se quedó atónita y se encorvó, y el agua se dividió en tres partes y apareció un dios y fue puesto sobre el abismo. Y, por esto, el agua sin él no crece ni mengua […].
>
> Y cuando quiso reírse por tercera vez, apareció a través de la furia el dios Nus (Mente) sosteniendo un corazón; y recibió el nombre de Hermes, por quien todo se interpreta. Se encuentra sobre el Pensamiento con el que todo se entiende […].
>
> Y se rio el dios por cuarta vez, y apareció Genna (Generación) que es dominio sobre la semilla del todo, por quien fue sembrado todo cuanto existe […].
>
> Y se rio por quinta vez y se entristeció al reírse, y apareció Moira (Destino) con una balanza significando que la justicia está en ella […].
>
> Riose por sexta vez y se alegró mucho. Y apareció Cairós (Oportunidad) sosteniendo un cetro que simboliza la realeza, y entregó el cetro al primer dios creado […].
>
> Se rio por séptima vez entre jadeos y nació Psique (Alma), y todo se puso en movimiento. El dios

dijo: "Todas las cosas pondrás en movimiento, todas las cosas se llenarán de alegría cuando Hermes te acompañe".

Cuando el dios dijo esto, todas las cosas se movieron y se llenaron de aliento divino de manera incontenible.

(*Papiro de Leiden*, J, 395.)

Toda piedra tallada es poderosa; el primer cuchillo guarda un misterio, la primera punta de lanza. Darle forma a un mineral tiene algo de sacrílego, atenta contra la naturaleza pero al mismo tiempo nos permite tener acceso a la divinidad. Tengo la impresión de que este hechizo se perpetúa en las lápidas de los cementerios: grabar nuestro nombre en la piedra como una forma de inmortalidad, una última apuesta por la trascendencia. Por ello cualquier escultura es en esencia mágica: conforma una realidad paralela donde lo esculpido deja de ser roca y se transforma en algo más, en algo esencialmente sagrado.

Nadie sabe en qué época vivió Licurgo, si acaso lo hizo. Historiadores antiguos lo situaban cercano al siglo IX, pero las evidencias arqueológicas discrepan. Proponen que tal vez haya existido unos cien años más tarde, a principios de los setecientos antes de Cristo.

La tradición dicta que Licurgo fue el creador del estado espartano y el responsable de convertir a los laconios en una temida potencia bélica. Esto lo hizo bajo los auspicios del oráculo de Delfos, quien le aseguró que el pueblo gobernado con sus leyes sería célebre en la posteridad. Cuando finalmente culminó con su reforma política, Licurgo decidió volver con el oráculo y llevarle un

agradecimiento en forma de tributo. Antes de partir les hizo prometer a todos los espartanos que guardarían sus leyes hasta que él volviera; le fueron fieles siempre porque nunca regresó.

Una parte de su leyenda, una parte minúscula en realidad, es la que me interesa: la que le atribuye haber erigido una efigie al dios de la Risa. Plutarco, autor del recuento más pormenorizado de su vida y obra, dice que en efecto lo hizo. "Ni siquiera el propio Licurgo era descomedidamente severo", señala, "por el contrario, refiere Sosibio que aquél erigió la estatuilla de la Risa, introduciendo así oportunamente la broma, como condimento del cansancio y del método de vida, en los banquetes y en las tertulias". Este es el inicio de esta historia. Esto es lo único que se sabe de ella.

Erich Auerbach nació en el barrio de Charlottenburg, en el seno de una acomodada familia berlinesa. Aunque judío de origen, nunca practicó su religión y toda la vida se consideró a sí mismo como enteramente prusiano.

Sobre estas piedras edificaré mi iglesia:

> Ni siquiera el propio Licurgo era descomedidamente severo. Por el contrario, refiere Sosibio que aquél erigió la estatuilla de la Risa, introduciendo así oportunamente la broma, como condimento del cansancio y del método de vida, en los banquetes y en las tertulias.
>
> (Plutarco, *Licurgo*, 25.)

Como si fuera capaz de insuflar vida en algo que estaba inerte, como si pudiera crearlo de la nada, existen tradi-

ciones donde el universo también ha sido producto de una carcajada divina. Entre los nativos de Norteamérica, por ejemplo, se mantiene la creencia de que el *trickster* —un tipo de demonio y bufón— no sólo se divierte con las bromas pesadas que le hace a la humanidad, además es el creador del mundo. En otras palabras: el mundo es el juego cruel de los dioses y nosotros sus juguetes. Si entendemos las cosas así renunciamos al principio divino, a la unidad cósmica y a la mismísima Providencia; todo se reduciría a una inmensa rebaba estelar.

Sosibio era un nombre bastante popular entre los griegos. Al menos cuatro se dedicaron a la literatura: Sosibio, poeta trágico —ningún otro dato tenemos de él—; Sosibio, tutor del emperador Británico —ningún otro dato tenemos de él—; Sosibio, filósofo que se opuso a las ideas de Anaxágoras —ningún otro dato tenemos de él— y Sosibio, gramático —de quien sabemos todo en comparación a los anteriores—. "Distinguido gramático lacedemonio", dice Sir William Smith, "que vivió bajo el reinado de Ptolomeo Filadelfo (alrededor del 250 a.C.) y contemporáneo de Calímaco. Fue uno de los escritores que se dedicaron a resolver las dificultades filológicas de las obras antiguas; alguno de sus tratados, no sabemos cuál, contiene información sobre el origen de la comedia dórica, sobre la dicelistae y sobre el arte de los mimos. Sólo nos quedan fragmentos aislados de su obra". Este último es el Sosibio que cita Plutarco; en ese tratado sobre la comedia tendría que haber aparecido la escultura.

Los espartanos son los antiguos descendientes de Heracles y Deyanira. Cuenta la leyenda que, poco después de la muerte del patriarca, fueron expulsados de la península del Peloponeso por las huestes del rey Euristeo. Entonces vagaron por las tierras del Ática hasta que lograron refugiarse en la ciudad de Atenas, lugar donde tenían que permanecer por "tres cosechas". El oráculo no se refería a tres años, hablaba más bien de generaciones: fue al cabo de casi un siglo que los espartanos volvieron a Laconia y pudieron así reconquistar sus tierras.

No aparece en los diccionarios históricos ni en los mitológicos, mucho menos en portales cibernéticos. Las publicaciones más quisquillosas registran Gelo —gobernante de Siracusa—, Geloi —gentilicio de los habitantes de Gela— y Gelos —puerto de Caria, cercano a la isla de Rodas—. Nada bajo el término "Gelasma". El dios de la Risa es un personaje demasiado intrascendente, casi tímido, como para colarse en el inventario de la Antigüedad.

Pero para muchas otras tradiciones griegas, el mundo no surgió de una carcajada divina; según Hesíodo lo hizo del Caos, según Plotino de la fragmentación del Uno. A pesar de ello, su panteón guarda varios nichos para deidades risueñas; de hecho, en ocasiones pareciera que el Olimpo es sede de animadas reuniones sociales. Es una corte bastante frívola, un tanto decadente incluso, que se solaza con el chisme, la intriga y la agudeza. Pareciera que ahí nada es completamente en serio, al menos no los problemas de la humanidad. Nuestra vida, por más terrible que nos pudiera parecer, por más dolor que pueda provocarnos, es tan corta y limitada —tan terrenal—

que a los dioses sólo puede inspirarles una sonrisa de conmiseración.

Vuelvo a teclear Cloricio en el buscador, con la esperanza de que los adelantos tecnológicos colmen esta extraña sensación de vacío. Después de todas las combinaciones posibles, busco "Gelos" una vez más y, por qué no, "Gelasma", "dios de la Risa", "risa griega" y "escultura risa Licurgo", así como otras derivaciones igualmente inútiles. Por lo que he podido averiguar en los últimos meses, Heródoto, Jenofonte y Plutarco abundaron sobre la cultura espartana, pero la estatua de la Risa sólo la menciona el último. Empezar por ahí. Otra ocurrencia, absurda, ridícula, irresistible: reconstruir el tratado de Sosibio. Si ahí aparecía la escultura del dios Gelos, algo de su sentido, tarde o temprano, tendría que revelarse.

Μειδαν (meidan), vocablo que en griego antiguo quiere decir sonrisa. Comparte raíz con términos como asombro, estupefacción y, en particular, boquiabierto. Entendida de esta manera no resulta sorprendente que la palabra "milagro" tenga aquí su raíz más remota.

Walter Benedix Schönflies Benjamin adquirió de su padre el gusto por el coleccionismo. Desde niño comenzó a amasar un enorme acervo donde "cada piedra que encontraba, cada flor que cogía y cada mariposa capturada" eran para él "una colección única". A partir de sus travesuras en Berlín, conformó un archivo cuya función no era petrificar el pasado sino renovar lo antiguo: "renovar lo antiguo mediante su posesión", escribió,

"era el objeto de la colección que se amontonaba en mis cajones".

Según la mitología egipcia, Ra —el dios del Sol— abandonó la corte celestial para recluirse en una cueva, ya que Babi —el dios de la fertilidad— lo había insultado diciéndole que su culto no tenía seguidores. Las otras divinidades, ansiosas de luz, expulsaron al maldiciente para reivindicar el honor de Ra, pero ni eso apaciguó su pataleta. Fue entonces que la diosa Hator —de quien se dice jamás experimentó la pena o el dolor— se dirigió a su guarida y empezó a bailar y a quitarse la ropa hasta que le mostró sus partes íntimas. A Ra le pareció tan gracioso que no pudo contener la risa, se puso de buen humor y volvió a iluminar el mundo. Este es el motivo por el cual, cada tanto, ocurren los eclipses solares.

En la página 649 del *Diccionario universal de la mitología ó la fábula* (1835) leo: Gelasio, dios de la Risa —ningún otro dato tenemos de él—.

Aunque ya habíamos acordado que me hospedaría con ella en mi viaje a Veracruz, Camila y yo no afinamos los detalles de mi visita hasta que le llamé desde la Ciudad de México un día antes.

A esa hora no voy a estar, me dijo, pero le voy a decir a Paty.

¿Paty?, ¿tu *roommate*?

No, la señora que me ayuda con Pablo en las mañanas.

Okey.

Pero si ella no está…

¿Qué?

Te voy a dejar una llave debajo de una virgen que está en la entrada.

Tuve que hacer una pausa para asimilar que, después de todas las invectivas que le había escuchado en contra del "opio de los pueblos", Camila ahora tenía un altar en casa.

¿Una virgen? ¿Pues a dónde hablo?

Imbécil.

¿Camila Torres Aguilar?

¡No tengo por qué darte explicaciones! Así estaba la casa cuando la renté…

Camila era el tipo de persona que siempre podía sorprenderte haciendo algo extraordinario, por eso cuando revelaba alguna conducta tradicional o pequeño burguesa el asunto se tornaba aún más insólito. Para su familia, para mí, y tal vez para algunos otros íntimos que no llegué a conocer realmente, era una costumbre lidiar con sus constantes mudanzas, sus experimentos con psicotrópicos y una vida sentimental más escandalosa que envidiable. Pero cuando aludía por casualidad a cosas como su póliza de seguros, un par de plantillas ortopédicas o una plancha —objetos de adulto que yo no había tenido la disciplina de adquirir—, recordaba que una de sus virtudes era hacer de lo cotidiano algo imprevisible.

Está bien, pues… no te enojes y dime cómo llegar.

¿Tienes con qué escribir?

Primera conclusión extraída de los pocos datos obtenidos: la risa espartana es una herramienta pedagógica; al menos eso colijo de Plutarco. Releí la vida de Licurgo y señala que los hombres laconios asistían a reuniones

donde procuraban su mejoramiento moral "entre broma y risa". Ahí encomiaban efusivamente una acción virtuosa, así como escarnecían otra que no lo fuera. La estatuilla del dios Gelos introdujo las chanzas en los banquetes y en las tertulias; pudo haber sido más una advertencia —amable, si se quiere— que motivo de placer y esparcimiento.

Καχαζω (kachazo) es carcajada en griego antiguo; en ambos términos parece sobrevivir un reducto bullicioso, onomatopéyico.

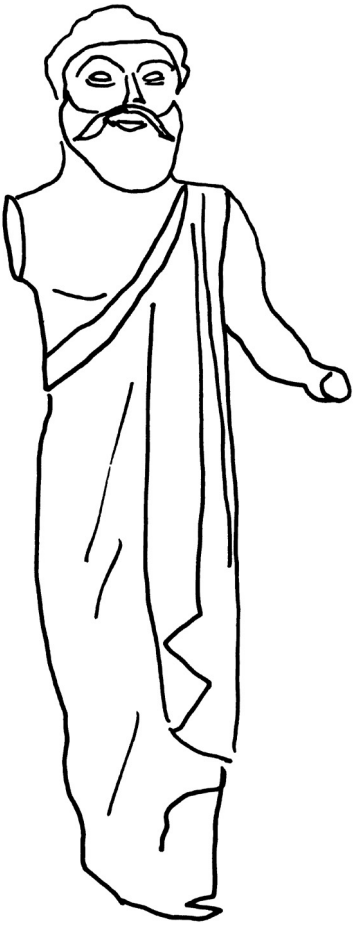
> Los menores de treinta años no bajaban nunca al ágora, sino que realizaban sus haciendas indispensables a través de sus parientes y amantes. En cuanto a los ancianos, estaba feo que se les viera constantemente ocupados en estas tareas, pero no que anduvieran la mayor parte del día por los gimnasios y las tertulias llamadas *léschai*. Y así, coincidiendo en éstas, pasaban su tiempo dignamente unos con otros, sin preocuparse por nada de cuanto atañe al comercio o a la tarea del mercado, sino que la principal ocupación de ese pasatiempo consistía en elogiar cualquier cosa noble o criticar las vergonzosas entre broma y risa, que suavemente conducen a la reprensión y a la enmienda.
>
> (Plutarco, *Licurgo*, 25.)

Ernst Robert Curtius creció en la provincia de Alsacia y Lorena, una región que desde la caída del Imperio Romano ha oscilado entre la dominación francesa y germana. En las aulas del Gimnasio Protestante de Estrasburgo

asumió, inevitablemente, un legado cultural múltiple, híbrido, que lo hizo ver con escepticismo y distancia los extremos nacionalistas de sus dos países.

En aquella época los utensilios para calar la piedra seguían siendo de bronce —un material mucho menos resistente que el hierro o el acero— y por ello resultaba difícil que la representación escultórica se alejara mucho de la figura original de la piedra. La estatuilla de la Risa pertenece al periodo que hoy conocemos como geométrico —siglos x al viii a.C.— y en los pocos ejemplos que permanecen de aquel entonces es dable ver líneas rígidas y un tanto toscas: era imposible darle libertad a los brazos o piernas, y el pelo estaba irremediablemente unido al cuello. La representación de Gelos, por ende, habría distado mucho de lo que yo imagino como "escultura griega"; sería algo más torpe, hierática, definitivamente más egipcia.

Prácticamente no existen vestigios de la comedia dórica antigua. De hecho son pocos los documentos en dórico que sobreviven, siendo el jonio y el jónico-ático los dialectos dominantes en la escritura. Ahora sólo quedan inscripciones, epígrafes funerarios de lo que fuera una lengua viva. Pero es muy probable que en su tratado Sosibio hablara de Epicarmo, el Príncipe de la comedia; se le atribuye haberle dado unidad a este género dramático y escribía en dórico siracusano. Aún quedan fragmentos de sus obras, algunos títulos —*Las bacantes*, *Los Dionisios*, ¡*Ulises náufrago*!— pero no lo suficiente para especular.



¿El "tratado de Sosibio" que cita Plutarco es el "libelo de Cloricio" que cita fray Guillermo? ¿Se trata, en realidad, de una sola fuente extraviada que un mal copista multiplicó? Ambos parecen hablar de la risa, de los mimos, del dios Gelos y, aun así, resulta poco probable. Insisto con esta hipótesis porque es más fácil lidiar con un fantasma que con dos.

Un equívoco recurrente: la idea de que Dionisio es el dios de la Risa. Podría haberlo sido, su radio de influencia es muy extenso, es el arcano tutelar de todo el universo sonriente, festivo y alegre de la cosmovisión clásica. Pero lo cierto es que, a diferencia de Gelos, nunca se le designa de esta manera.

Dionisio es el dios del vino, la locura ritual y el éxtasis. En las bacanales, en medio de la borrachera y el delirio, la risa resultaba natural, necesaria, de ahí su vinculación; pero creo que podría tratarse de una risa diferente a la de Gelos. Con los misterios de Dionisio no se juega. Baste recordar el destino de Penteo, rey de Tebas, quien fuera castigado por proscribir su culto. El dios se encargó de hacerlo fisgonear en una fiesta exclusiva para las mujeres y, al ser descubierto, se le ajustició. Fue su propia madre quien le arrancó la cabeza.

La risa de Gelos, por lo poco que puedo concluir, es más prosaica, coloquial; es un "condimento del cansancio y del método de vida" laconio. A no ser que la distancia histórica me haga desvirtuar completamente su significado.

Werner Jaeger fue un niño precoz. Aprendió latín a los nueve años, griego a los trece, y más o menos por las mismas fechas terminó por su cuenta todas las lecturas escolares. Inquieto, exigió a sus profesores más libros y pronto encontró los trabajos de Ulrich von Wilamowitz-Moellendorf, el gurú de la filología clásica alemana. La lectura de su *Introducción a la tragedia griega* significó para este joven "el amanecer de un nuevo mundo", uno en el que viviría desde ese momento en adelante.

Los espartanos no sólo se entrenaban en la lucha, también buscaban la pericia en la agudeza verbal. Eso sugiere Plutarco al decir que los mayores acudían a los entrenamientos de los jóvenes para presenciar "las luchas y las bromas que se hacían unos a otros". Al parecer eran cualidades complementarias, ambas se practicaban en el gimnasio y un soldado laconio debía ser tan punzocortante con la espada como con la lengua.

El *trickster* mexica se llama Tezcatlipoca —el Señor del espejo humeante—, personaje que en señal de respeto era invocado como "Aquel que se burla de los humanos". Por sus travesuras —que consistían en dar riquezas, prosperidad, fortaleza y fama para arrebatarlas después— los primeros evangelizadores lo clasificaron como un espíritu chocarrero. No se detuvieron a pensar que se parecía mucho al dios de Job, e incluso al que en Génesis 9:6 confunde la lengua de los hombres. El *trickster* es siempre una concepción lúdica de la fortuna y los altibajos del destino; algo de su magia persiste en el apotegma: "Si quieres hacer reír a dios, cuéntale tus planes".

> Los ancianos estaban todavía más atentos, frecuentando los gimnasios y presenciando las luchas y las bromas que se hacían unos a otros, no por distracción, sino porque, en cierto modo, todos se consideraban padres, pedagogos y gobernantes de todos; con lo que no quedaba ocasión ni lugar sin que alguien reprendiera y castigara al que actuaba erradamente.
>
> (Plutarco, *Licurgo*, 17.)

Aunque pensándolo bien, esto podría ser un embuste. Plutarco, un filósofo de Beocia, cita en el siglo I d.C. a Sosibio, un gramático que radicó en Egipto en el siglo III a.C. y cuya obra no sobrevivió. La fuente perdida menciona, al parecer, una efigie que fue mandada a construir en Lacedemonia por el legislador Licurgo, quien de haber existido realmente habría vivido en el siglo VIII a.C. Para Plutarco —mi único asidero concreto— la estatua ya era tan lejana como lo es para mí la Edad Media: territorio de milagros y aventuras fantásticas, el "Érase una vez" de los cuentos de cuna. Así Licurgo, y no se diga el dios de la Risa, existen para mí más allá de lo histórico: habitan en el no tiempo de lo mítico.

Llegué a casa de Camila la tarde del día siguiente. Ahí estaba, en efecto, un nicho con una imagen de la asunción de María, pero fue Paty la que me dejó pasar. Al parecer había llegado justo a tiempo porque ella estaba lista para irse. Me dio las llaves, me encomendó al pequeño y se fue. En la mesa del comedor encontré una "epístola" de Camila con instrucciones precisas sobre qué hacer si ella no regresaba antes de las ocho. Estaba escrita con ese tono macarrónico suyo que utilizaba siempre que quería burlarse de mi forma de escribir. Sugería, "primeramente, permanecer quedo": Pablo tenía que seguir dormido hasta bien entrada la tarde, de lo contrario, me decía, los dos nos íbamos a pasar el día llorando. Enumeraba también el menú para la cena, dígitos que se correspondían con sendos topers en el refri, y aseguraba que iba a estar en casa a tiempo para sus "abluciones nocturnas" y dormirlo. Dejaba su número de celular y, para cualquier emergencia, el de la policía y el de los

bomberos. Cerraba su nota con un "Addendum": "Si Pablo se despierta léele algo de tu ponencia de mañana, ¡seguro funciona! :)".

Dejar a su niño con un completo desconocido, eso sí era algo que podía esperar de Camila. Éramos amigos desde la infancia, pero Pablo no me había visto nunca y temía provocarle una especie de ataque de pánico si se descubría a solas conmigo. Por eso puse mi celular en silencio, me preparé un sándwich en la cocina, y como no encontraba nada mejor que hacer, empecé a husmear en su librero; unos cinco o seis huacales apilados con lo más escogido de su "biblioteca". No estaba ahí mi libro y tengo que aceptar que me dolió. Yo sabía que no era bueno, pero por lo mismo me había asegurado de que la dedicatoria sí lo fuera. En cambio encontré una Biblia y buena parte de nuestros clásicos juveniles: novelas de aventura, terror, policiacas y, por supuesto, las *Narraciones extraordinarias* de Edgar Allan Poe, tal vez nuestra primera lectura compartida, una que se había extendido durante años.

Estaba por sentarme a leer cuando Pablo despertó. Puse la cara más amable que pude, le conté que era el mejor amigo de su mamá y traté de explicarle los motivos de mi visita. Él asintió sin miedo, como si la presencia de un extraño fuera algo natural en su rutina, y me pidió que lo llevara al baño.

¿Del uno o… del dos?, le pregunté.

Apuntando a su entrepierna dijo: Pipí.

La vida de los espartanos era extremadamente rigurosa. La primera prueba a la que tenían que someterse era a pocas horas de haber nacido: un consejo de ancianos

examinaba a la criatura y si ésta no era hermosa o robusta se le condenaba a muerte; era abandonada al pie del monte Taigeto o incluso lanzada por uno de sus desfiladeros. A los niños aptos los bañaban en una tina llena de vino y sólo educaban a los sobrevivientes de este ritual. Tenían el firme propósito de criar hombres con carácter y no tener ciudadanos débiles e improductivos que en el futuro se convirtieran en una posible deshonra para el pueblo laconio.

Cuando Sosibio habla del "arte de los mimos" no se refiere a la pantomima. Eso creía yo, pero al parecer el género mudo tardó mucho más en desarrollarse; es una creación propiamente romana. Cuando el tratado perdido habla de mimos se refiere a poemas en diálogo que imitaban aspectos comunes y corrientes de la vida cotidiana. Sofrón se hizo célebre con los suyos, caros a Platón, y sólo sabemos que ejercían una comicidad grosera. Palabras como "caca", "orines", "diarrea", y múltiples alusiones a la zona genital y a la cópula aparecen recurrentemente en los ciento setenta fragmentos que han sobrevivido.

Siglo VIII a.C.: se sucedieron transformaciones axiológicas fundamentales en el mar Egeo. Se unificó el alfabeto fenicio entre los griegos, se pusieron por escrito los poemas homéricos, se festejaron las primeras Olimpiadas y se erigió la escultura del dios de la Risa. Esa época atestiguó el fin de un mundo y el nacimiento de otro; es un siglo bisagra.

Erich Auerbach estudió en el Liceo Francés de Berlín, una institución de élite en la que profesores judíos

transitaban con naturalidad entre la tradición germana, francesa y clásica. Aunque brillante, era un estudiante discreto, melancólico, con un rendimiento menor al de sus capacidades.

Es posible que haya sido de bronce. En el periodo geométrico se popularizó una técnica llamada "de cera perdida" que consistía en hacer un molde alrededor de una figura de cera para después sustituirla con bronce fundido. Sin embargo, cuando una ciudad era tomada, el invasor sustraía todo lo que estuviera hecho de este material y lo volvía a derretir para construir armamento. Las pocas esculturas de bronce que nos quedan provienen de los sepulcros, objetos que, como ofrenda mortuoria, fueron enterrados y sólo así alcanzaron la posteridad. La escultura del dios Gelos pudo haber transmigrado en forma de espada.

En más de una ocasión me he descubierto en piloto automático, escaneando las páginas de *Vidas paralelas* en busca del término "risa". A veces me detengo y vuelvo hasta el último párrafo reconocible para reanudar la lectura de forma consciente; en otras, tengo que aceptarlo, confío en mi detector de metales y sigo "leyendo". Siempre tuve la sensación de que la escultura me iba a encontrar a mí y no yo a ella, y eso fue precisamente lo que sucedió.

En el libro dedicado a la vida del rey Cleómenes, mientras narra la forma en que éste se deshizo de los cinco éforos de Laconia en una sola emboscada, Plutarco hace una pequeña digresión que recompensa todos mis esfuerzos. Es un comentario que en realidad ni siquiera

viene al caso, es tan innecesario que me gustaría pensar que lo puso ahí para que yo lo viera. Dice: "Agileo fue el primero que, recibiendo un golpe, cayó y pareció muerto, pero, poco a poco, volviendo en sí y saliendo del comedor, se introdujo sin ser visto en un pequeño recinto, que era el santuario del Miedo". Entonces explica: "Los lacedemonios no sólo tienen un templo del Miedo, sino también de la Muerte y de la Risa y de otras cosas del estilo". Pocas horas después Agileo salió de su escondite y se le perdonó la vida.

Hasta aquí había albergado sospechas, por momentos sentía que estaba en busca de una errata, de un gazapo de la historia. Pero ahora la evidencia es incuestionable. Esta segunda noticia confirma la existencia del monolito. Le da espesor.

"El médico encontró que yo era miope y me recetó no sólo unas gafas, también un pupitre", escribió Benjamin en sus memorias de infancia: "estaba construido de una manera ingeniosa, se podía variar el asiento de tal forma que se colocaba más próximo o más alejado del tablero de plano inclinado que servía para escribir; tenía además un travesaño horizontal en el respaldo que brindaba sostén a la espalda, sin mencionar el pequeño estante regulable que coronaba todo". Muy pronto ese espacio se convirtió en su sitio preferido, "no sólo podía sentirme como en casa", confesó, "sino, más aún, como en una celda, comparable únicamente a uno de los monjes que pueden verse en los cuadros medievales, sentados en su reclinatorio o pupitre, al igual que dentro de un caparazón".

Sobre estas piedras edificaré mi iglesia:

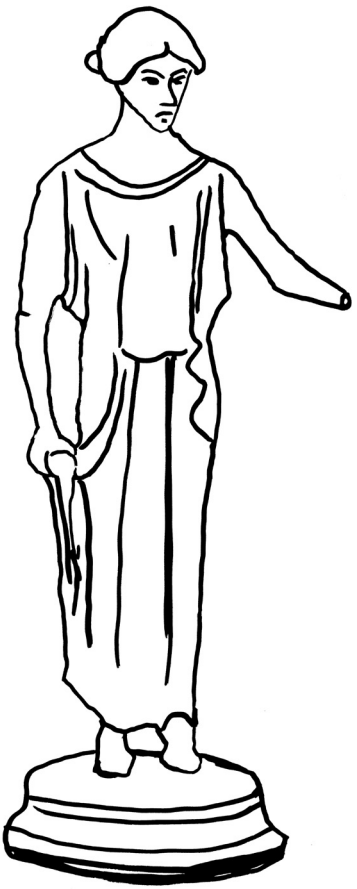
> Los lacedemonios no sólo tienen un templo del Miedo, sino también de la Muerte y de la Risa y de otras cosas del estilo.
>
> (Plutarco, *Cleómenes*, 9.)

Καταγελαω (katagelao), palabra que designa una risa denigrante, negativa, con la que nos burlamos de los otros. El prefijo κατα —el mismo de "catástrofe"— significa "de arriba para abajo".

Segunda conclusión extraída de los datos obtenidos: si Licurgo lo fundó y seguía vigente durante el reinado de Cleómenes, el culto al dios de la Risa se mantuvo del siglo VIII al III a.C. Estamos hablando al menos de quinientos años, es demasiado tiempo para que nadie más se haya ocupado de él. Además, Plutarco conjuga en presente: "Los lacedemonios no sólo *tienen*…" Da a entender que aún en el siglo I d.C., ese culto tenía seguidores. Podría haber funcionado durante casi novecientos años. Debe haber más vestigios. Tiene que haber. Seguramente estoy buscando en los lugares equivocados.

En 1907, Ernst Robert Curtius hizo un viaje a Colonia que le cambió la vida. Mientras caminaba entre las columnas de Santa María del Capitolio —llamada así por haberse construido sobre un templo dedicado a la Triada capitolina, es decir, a Júpiter, Marte y Jano—, entendió el inmenso vínculo que existe entre Roma y el Cristianismo. Esta revelación se reforzó poco después en un recorrido por Italia, donde le quedó claro que la unión entre

los valores de la Antigüedad y los del Nuevo Testamento fueron producto de los siglos medievales. Sólo esta síntesis ideológica, concluyó, podría haber fundado las bases de la cultura moderna.



Gracias a la incesante actualización de la red llego a la obra de Ateneo de Náucratis. Según lo que estipula en el *Banquete de los eruditos*, la dicelistae era una práctica cómica muy similar a la de los mimos, pero al parecer

llevada a cabo por un solo actor. Consistía en la emulación de situaciones cotidianas, "como las de una persona robando fruta o un doctor diagnosticando con acento extranjero", y era una tradición exclusiva de Laconia.

No deja de ser desconcertante que los espartanos hayan sido creadores del dios de la Risa. Con una cultura bélica superior a la de cualquier comunidad de la Hélade, disciplina rigurosa y un sentido de lo cómico un tanto precario —como la descripción de la dicelistae comprueba—, tenían poco espacio para la diversión y el pasatiempo. Dicen los Evangelios que el lugar de Jesús está entre los pecadores, así como el del doctor entre los enfermos. Tal vez por eso el dios Gelos es laconio, vino a reclamar su puesto donde más se le requería.

Aunque sus representaciones suelen mostrarla con gesto adusto, Afrodita es la diosa de la sexualidad, el placer, los afectos y los engaños; con estos atributos resulta natural que también fuera considerada diosa de la sonrisa.

> Existía entre los lacedemonios, según nos dice Sosibio, una antigua diversión cómica. No era muy importante o formal —debido a que los espartanos buscaban la austeridad incluso en sus distracciones— pero consistía en que alguien, utilizando un idioma vulgar y común, imitara situaciones cotidianas como la de una persona robando fruta o un doctor diagnosticando con acento extranjero […]. Aquellos que practicaban este tipo de entretenimiento eran llamados en lacedemonio *dicelistae*, que es un término similar al de *actor* o *hacedores de gestos o máscaras*.
>
> (Ateneo, XIV, 15.)

A Momo se le consideraba el dios de la burla, de la reprimenda sarcástica; es el primer satírico. Lo parió Nyx, la diosa Noche, sin necesidad de cópula. Pero esta santísima concepción pagana tiene su lado siniestro también: con Momo nacieron su hermana Lamento y las Hespérides, encarnaciones del remordimiento y la culpa. Digno hijo de su madre, la risa que despide Momo se torna terrible.

Esopo cuenta que un día los dioses hicieron a Momo juez de una contienda: Zeus había creado un toro, Prometeo un hombre y Atena una casa; él, por envidioso, despreció las tres cosas. El toro debería tener los ojos en los cuernos para saber dónde embiste, dijo, el hombre debería tener una ventana en el corazón para mostrar sus sentimientos y las casas deberían de tener ruedas para poder desplazarlas si por desgracia tuviéramos un vecino insoportable. Después de su perorata fue expulsado del Olimpo.

El pecado de Momo no es chistoso y lo que ilustra la fábula tampoco lo es. Aun así su atributo es la burla. No existen imágenes antiguas que lo retraten pero lo imagino con una mueca de malicia: es el villano que encoje los hombros, y frota sus manos, en un gesto de maldad.

La última vez que había visitado una de las casas de Camila no había niños, sólo amigos, gorrones y compañeros de cuarto que no eran fácilmente distinguibles entre sí. Eso había sido en Huatulco, a principios de siglo, cuando todavía éramos jóvenes y algunos ansiaban esa forma de promiscuidad. Yo seguía estudiando, pero Camila había dejado la facultad para mudarse a una playa donde ella y algunos otros miembros de su comuna

atendían una especie de chiringuito. Estaba feliz, irreconocible, leyendo y escribiendo cuando no se bañaba en el mar o se distraía con sus nuevos amigos. Me resentí un poco con ella desde ese periodo: estaba muy orgullosa de haber abandonado, al mismo tiempo, la ciudad, la carrera y a un novio que tenía. Nunca le dije que también me había dejado a mí.

Camila quería convertirse en escritora, y en Puebla, en esas pinches clases de hueva, no lo iba a lograr. Al contrario, estaba convencida de que con cada análisis lingüístico realizado, con cada marco teórico construido y con cada hipótesis corroborada, se alejaba un poco más de su novela futura. Seis meses antes de su huida ya casi no iba a clases y se la pasaba en los portales de San Pedro Cholula escribiendo cada vez mejor. Antes del verano ganó un concurso universitario y dos meses más tarde, cuando le dieron su cheque, mandó todo a volar. Los aspirantes a escritores de la ciudad sabíamos que ella era la contrincante a vencer, por ello su partida causó cierta alteración. Como si ese movimiento la alejara de todas nuestras tentativas por rebasarla y la hubiera vuelto inalcanzable.

¿Qué me cuentas de Puebla? ¿Alguna novedad?

Me irritaba la indiferencia con que entonaba ese tipo de preguntas, principalmente porque no tenía nada que decirle. Chismes inocuos que habrían corroborado lo oportuna y acertada que fue su partida.

Nada, ya sabes, como siempre.

Y descubría que no importaba qué hubiera podido decirle u ocultarle porque no me estaba poniendo atención. Ni siquiera la última vez que la vi me sentí tan celoso de ella como entonces.

La primera risa de la literatura occidental aparece al final del canto uno de la *Ilíada*. Hefesto se acomide a servir el néctar a los miembros de la corte olímpica y dice Homero: "y una inextinguible risa se elevó entre los felices dioses,/ al ver a Hefesto a través de la morada jadeando". Y es que le costaba mucho trabajo desplazarse. Era cojo. Su madre Hera lo había arrojado del monte Olimpo tras haberlo parido, porque se horrorizó con su fealdad.

"Gelasinus, Gelasius. Dios de la risa y la alegría." *Diccionario de fábulas* (1801), François Noel.

> Así habló, y se sonrió Hera, la diosa de blancos brazos,
> y tras sonreír aceptó de su hijo la copa en la mano.
> Más él a todos los demás dioses de izquierda a derecha
> fue escanciando dulce néctar, sacándolo de la crátera.
> Y una inextinguible risa se elevó entre los felices dioses,
> al ver a Hefesto a través de la morada jadeando.
>
> (*Ilíada*, I, 595-600.)

Es sabido que, en la Esparta del siglo VIII a.C., el culto a deidades locales desarrolló una escuela laconia de tallado en bronce. Teucles, Doricleides, Medón, Gitiadas, Calón de Egina y Baticles de Magnesia fueron escultores de gran actividad en los templos de Lacedemonia en esa época. Alguno de ellos debió ser el responsable de erigir el monolito.

En el canto segundo el motivo de mofa es Tersites, otro tullido: era "patizambo y cojo de una pierna; tenía ambos hombros/ encorvados y contraídos sobre el pecho; y por arriba/ tenía cabeza picuda, y encima una rala pelusa

floreaba". Un monstruo. Es un soldado aqueo que, además de repugnante, es insolente: se atreve a reclamarle a los reyes en medio de una asamblea. Este comportamiento desata la ira de Ulises, quien lo golpea con su cayado provocando la hilaridad de las tropas: "Un cardenal sanguinolento le brotó en la espalda/ por obra del áureo cetro, y se sentó y cobró miedo./ Dolorido y con la mirada perdida, se enjugó el llanto./ Y los demás, aún afligidos, se echaron a reír de alegría". Esta risa es consecuencia de un desplante de enojo, es violenta y surge de una venganza; aunque el concepto de "ridículo" es tan importante como en el ejemplo de arriba. Se ha llegado a especular que Licurgo y Homero fueron contemporáneos; de haberlo sido compartirían una misma visión del mundo. Me pregunto si Gelos fue una divinidad maltrecha.

Amaterasu, la diosa del Sol, se escondió en una cueva con la intención de no volver a salir nunca; estaba horrorizada porque su hermano Susano'o, el dios del trueno, quería matarla. Por esto el mundo se quedó sin luz y toda forma de vida comenzó a perecer. El resto de los dioses se reunieron en la boca de la caverna e intentaron sacarla con ruegos y palabras amables, pero no tuvieron éxito. Entonces la diosa Ama-no-Uzume optó por algo diferente: puso una tinaja al revés, se paró sobre ella y, cuando atrajo la atención de todo el mundo, empezó a bailar al mismo tiempo que se quitaba la ropa. A los dioses les pareció tan gracioso que empezaron a reír, y rieron tanto que por pura curiosidad Amaterasu salió de su escondite y la vida volvió a la tierra. Desde entonces Ama-no-Uzume fue venerada como la diosa de la aurora y el regocijo en la antigua mitología japonesa.

No sé cómo interpretar estos dos pasajes… Héctor le recrimina a Paris: "A carcajadas seguro que ríen los aqueos, de melenuda cabeza,/ que creían que eras paladín y campeón, porque es bella/ tu apariencia; pero en tus mientes no hay fuerza ni coraje". ¿En un mundo heroico la cobardía es motivo de burla?: "¡Eneas y Héctor! (…)/ deteneos ahí mismo y contened la hueste ante las puertas,/ yendo por doquier, antes que en brazos de las mujeres/ caigan huyendo y se conviertan en irrisión para los enemigos".

Las nodrizas laconias eran muy cotizadas en toda la Hélade, tenían fama de educar con exigencia y sin vacilación. Gracias a ellas los niños espartanos crecían sin la necesidad de artículos superfluos como zapatos o pañales, no eran remilgosos con la comida, perdían muy pronto el miedo a la oscuridad o a quedarse solos y les negaban la posibilidad de hacer berrinches e incluso de llorar. Amicla, célebre nodriza espartana, educó a Alcibíades, uno de los grandes generales atenienses.

Werner Jaeger inició sus estudios universitarios en Marburgo en 1907, pero un año después se trasladó a Berlín con la intención de conocer a Wilamowitz y convertirse en su discípulo. Aparte de filología clásica e historia antigua, la lección más importante que aprendió de su maestro fue que el estudio de la cultura griega es un elemento indispensable para la vida espiritual de cualquier nación.

Tercera conclusión extraída de los datos obtenidos: en la vida de Cleómenes, Plutarco sitúa el templo del dios

Gelos entre el del Miedo y el de la Muerte. Sólo por vecindad la Risa parece tornarse terrible, malévola. "Rinden honores al Miedo", dice, pero "no como a los daimones a los que quieren tener alejados, como si lo consideraran dañino, sino porque creen que con el miedo el Estado se mantendrá más unido", y la risa bien pudo haber tenido un papel en esta gran tiranía. Pareciera que hablamos de dos dioses diferentes: uno cuyo fin didáctico contribuye a la formación moral de los laconios, otro inhumano y cruel que los amedrenta. O tal vez es uno, pero bifronte. Un Jano cuya risa por un frente es amable y, por el otro, sencillamente aterradora.

Una anomalía en la *Ilíada*: una risa dulce. Escapa a la generalización —un tanto tosca, lo admito— de la risa como burla, ataque o humillación. Tal vez porque aparece en la intimidad de un episodio hogareño y no, como el resto, en la corte o en el campo de batalla. Es en el canto VI donde, a pesar de su tristeza, Andrómaca ríe con estoicismo y resignación. Héctor quiere cargar a su hijo por última vez antes de volver al combate, pero el niño "retrocedió con un grito, asustado del aspecto de su padre". Al parecer "lo intimidaron el bronce y el penacho de crines de caballo/ al verlo oscilar temiblemente desde la cima del casco". Entonces la pareja ríe, pero al menos la madre lo hace "entre lágrimas riendo", sospechando que no volverán a estar juntos, que probablemente será su último recuerdo familiar.

Erich Auerbach se inscribió en cursos de jurisprudencia en 1910, con la intención de cumplir ciertas expectativas familiares. Hizo estudios en Berlín, Friburgo y Múnich

antes de titularse con unos *Prolegómenos para un nuevo código penal*. Pocos meses después falleció su padre y, a sus veintiún años de edad, se alejó del derecho definitivamente.

La interpretación que da Plutarco sobre Licurgo y la estatua me resulta insuficiente. Tal vez debería de conformarme con su juicio, pero no sé, estoy seguro de que algo permanece oculto o no era evidente para el sofista de Beocia.

En los comedores comunales de Esparta se practicaba la conversación así como las bromas. Al parecer estas últimas se ejercían "sin mal gusto" y los laconios eran capaces tanto de reírse de otros como de soportar ser víctimas de alguien más. Aun así, Plutarco apunta que si alguno se sentía incómodo sólo tenía que pedir que cesaran las chanzas y su deseo era cumplido de inmediato. De alguna manera en Esparta había una normatividad de la risa, un umbral de tolerancia. Creo que cuando ese límite era transgredido Gelos entraba en funciones. Al ser presidido por la imagen del dios de la Risa, este espectáculo de comicidad forzosamente ligera se convertiría en ceremonia, en el rito que le daba sentido a la divinidad. Es decir, tal vez esa figura mitológica se aseguraba de mantener la cordialidad colectiva al canalizar sanamente las pulsiones de mordacidad, antes de que éstas pudieran afectar el tejido comunitario.

La *Odisea* no es un poema cómico pero la astucia de su personaje sí tiene mucho de lúdico: se disfraza de mendigo para reconquistar Ítaca, engaña al Cíclope con un juego de palabras y destruye Troya echando mano de un caballo de madera. Ulises ríe poco —y cuando lo hace,

ríe para sus adentros— pero no deja de ser gracioso. Odiseo burla y se burla de sus enemigos gracias a su ingenio.

> A los banquetes también acudían los niños, conducidos allí como a escuelas de cordura, y no sólo escuchaban discursos políticos y presenciaban diversiones propias de hombres libres, sino que también ellos mismos se habituaban a divertirse y dar bromas sin mal gusto y a no enfadarse cuando eran objeto de ellas, pues parece que era especialmente laconio eso de aguantar una broma, pero quien no las toleraba, se excusaba y el bromista se mantenía aparte.
>
> (Plutarco, *Licurgo*, 12.)

Yo también quería ser escritor pero Camila era la única que lo sabía. Y no era un asunto de timidez o de modestia, nadie me consideraba como aspirante porque yo nunca escribía nada. De vez en cuando abría el cuaderno que Camila me había regalado ("Para tu primer libro", me dijo), pero era tan bonito que me resistía a utilizarlo. No quería echarlo a perder con intervenciones torpes o ideas ridículas, así que sólo había usado como siete u ocho páginas y estaban llenas de citas textuales y uno que otro dibujo. Mis "cuentos" más bien se acumulaban en la parte trasera de una libreta Scribe, esperando ser lo suficientemente buenos como para aspirar al cuaderno elegante, pero tampoco eran muchos. A diferencia de Camila, yo era un ñoño al que le preocupaba muchísimo más llegar a clase con un concepto entendido antes que terminar un relato. A pesar de que no hacía nada por ello, me aferraba a la idea de ser escritor. ¿Pensaba que con mis principios de filología, y por haber descifrado algunos manuscritos

del siglo XVI, iba a ser más fácil darle vida a un personaje? No. Creo que se trataba de miedo, de hacerme pendejo un rato más y posponer el fracaso el mayor tiempo posible. Por eso había asegurado una beca y me iba a hacer un posgrado a Alemania antes de terminar el año.

Cuando se lo dije a Camila se decepcionó profundamente, tanto que al principio pensé que se estaba burlando. Atardecía en Huatulco, y nosotros fumábamos con la ingenua esperanza de repeler a los mosquitos, cuando me dijo que no, que claro que no era burla, y alzando la voz: "¡Más te vale que el bromista seas tú!"

Si te vas, no vas a volver a escribir.

Camila, sin demostrarlo nunca, no había perdido la esperanza en mí. Se trataba de una fe absurda, incomprensible, que incluso yo renegaba; pero tenía sus razones. Estábamos por volver al jolgorio del chiringuito cuando hizo un último intento por disuadirme: "Si te vas, quedas formalmente expulsado de la hermandad del dios Gelasma". Era una broma por supuesto; me empecé a reír y pronto le contagié mis carcajadas. Pero al mismo tiempo era una amenaza, y de una forma u otra la cumplió.

Al inicio del canto IV de la *Odisea*, Telémaco, hijo de Ulises, llega a Esparta y se dirige al palacio del rey Menelao. En ese momento se celebra un banquete nupcial, y lo primero que describe Homero es el acto de dos payasos: "Un aedo divino cantaba", dice, "tañendo/ su gran lira y un par de payasos hacían cabriolas/ en mitad del salón, todo en fiestas al son de su canto". Esta Esparta es anterior a Licurgo, podríamos decir que data del año 500 a.G. —antes de Gelos—, más o menos. Pero esos payasos, ¿podrían haber sido un antecedente de los dicelistae?

"No te dejes poseer por una risa incontenible", Pitágoras.

Por otra parte, en los festivales laconios las mujeres cantaban dos tipos de canciones. Con unas ensalzaban al héroe, al soldado valiente en campaña, al ciudadano honorable; con las otras, al contrario, hacían mofa de quienes los habían decepcionado, de quienes se esperaba más. Estas celebraciones seguramente también eran llevadas a cabo en los banquetes y las tertulias y no es remoto que Gelos estuviera por ahí, en algún nicho, supervisándolo todo. Pero se trata de otra risa, aquí la normatividad de lo cómico da un giro. A juzgar por lo que dice Plutarco, los efectos de esta burla podían ser devastadores: "las picaduras producidas con la chanza y las burlas", nos dice, "en absoluto eran más débiles que las amonestaciones con seriedad". No deja de ser interesante que en este contexto sea viable la risa que estaba prohibida (o restringida) en los comedores comunales.

La risa espartana se revela, entonces, como un mecanismo social tan dinámico como eficaz. Por un lado evita la disolución de la comunidad al poner un límite a la violencia que sus miembros ejercen entre sí; por el otro, castiga con esa misma agresividad al individuo que no respeta el *statu quo*. El dios Gelos sería casi un alambre de púas, una cerca electrificada que no deja espacio para la deserción ni para la anarquía.

Los que no pueden parar de reír son los pretendientes de Penélope. Y no lo digo en sentido figurado, al contrario, son hechizados exclusivamente para ello: "Atena excitó en los galanes/ una risa sin fin, trastornándoles el juicio", dice Homero, reían "sin saber ellos mismos de qué, con

las bocas forzadas/ devoraban las carnes sudorosas de sangre, sus ojos/ se llenaban de llanto y su alma bosaba en suspiros". Los pretendientes son bajos, poco los separa de las bestias. Estas carcajadas se encuentran en las antípodas de la "risa interior" de Ulises; junto con su pereza y cobardía, la risa completa una imagen de la degradación bastante despreciable.

> A veces, con burlas dirigidas a cada uno, censuraban provechosamente a los que cometían errores; y por el contrario, dedicando a quienes de ellos lo merecían encomios compuestos a base de canto, infundían en los jovencitos gran pundonor y celo. Pues el que así fue encomiado por su valor y se había hecho popular entre las jóvenes, se marchaba orgulloso por los elogios; mientras que las picaduras producidas con la chanza y las burlas, en absoluto eran más débiles que las amonestaciones con seriedad, puesto que, al espectáculo, junto con los demás ciudadanos también asistían los reyes y los gerontes.
>
> (Plutarco, *Licurgo*, 14.)

Walter Benjamin se matriculó en la facultad de filología de la Universidad de Friburgo en 1912, aunque más bien siguió los cursos de filosofía de Heinrich Rickert. Siete años más tarde se tituló con *El concepto de crítica de arte en el romanticismo alemán*, su tesis de doctorado, pero quedó en malos términos con las instituciones académicas desde entonces. Su experiencia universitaria lo defraudó tanto que comparaba la labor de sus profesores con la de vacas que mugen ante un auditorio.

No puedo revisar todos estos autores en estricto orden cronológico; tengo que ser más audaz, conducirme con mayor eficiencia. Despliego en mi cubículo un enorme calendario de 2011 y resalto con amarillo todos los días feriados: 5 de febrero, Benito Juárez, Semana Santa, Verano, fiestas patrias, muertos, navidades y los fines de semana. Acto seguido intento calzar un inmenso índice de lecturas con esos descansos. A falta de talento, disciplina.

Se me ocurre que podría seguir otras tres líneas de investigación: a) lecturas exclusivamente cómicas, b) obras relativas o concernientes a Esparta y c) tratados de arquitectura, escultura y pintura antigua. Con estricto rigor espartano podría terminar en… ¿menos de una década?

En el libro segundo de sus *Historias*, Heródoto cuenta que en la ciudad egipcia de Bubastis, donde se encontraba el templo de la diosa Bastet, se celebraba un rito peculiar. Cada año miles de fieles de todo el imperio peregrinaban hasta ese santuario, navegando en barcas sobre el Nilo. Durante la travesía "algunas de las mujeres llevan crótalos y los hacen repicar; algunos hombres, por su parte, tocan la flauta durante todo el trayecto, mientras que el resto de las mujeres y los hombres cantan y tocan las palmas". Al pasar por algún caserío "algunas mujeres siguen haciendo lo que he dicho, otras se burlan a voz en grito de las de la ciudad en cuestión, otras bailan y otras, de pie en la embarcación, se desnudan". Cuando finalmente llegaban ante la diosa, concluye el historiador, la fiesta terminaba con grandes sacrificios y una larga borrachera.

Los dioses sonríen. Durante todo el periodo arcaico —que va de mediados del siglo VI a mediados del V a.C., más o menos— las representaciones divinas adquieren una discreta curvatura en los labios que, de repente, insufla una personalidad inconcebible en el hieratismo anterior. Pero risas francas, pocas son las que he podido distinguir. Y por los testimonios hallados no me cabe duda de que se trata, al menos en parte, de una decisión estética: la risa distorsiona las facciones del rostro, lo vuelve una máscara contrahecha, monstruosa. En cambio la sonrisa civiliza, le otorga a la piedra un sentimiento placentero, espiritual, superior.

"No te rías de una persona en su desgracia", Quilón de Esparta.

Heródoto también relata cómo eran honradas las imágenes de Damia y Auxesia, dos diosas con propiedades fertilizantes. Durante su fiesta en la ciudad de Epidauro se conformaban dos coros de hombres, uno para cada divinidad, y "tenían por misión lanzar improperios", es decir, cantar poemas burlescos en contra de las mujeres del país. Después la gente de Egina robó las esculturas pero, según el historiador, las siguieron festejando de la misma manera.

Cuarta conclusión extraída de los datos obtenidos: en la vida de Licurgo, Gelos parece ser un monolito que se ubica en los banquetes y las tertulias, en la de Cleómenes posee su propia capilla. Ésta pudo haber sido una adición tardía al culto del dios de la Risa, pero ¿cuándo se realizó? Otra hipótesis: la estatua habitó en más de un templo,

pasó de una construcción a otra dependiendo de la reconfiguración de la ciudad. Desde esta perspectiva, la escultura misma pudo variar a través del tiempo. Eso es lo que ocurre con la totalidad de las representaciones divinas: tenemos sus advocaciones geométricas, arcaicas, clásicas, helenísticas. No veo por qué el caso de Gelos tenga que ser una excepción.

> Entonces, debido a las encontradas diferencias que mantenían, los eginetas se dedicaron a saquear el territorio de Epidauro, ya que, como es natural, gozaban de superioridad en el mar; y, en concreto, les robaron las citadas imágenes de Damia y Auxesia, y se las llevaron, instalándolas en un lugar del interior de su isla, cuyo nombre es Oya, que aproximadamente dista unos veinte estadios de la capital. Tras haberlas instalado en dicho lugar, procuraron propiciarse a las diosas con sacrificios y mediante coros de mujeres que tenían por misión lanzar improperios, nombrándose de paso diez coregos masculinos para cada una de las dos divinidades (por cierto que los coros no dirigían sus procacidades contra ningún hombre, sino contra las mujeres del lugar). Los epidauros, por su parte, poseían también los mismos ritos; e incluso cuentan con ritos secretos.
>
> (Heródoto, V, 83.)

A la edad de siete años todos los niños de Esparta eran reclutados como miembros de una brigada, desde ese momento su educación dejaba de recaer en sus padres y se convertía en responsabilidad del Estado. Vivían juntos, hacían todo en comunidad y a partir de su desempeño en

juegos y ejercicios eran elegidos los primeros capitanes. Los miembros del batallón tenían la obligación de seguir las instrucciones de su pequeño líder, así como soportar cualquier castigo que éste les impusiera. Los mayores asistían al campo de entrenamiento no sólo para observar, también daban indicaciones, reprimían y era común que provocaran rivalidades entre los niños para suscitar disputas. De esta manera, decían, se templaba su valor y fortaleza.

Pablo te quiere, dijo Camila al vernos juntos. Acababa de llegar de una reunión y, recostada en una hamaca, se quitaba los zapatos.

Te dejó usar su palita verde, esa no se la presta a nadie, ni siquiera a Cristóbal, ¿verdad, Pablo?

Cristóbal era el novio en turno, un tipo con una pick up, sombrero y muy sonriente que yo acababa de conocer minutos antes. Pensé que se iba a quedar un poco para charlar pero tenía prisa. Eso sí, conmigo fue muy amable; ninguno de sus novios me había querido mucho.

¿Pero se llevan bien?, le pregunté mientras cavaba una suerte de pozo en el patio trasero de la casa, y Pablo intentaba rellenarlo con semillas de girasol en un simulacro de jardinería.

Cómo no se van a llevar bien, si los dos son adorables, y diciendo esto atajó a su pequeñín y lo acribilló a besos. Después anunció el fin de las excavaciones, era la hora de cenar y volver a la cocina. Antes de entrar tuvimos que meter al niño bajo un chorro de agua, estaba totalmente cubierto de tierra.

¿Y cómo has estado?

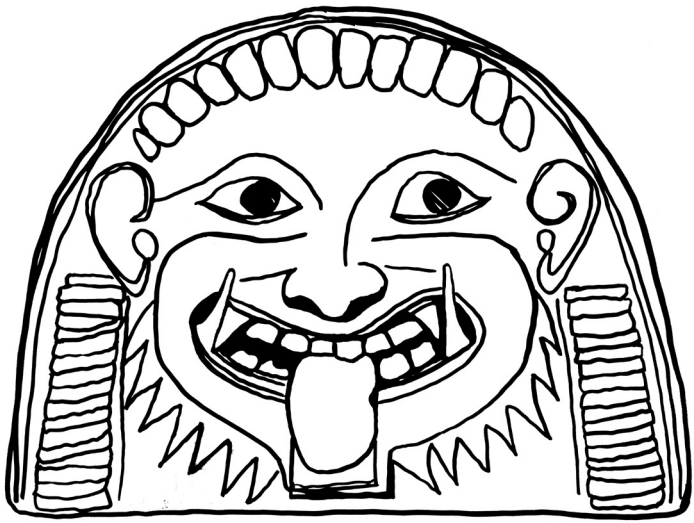
Ya nos habíamos hecho esa pregunta hacía unos minutos, pero ésta inauguraba una segunda ronda más honesta, íntima, que ya no iba a librar con mi lacónico "bien". Pero no era fácil para mí. No exagero si digo que desde hacía tiempo no me sentía cómodo hablando con Camila. Aunque los dos habíamos desistido de nuestras ambiciones juveniles, cuando finalmente nos sincerábamos parecía que sólo yo las había traicionado.

Estaba en Xalapa para asistir a un congreso en la universidad, pero también para contarle que, después de seis años en Alemania y uno en la Ciudad de México, me regresaba a vivir a Puebla. Había conseguido una plaza en la misma facultad donde habíamos estudiado y para mí era algo tan estupendo como aterrador.

¡Genial!, exclamó cuando lo supo, y lo dijo de una forma tan honesta que me ofendí. ¿Y cómo está la facu? ¿Siguen por ahí el Fósforo, el Hermano Diablo, el Loco Dios? La puse al corriente de todos los chismes que había podido escuchar durante el proceso de mis entrevistas.

¿Te acuerdas de todos esos años en que estuviste convencido de que te ibas a quedar desempleado y morirías de hambre?, me preguntó con un tono de "yo siempre lo supe". Ahora los dos éramos maestros: ella daba clases en una primaria con no sé qué sistema de educación alternativo, y participaba en un sinnúmero de iniciativas ciudadanas; yo estaba por convertirme en aquello que siempre me había angustiado: en uno de mis antiguos profesores.

"No hagas reír al punto de dar motivo de risa", Heráclito.



Ernst Robert Curtius se doctoró en filología románica por la Universidad de Estrasburgo; defendió una tesis sobre el Libro de los Reyes, bajo la dirección de Gustav Gröber. Pocos años más tarde se postuló para una cátedra universitaria pero el asesinato del Archiduque Francisco Fernando lo alejó de las bibliotecas, pospuso su incipiente carrera académica y lo llevó a batirse al frente oriental. A los pocos meses de servicio se lo reportó como gravemente herido y, al año siguiente, volvió a la vida civil. Tuvo la fortuna de no regresar al campo de batalla, se le condecoró con la Cruz de Hierro y en 1916 ocupó una plaza como docente en la Universidad de Bonn.

El significado literal de Gorgona es "terrible" y su atributo era petrificar a cualquier persona que la mirara a los ojos. Por ello su imagen se reproducía en lugares que exigían protección o se confeccionaban en pequeñas efigies para que sirvieran de amuleto. Lo que no hay en las

diferentes versiones del mito es la certeza de que este personaje riera o estuviera de alguna manera vinculado a lo festivo. Aun así, en casi todas sus representaciones lo hace, como si en la mentalidad del artesano las serpientes de su pelo, los colmillos de su boca y la barba que circunda su rostro tuvieran que llevar como corolario natural una mueca de risa. Es un elemento más de su monstruosidad grotesca.

Aprendo, leyendo a Aristófanes, que en Diomea existía un concurso de chistes. Era organizado por el grupo de los "sesenta", cofradía que cada año se reunía en el templo de Heracles para llevar a cabo su festival. Tanto fue su prestigio que Filipo de Macedonia, en una ocasión, mandó pedir por escrito los chistes del certamen.

Una lujosa residencia en Nápoles, a principios del siglo III d.C. Un imponente pórtico, cuatro o cinco terrazas con vista al mar Tirreno y una copiosa colección de arte. Cada una de sus paredes está decorada con imágenes de tema mitológico, y me imagino que su ubicación corresponde con el tema tratado: los Cupidos, por ejemplo, en el dormitorio; Narciso en el tocador; Xenia, la diosa de la hospitalidad, en la cocina; y tal vez en la estancia, un retrato de Hércules. Ignoro si para entonces el culto al dios de la Risa se había extendido a las costas italianas —o incluso si seguía vigente en la península del Peloponeso—, pero durante esa época, en esa ciudad, dentro de esa casa, estaba la imagen del dios Gelos.

Esto es lo que asegura Filóstrato el Viejo, gramático ateniense que se hospedó en ese lugar y describió cada una de las sesenta y cuatro imágenes en su libro *Cuadros*.

La que me interesa se titula "Andros", nombre de la isla cíclada donde cada año el agua del río se convertía en vino para celebrar las dionisias. En la imagen que describe aparecen sus habitantes emborrachándose en la rivera, todos —"los hombres (…) junto con sus mujeres y niños", apunta el autor— están ebrios: algunos bailan y cantan, otros más aparecen recostados con vecindad lúbrica. Al centro del cuadro aparece el espíritu del río, un viejo de cara abotagada y piel enrojecida que descansa sobre unos racimos de uvas. En el extremo derecho, y en un segundo plano, se observa una nave en el muelle. Filóstrato concluye diciendo: "Dionisio va a zarpar de Andros hacia un cortejo báquico y su nave, todavía amarrada en puerto lleva un cortejo de Sátiros, de Ménades y todos los Silenos. Lleva también a la Risa y a Como, dos divinidades muy dadas a la algazara y al banquete, para que el río, con sumo placer, haga con ellos la cosecha".

El demonio está en los detalles; en ocasiones en la falta de los mismos. A pesar de haberlo visto, Filóstrato no se da el tiempo para describir al dios de la Risa. ¿Por qué? ¿Era una imagen tan común y conocida que hacerlo hubiera resultado redundante? Cuando Plutarco lo menciona, ¿también asume que su auditorio es capaz de visualizarlo? El doctor Bougot, en una traducción francesa de *Cuadros*, señala en una nota al pie que Gelos y Como eran parte regular del séquito de Dionisio y que "seguramente tienen forma de faunos o sátiros, tal como aparecen en las vasijas". ¡Sugiere que aún existe una representación gráfica!

El 18 de diciembre de 1914, después de terminar su tesis sobre la *Metafísica* de Aristóteles, y exento de obligaciones castrenses por causas médicas, Werner Jaeger fue

nombrado profesor de la Universidad de Basilea. Esa tarde, en el auditorio del museo de la ciudad, pronunció su discurso de ingreso titulado "Filología e historia". Ahí afirmó que las diferencias entre el historiador y el filólogo eran insalvables: "el primero quiere probar y explicar los hechos", pero el segundo "quiere encontrar verdades eternas". Por ello la filología debía trascender su labor gramatical para asumir un papel político y didáctico. El único objetivo de esta disciplina, apuntó hacia las líneas finales, era subsanar la crisis axiológica actual.

Sobre estas piedras edificaré mi iglesia:

> Dionisio va a zarpar de Andros hacia un cortejo báquico y su nave, todavía amarrada en puerto lleva un cortejo de Sátiros, de Ménades y todos los Silenos. Lleva también a la Risa y a Como, dos divinidades muy dadas a la algazara y al banquete, para que el río, con sumo placer, haga con ellos la cosecha.
>
> (Filóstrato el Viejo, *Cuadros*, "Andros".)

A pesar de que existían varias deidades risueñas y más de un ritual cómico, en Grecia, como en cualquier otra civilización, el ámbito de lo sagrado era en esencia solemne. Baste recordar las palabras de Hesíodo: "Y, presenciando los sacrificios ardientes,/ los misterios no rías: en algo el dios aún por eso se aíra".

Demócrito es el filósofo de la risa y Heráclito del llanto. Al parecer el primero reía por las mismas cosas que al otro hacían llorar: la estupidez humana, la injusticia, el dolor, la muerte… No sé si su escéptica indiferencia me

produce envidia o náuseas, pero Demócrito, en lugar de sufrir por las tragedias de la vida, se distanciaba, las contemplaba en el gran esquema universal y le resultaban ridículas. Todo esto es leyenda, claro está, lo que aún no comprendo es por qué la tradición lo vinculó con la risa. En los pocos fragmentos que nos quedan de su obra no se hace alusión alguna a la comedia, a lo ridículo, ni hay nada chistoso. Queda al menos otra posibilidad: que haya sido muy simpático, al grado de convertirse en una figura legendaria. Al menos eso sugieren unos versos de Timón el Silógrafo —"Cual Demócrito sabio,/ autor del bello estilo y docta frase,/ y sobre todo, del hablar festivo"—, firmados en el siglo III a.C.

Siguiendo la intuición de Bougot volví a los buscadores electrónicos. Pasé horas hojeando páginas y descargando libros, aunque ignoro qué es lo que busco. Tal vez una escena similar a la que describe Filóstrato —no sé, una bacanal, algún episodio bucólico—, representada en una vasija, un sarcófago, un mosaico… Tengo la ilusión de que al contemplarlo Gelos se muestre ante mí en toda su gloria; es una cuestión de fe. El catálogo de la biblioteca, por su parte, muestra títulos que van del arte minoico hasta la Antigüedad tardía; es posible que la efigie esté en alguna de tantas láminas, enmascarada bajo una etiqueta errónea.

Según los miembros de la tribu Kurnai, un día una gigantesca rana de nombre Dak se tragó toda el agua de la tierra. Los otros animales se reunieron y fueron a suplicarle que abriera el hocico para que pudieran beber, pero el reptil se negó. Por ello intentaron hacerla reír de muchas maneras, aunque todo fue en vano; sólo dejó de

contenerse cuando vio lo ridícula que se veía la serpiente enroscada sobre sí misma. Entonces todas las aguas del mundo se desbordaron tras su carcajada estertórea, y eso dio origen al diluvio universal.

Erich Auerbach sí supo lo que era la guerra. Durante casi cuatro años formó parte del Ejército Imperial Alemán, primero en las filas del Segundo Regimiento Ulano y después en el Regimiento de Infantería 466. Luchó en las trincheras del norte francés hasta abril de 1918, cuando fue herido en el pie izquierdo durante la Operación Michael. Aunque los médicos rescataron su extremidad, una discreta cojera le recordó ese episodio por el resto de su vida.

Gelasma no es "dios de la Risa", es algo así como "ataque de risa" o "ahogamiento por risa"; el sufijo "asma" proviene del asma clínico de hoy. El término describiría un padecimiento similar al que Atena provocó en los pretendientes de Penélope: cuando no pueden parar de reír padecen, literalmente, de gelasma.

La hipótesis inicial se corrobora: sólo personajes híbridos, quiméricos, pueden reír en el marco estético clásico. Al menos eso ocurre en los pocos vestigios que quedan. La única otra figura que ríe en las esculturas y la decoración de las vasijas es la del sátiro, y lo hace de vez en cuando, principalmente en representaciones tardías en las que su monstruosidad comienza a edulcorarse.

Los sátiros, junto con las ménades —en quienes sólo he encontrado sonrisas—, formaban parte del séquito de Dionisio y en ocasiones de una pandilla mayor conformada por Pan, Sileno y otras divinidades entre las que se encontraban Como y Gelos, según Filóstrato. Intoxicados buena parte del tiempo y poseedores de una erección perpetua, los sátiros pertenecían a la corte de la depravación y el éxtasis etílico. Representan al animal que dentro de nosotros añora ser liberado para entregarse al placer.

La risa de estos sátiros parece emerger directamente del caos primitivo, es un magma irrefrenable de vida que, en su potencia, podría destruir cualquier cosa que se interponga a su voluntad. Es la risa inconsciente del desenfreno, la brutalidad festiva del hombre de campo, segundos antes de colapsarse tras días de juerga. Si en la mitología celta la primera risa de un niño engendra un hada, la risa del sátiro engendraría niños: es seminal, robusta, viril. Proviene de las fauces cavernosas de la tierra.

¿Quién quiere un beso! ¿Quién es el más hermoso!

Pablo había comido muy bien y ahora recibía un alud de apapachos con la indiferencia de un felino. Tenía unos tres años para ese entonces y Camila parecía más su hermana que su madre. Compartían el mismo entusiasmo por la vida, esa sensación de extrañamiento al ver todo como si fuera por primera vez, y una irresponsabilidad magnífica, como si ninguno de sus actos fuera capaz de consecuencias terribles o irreparables. El niño había nacido de una de las muchas relaciones de Camila, no de una particularmente larga o importante, lo que acentuaba la impresión de que había nacido por partenogénesis. Era una criatura que se dejaba querer, convencida de su superioridad por una nobleza de espíritu casi tangible. Iluminaba los dibujos de un libro de dinosaurios mientras su mamá y yo reíamos de algún recuerdo en común, y sólo interrumpía con mera información cromática —¡rojo!, ¡verde!, ¡azul!—, mientras reinventaba el paisaje mesozoico.

Nos fuimos a dormir temprano, acoplándonos a los horarios del pequeño. A mí me tocó el futón de la sala, donde me quedé despierto escuchando los ruidos nocturnos de la ciudad. Pensaba en lo que podía depararme el destino cuando prendí otra vez la luz y regresé al librero a buscar con qué entretenerme. Si algo había aprendido después de tantos años estudiando letras era que, si quería evadirme de alguna preocupación, sólo tenía que abrir un libro.

A la mañana siguiente Camila se reportó enferma y pasamos el día juntos. Desayunamos los tres algo ligero y luego me acompañaron a la universidad para escuchar mi ponencia. Les prometí que todo el numerito no iba a durar más de una hora y que podían salir a dar una vuel-

ta si se aburrían. Se portaron bastante bien a pesar de todo: Pablo se entretuvo en la alfombra del salón jugando con un par de soldaditos y su mamá revisó unas tareas, mientras yo leía "Hermes ante el abismo: los usos de la filología en el periodo de entreguerras".

Camila quería aprovechar el día para entrevistarse con un colega o amigo de su novio, no entendí bien, que colaboraba con ellos en proyectos de reforestación. Yo sólo quería acompañarlos y disfrutar la caminata, en menos de ocho horas tenía que estar de vuelta en la capital, listo para empacar mis cosas y regresar al terruño siete años después de haber salido. Pero el amigo de Camila no aparecía, entonces caminamos por las calles del centro siguiendo los caprichos peatonales del niño, platicando de nuestros padres, de viejos amigos, de nuestros años en Puebla. Después de un rato decidimos sentarnos en una terraza, pedimos cerveza y, aunque no venía mucho al caso, le pregunté a quemarropa: ¿Y tú por qué ya no escribes?

Para Sócrates, lo ridículo y lo odioso son fenómenos similares. Ambos se suscitan cuando ignoramos la inscripción "Conócete a ti mismo", esculpida en el frontispicio del oráculo de Delfos. Si una persona cree que es más rica, más atractiva, fuerte o más inteligente y noble de lo que es en realidad, resulta chusca o detestable. Chusca cuando el personaje es inferior, débil, incapaz "de tomar venganza"; en caso contrario —es decir, cuando sí puede vengarse—, no podemos burlarnos de él y sólo podemos considerarlo odioso o infame. Una forma completamente jerárquica, vertical, "de arriba para abajo", de entender la risa.

El doctor Bougot debe estar equivocado. No he encontrado ni un solo sátiro o fauno que ostente el nombre de Gelos. De hecho, fuera de Pan, no recuerdo otro dios que sea parte hombre, parte animal. Eso restringe en algo el territorio de mi búsqueda: Gelos, al igual que Como, debe ser completamente antropomórfico.

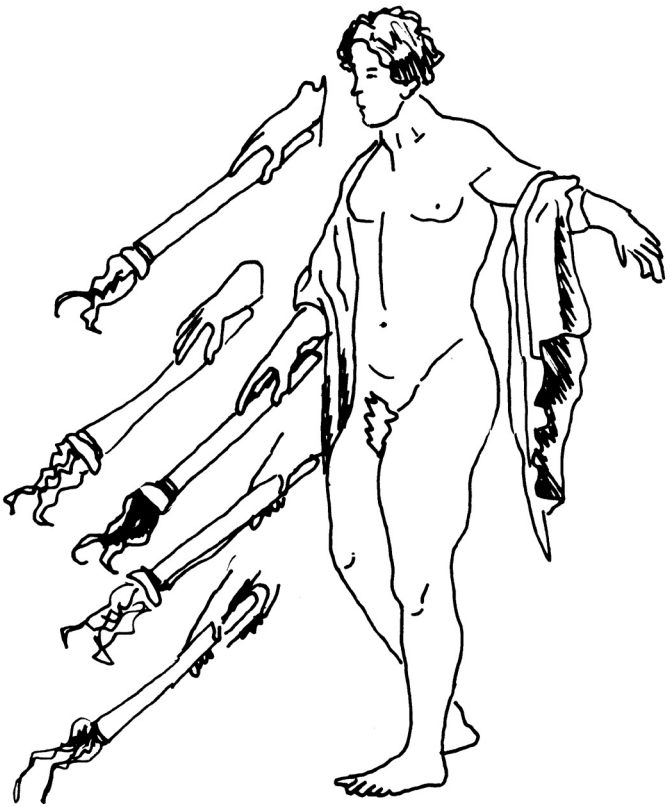
> Sócrates. A todos los que insensatamente tienen de sí mismos una opinión falsa, como al resto de los humanos, por absoluta necesidad, los siguen, a unos la fuerza y el poder, a los otros, pienso yo, lo contrario.
>
> Protarco. Necesariamente.
>
> Sócrates. Divide pues en base a esto: de entre ellos a todos los que, teniendo tal opinión de sí mismos, son débiles e incapaces de tomar venganza cuando son objeto de burla, llamándolos ridículos dirás la verdad; en cuanto a los que son capaces de vengarse, llamándolos terribles, violentos y odiosos, te harás de ellos la idea más acertada. En efecto, la ignorancia de los fuertes es odiosa e infame […], la débil, en cambio, alcanza para nosotros la categoría y la naturaleza de lo ridículo.
>
> (*Filebo*, 50.)

A partir de los doce años los jóvenes laconios podían tener una amante. Sus encuentros tenían que ser ocultos, para no ser sorprendidos visitaban el aposento de su pareja en medio de la noche. Aún tenían que vivir en compañía de su brigada, dormían en un lecho de juncos que ellos mismos arrancaban de la rivera del río Eurotas y se les asignaba una prenda de vestir para todo el año.

Sólo en ciertas festividades tenían permitido bañarse y arreglarse, lo que otorgaba a su apariencia un halo intimidatorio.

Durante la Gran Guerra, Walter Benjamin vivió en Múnich y tradujo con devoción la poesía de Charles Baudelaire; un gesto que lo colocó por encima de mezquinas desavenencias políticas. Estaba abiertamente en contra del conflicto y se las ingenió para reprobar tres veces los exámenes físicos del Ejército Alemán. En la primera ocasión fingió sufrir de parálisis, la segunda llegó al cuartel en condiciones deplorables —después de una de sus maratónicas charlas con Gerhard Scholem: doce horas discutiendo sobre religión, filosofía y literatura—, y en la tercera, su novia, Dora Kellner, lo hipnotizó para provocarle un ataque de ciática.

Filogelos, la compilación de chistes más antigua que se conserva (siglo IV d.C., más o menos), aún se lee con fascinación. Ninguno de sus ejemplos me hacen reír, pero casi todos logran producirme una sonrisa. Imagino que es por su ingenuidad, su candor, o tal vez porque seguimos quejándonos de las mismas cosas. En mi reacción hay algo de asombro, de estupefacción —de milagro—, al darme cuenta de que una broma de hace casi dos mil años aún me interpela. En sus páginas descubro que un dicho caro a mi padrino, el del "caballo del gachupín" —"Cuando ya se estaba acostumbrando a no comer, se murió"—, se remonta a esta época.



Ernst Robert Curtius luchó en las tricheras en contra de la Triple Entente, pero en su cubículo y en las aulas fungió más como un conciliador; y es que se empecinó en hacerles ver a los alemanes la deuda cultural que tenían con Francia y Gran Bretaña. En los años de entreguerras llevó a cabo una infatigable labor divulgativa: estudió la obra de Balzac, Proust, Rolland, Joyce, tradujo a T.S. Eliot, y publicó regularmente en *La Nouvelle Revue Française*. Con su trabajo intentó contrarrestar el influjo de los cada vez más beligerantes nacionalismos, e impulsó la idea de una identidad continental.

Al igual que Gelos, Como es una de las deidades más alegres, es muy dado "a la algazara y al banquete", Filóstrato *dixit*. Pero de él sabemos mucho más que del dios de la Risa: es hijo de Dionisio, se le considera dios del jolgorio y la festividad, y era el encargado de llevar la copa de su padre. A diferencia de Gelos, de él sí tenemos una descripción física, y no se asemeja en nada a los sátiros ni a los faunos, como imagina Bougot. Aparece en el mismo Filóstrato, en otro de los cuadros de la pinacoteca napolitana, y ahí podemos imaginarlo con más detalle: es un muchacho joven que dormita mientras sostiene una antorcha hacia abajo. Luego tuve la fortuna de encontrar su representación entre las imágenes que ilustran los hallazgos arqueológicos de Bernard de Montfaucon.

Un alumno le pregunta a su profesor: "¿Cómo se llamaba la mamá de Príamo?" Él, que no sabe y se niega a confesarlo, responde: "En señal de respeto digámosle 'señora' " (*Filogelos*, 197).

Lo ridículo se suscita, según Platón, cuando nos alejamos de la verdad. Es una de las consecuencias del engaño, la mentira o lo falso, en asuntos o personas sin interés. La risa, por ende, también es privilegio de las personas y asuntos sin interés. Eso deduzco de la censura que hace a los guardianes del Estado, quienes no debían reír, o al menos no carcajearse. "Cuando alguien se abandona a una risa violenta", dice, "provoca a su vez una reacción violenta", y nadie quiere vivir bajo la tutela de un sujeto temperamental. En la misma vena que Jorge de Burgos, Platón nos susurra, desde el siglo IV, una buena advertencia en

tiempos de frivolidad y relativismo: la risa es ajena a los asuntos verdaderamente valiosos, déjala para las cosas triviales y sin importancia.

El paso de Werner Jaeger por la Universidad de Basilea fue breve, pronto se trasladó a Kiel y, en 1921, volvió a Berlín para ocupar el puesto de Wilamowitz. Desde ahí organizó conferencias, animó publicaciones y dirigió una revista y una colección editorial, al tiempo que continuó con su cátedra e investigación. Difundió el ideario del "Tercer humanismo" —posterior al humanismo italiano y al Segundo humanismo de Wilhelm von Humboldt—, cuya finalidad era "construir un puente entre la ciencia y la vida". "El día de hoy", apuntaba de forma recurrente en su magisterio, "la ilustración, el individualismo y la desaparición del espíritu están generando nuevas formas de inestabilidad en la vida pública e individual", por ello el filólogo, a partir de su estudio e interpretación de textos canónicos, debía fungir como el educador espiritual de sus contemporáneos.

> —No obstante, no conviene que los guardianes sean gente pronta para reírse, ya que, por lo común, cuando alguien se abandona a una risa violenta, esto provoca a su vez una reacción violenta.
>
> —Me parece que sí.
>
> —Por consiguiente es inaceptable que se presente a hombres de valía dominados por la risa, y mucho menos si se trata de dioses.
>
> —Por cierto.
>
> —En tal caso, tampoco aceptaremos a Homero cosas como éstas acerca de los dioses: "Y una inextin-

guible risa se elevó entre los felices dioses,/ al ver a Hefesto a través de la morada jadeando".

(*República*, III, 388e.)

¡Risus! ¡Claro! Ahora resulta tan evidente, tan inevitable, que no puedo entender cómo no lo pensé primero. ¡Existe un equivalente romano de Gelos y su nombre es Risus!, como es casi la norma en toda la mitología clásica.

Esto lo menciona Felix Jacoby en sus *Fragmentos de los historiadores griegos*, los quince volúmenes donde sistematiza lo poco que nos queda de historiografía antigua. Le dedica una entrada a Sosibio por supuesto, donde cita a Plutarco, su vida de Licurgo, y hace referencia a la estatuilla de Gelos. El filólogo sugiere que esta representación podría tratarse de una de las sonrientes esculturas arcaicas, pero no me convence. Aunque la historia no tiene la obligación de ser interesante, la considero una solución demasiado fácil, literal. Además una sonrisa no es lo mismo que una risa, a ninguna de esas estatuas se les ven los dientes.

Antes de seguir con otro asunto, Jacoby apunta como de pasada: "Gelos es Risus en latín".

No puedo precisar el primer recuerdo que tengo de Camila, tal vez por eso me empeño tanto en contar el último. Ella siempre estuvo ahí, conmigo, conformando una suerte de matrimonio infantil parecido al de esas postales cursis donde los niños se toman de la mano y se besan. Aunque más que caricias recuerdo desafíos, principalmente atléticos —competencias para trepar un árbol, lanzar una roca, suspenderse con la inercia del columpio—, y mucha complicidad. Un tipo de lealtad heroica e inquebrantable que

sólo yo me atreví a retar alguna vez, sin llegar a dañarla realmente. Fue un episodio bochornoso y lamentable para mí, muy triste para ella, ese cuando me preguntó frente a un grupo de amigos: ¿Verdad que tú y yo fuimos novios en el kínder? Yo era un adolescente tímido e inseguro así que primero fingí desconcierto y después lo negué.

¿Tú y yo?

Su rostro se descompuso con un desaliento tal que desde ese momento y para siempre me arrepentí de mi indiferencia y juré disculparme. Alguna vez. Pero no tuve tiempo. Perdóname camarada, ya sé que es tarde pero estoy tratando de cumplir nuestra promesa.

Tengo entendido que, cuando la familia de Camila llegó a vivir a Puebla, rentaron una casa justo al lado de la nuestra y su mamá se hizo amiga de la mía. Su hija era de mi edad y todavía no tenía escuela; yo asistía a un jardín de niños que quedaba a tres cuadras de distancia. Desde entonces fuimos y venimos de la escuela juntos. Así fue hasta el divorcio de sus padres.

Los Torres eran una familia especial, al menos para mí. Y esa anomalía radicaba en dos cosas que de niño nunca pude comprender del todo. A diferencia nuestra ellos no iban a misa, y a diferencia de toda persona que yo había conocido hasta ese momento, ellos no tenían televisión. ¿Y qué hacen a la hora de la comida?, me preguntó mi mamá cuando le reporté. Comen, le dije, pero ahora recuerdo que también conversaban. O conversábamos, porque su papá era muy amable, o muy audaz, y siempre me incluía en sus charlas.

Un hombre, alejado de su tierra por asuntos mercantiles, va con un adivino para preguntarle por la salud de la fa-

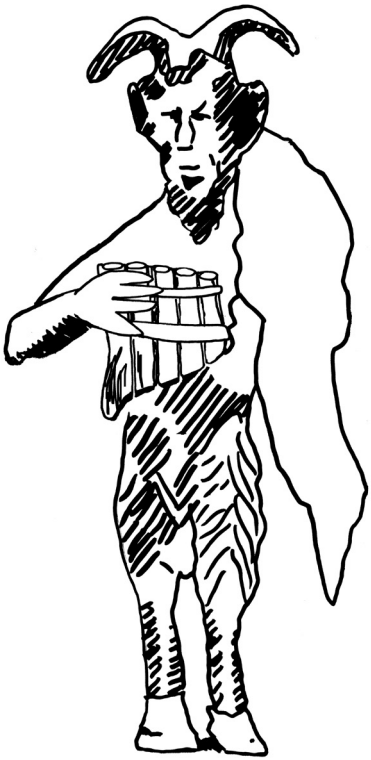
milia. "Todos se encuentran perfectamente", le dice, "incluso su padre". "¡Cómo es posible eso", contesta el cliente, "si mi padre murió hace más de diez años!" Entonces el adivino, imperturbable, le contesta: "Me temo que usted no sabe de quién es hijo" (*Filogelos*, 201).

"La risa frecuente y escandalosa es signo de tontería y locura", Isócrates.

Erich Auerbach empezó sus estudios en filología románica desde antes de la guerra; incluso se inscribió en la Universidad de Berlín para trabajar bajo la dirección de Erhard Lommatzsch. Pero fue sólo a su regreso que, maltrecho y condecorado con la Cruz de Hierro, pudo sentarse en su escritorio y llevar a buen término *Las técnicas de la nouvelle al inicio del Renacimiento italiano y francés*, su tesis de doctorado. Ahí apuntó que lo único que les garantiza la supervivencia a los protagonistas de Bocaccio es su educación: los personajes del *Decamerón* se reunieron a las afueras de Florencia para hacer literatura a pesar de la crisis, la muerte y el horror porque "cuando todo colapsa, cuando la religión, el Estado y la familia se desmoronan, sólo nos queda la cultura".

Hoy encuentro en la R lo que hace dos años busqué bajo la G. Y aunque la erudición enciclopédica vuelve a decepcionarme, transcribo el siguiente hallazgo con incredulidad y estupefacción: "Entre los dioses lares figuraba la Risa —en latín Risus—, divinidad a quien los lacedemonios habían erigido una estatua debido a que era la más amable de todas las deidades, aquella que hacía de la vida algo alegre y endulzaba los trabajos y el dolor. Sus representaciones

siempre se encuentran situadas junto a la de Venus y los Placeres, así como a las de los Amores. Los tesalios le hacían un sacrificio cada año; Pausanias y Apuleyo lo mencionan". Louis Moreri, *Diccionario histórico* (1674).



Creo que en la actualidad existe una confusión entre risa sarcástica y risa sardónica; al menos mi traductor de Homero elige la primera cuando el poeta utiliza la segunda, aunque distan de ser sinónimos. El sarcasmo aún comparte raíz con sarcoma, es una risa cancerígena por decirlo de alguna manera. La risa sarcástica lacera, magulla la piel como si nos azotara con un látigo —"sarx" es

piel en griego y "sarkazein" mordisquear—. La sardónica, por su parte, no es más sutil: su origen es incierto pero parece derivar del término Sardos —Cerdeña— ya que ahí acostumbraban sacrificar a viejos y a niños al son de carcajadas impostadas. "En consecuencia se llamó 'sardónica' a la risa fingida", dice Zenobio en sus *Proverbios*, recordándonos que toda burla guarda un resabio asesino.

Se dice que Pan fue el primer bufón del Olimpo. No lo sé. Me parece arriesgada esa designación. Formaba parte del séquito de Dionisio y no dudo de que haya sido muy chistoso, pero hay algo en su rusticidad que me impide verlo como un cómico cortesano. Canta un himno homérico que cuando Pan llegó a la morada de los dioses, estos lo designaron Pan porque "fue la diversión de todos" (y Pan es "todo" en griego). Yo creo que con sus cuernos y patas de cabra, jugaba más bien el papel de mascota.

Leo a Pausanias con el alma en un hilo. Parece tan detallada la descripción que hace de la ciudad de Esparta, que tengo la sensación de que Gelos aparecerá a la vuelta de cada esquina. A pesar de lo que afirma Moreri, no lo hace. Al menos no en el libro dedicado a Laconia, tendré que revisar los nueve restantes para estar seguro.

En el ágora de la ciudad el autor sólo resalta el pórtico pérsico, los templos de César, de Augusto y una estatua dedicada al vidente Agias. También las imágenes de Apolo, Artemis y su madre, Leto. La escultura podría haberse ubicado, además del ágora, en una plaza rectangular adyacente donde, según Pausanias, "vendían mercancías de poco valor". Aquí estaba el templo de Dionisio Colonatas y era el espacio destinado en la ciudad para realizar su

fiesta. El dios de la Risa podría haber tenido en esta explanada un ambiente natural.

Un hombre invita a un glotón a una vendimia; come tantas uvas e higos que se va a la cama con retortijones. Esa noche sueña que su amigo está en la copa de una higuera invitándolo a subir para seguir comiendo. Cuando se incorpora para trepar, su amigo se caga en él desde las alturas. El goloso se despierta para descubrir que, en realidad, fue él quien se defecó en la cama. Lava las sábanas, vuelve a dormir, pero en el sueño el amigo lo sigue invitando a trepar. Entonces le dice: "No, lo que tú quieres es volver a cagarme encima. Ahora me cago yo acá abajo y subo después" (*Filogelos*, 243).

Los yanoamos decían que Caimán era el único poseedor del fuego; los hombres aún comían crudos sus alimentos cuando él ya los cocinaba. Pero un día la Mujer Perdiz descubrió una oruga chamuscada y con asombro se la mostró al resto de los animales. Entre todos descubrieron el secreto de Caimán y decidieron urdir una treta: "Vamos a hacerlo reír para que abra la boca y podamos tener el fuego que él guarda celosamente", dijeron. Poco después se sentaron a cenar y pusieron en marcha su estratagema: rodearon a Caimán y empezaron a orinarse los unos a los otros para hacerlo reír, pero él se mantuvo impávido; sólo se carcajeó cuando uno de ellos defecó sobre la concurrencia. Entonces salió el fuego de su boca y, desde ese día en adelante, todos los animales pudieron utilizarlo.

Para Aristóteles, la pertinencia de la risa está indicada por el justo medio: hay que evitar la gravedad de los

"ásperos", así como la risa fácil de los "bufones", y mejor aspirar al temperamento "ingenioso". Creo que en esto consiste la famosa "eutrapelia": ejercer una comicidad mesurada y con tacto que haga evidente nuestra posición social, ya que "las bromas del hombre libre difieren de las del hombre servil, y las del educado de las del que no tiene educación". Todo esto en el cuarto libro de su *Ética nicomáquea*.

Walter Benjamin se postuló para una plaza como profesor en la Universidad de Frankfurt porque tenía la necesidad de obtener un puesto con honorarios fijos. En el otoño de 1923 el departamento de estética rechazó su propuesta, pero el de filología germánica no. Entonces comenzó a trabajar en lo que sería *Los orígenes del drama barroco alemán*, su tesis de habilitación, justo en un momento de creciente antisemitismo. El seis de noviembre de ese mismo año apareció en los periódicos que la policía, teniendo como excusa una manifestación popular, aprovechó para golpear judíos. Pocos fueron los gentiles que intentaron defenderlos.

> Pues bien, los que se exceden en provocar la risa son considerados bufones o vulgares, pues procuran por todos los medios hacer reír y tienden más a provocar la risa, que a decir cosas agradables o a no molestar al que es objeto de sus burlas. Por el contrario, los que no dicen nada que pueda provocar la risa y se molestan contra los que lo consiguen, parecen rudos y ásperos. A los que divierten a los otros decorosamente se les llama ingeniosos, es decir, ágiles de mente, pues tales movimientos se consideran notas de carácter […]. Al

> modo de ser intermedio pertenece también el tacto. Es propio del que tiene tacto decir y oír lo que conviene a un hombre distinguido y libre; hay, pues, bromas en el decir y en el escuchar que convienen a tal hombre, pero las bromas del hombre libre difieren de las del hombre servil, y las del educado de las del que no tiene educación.
>
> (Aristóteles, *Ética nicomáquea*, IV, 8.)

¡El "augusto" y "amabilísimo" dios de la Risa! En efecto, en el libro tercero de sus *Metamorfosis*, Apuleyo le da a Risus un papel protagónico. "¡Invoquémoslo con un ritual alegre y divertido!", exclama, y se extiende narrando con morosidad y parsimonia una fiesta que se brinda en su honor. Temía leerlo y encontrar, como en Pausanias, que se tratara de una pista falsa. Pero no: por su riqueza y extensión este libro se descubre como la fuente más importante de mi búsqueda. No describe en ningún momento cómo es físicamente —tampoco dice que suele encontrarse cerca de Venus y los Amores, como afirma Moreri— pero sí deja muy claro el rol que tenía dentro de la sociedad de Tesalia. Risus era tan importante ahí que, sin duda, superaba el fervor que pudiera haber provocado en el pueblo laconio.

Un verano el señor Torres se compró una caña de pescar y decidieron ir de campamento. Como el proyecto se había discutido en varias sobremesas, y yo había participado del entusiasmo colectivo, fui invitado a sumarme. Los papás de Camila pasaron por mi casa unos días antes de la partida, se sentaron a platicar con los míos, y al calor de unos güisquis se acordó una especie de adopción tem-

poral. Mi mamá estaba un tanto escéptica, insegura de que me fuera a divertir, estando más bien acostumbrado al verano en Acapulco con hotel frente al mar y desayunos bufet. Vas a tener que hacer del baño en la intemperie, sí sabes, ¿no?, me preguntó cuando se fueron. Y yo no lo había pensado, pero aun así quise ir. Creo que quería experimentar la fascinación y extrañeza que sentía Camila cada que vez salía con nosotros y la llevábamos al club deportivo, no sin hacer una escala en misa. Ella parecía divertirse mucho, y mientras se esforzaba por actuar educada y agradecida, no dejaba de hacer burla de algunas señoras que yo veía muy parecidas a mi mamá.

A pesar de que su coche no tenía aire acondicionado, y de que su papá se olía el meñique cada vez que lo usaba para limpiarse la oreja, yo no critiqué. Y narro lo que sucedió esos días porque probablemente sea el primer recuerdo nítido que tengo de nuestra relación. Durante esa semana fue que desové una trucha por primera vez, me bañé en la orilla de un lago, defequé al aire libre y soñé que algún día viviría en esos bosques, talando leña y pescando mi propia comida, mientras buscaba oro en los ríos. El papá de Camila nos tuvo entretenidos todo el campamento con el relato de una supuesta mina en las inmediaciones y nos puso a excavar en la rivera. En el proceso descubrimos pedazos de cerámica, vidrios pulidos por la acción de la corriente, un dije con forma de cruz y todo tipo de minerales de apariencia alienígena. Cualquier guijarro que refulgiera apenas perceptiblemente era sujeto al escrutinio del señor Torres, quien cerraba un ojo, utilizaba sus lentes como si fueran lupa de aumento y, antes de confirmar la autenticidad de la piedra, la apretaba entre sus incisivos. Pasada la prueba se quedaba

con el tesoro y le gritaba a su mujer que nos diera de cenar, de momento habíamos costeado nuestra comida.

De aquellos días se distingue un instante de forma particular: en una de nuestras exploraciones río arriba, mientras enjuagábamos nuestros hallazgos en el agua de una cubeta, Camila me confesó que le gustaba Chava, un compañero nuestro. El comentario me tomó por sorpresa, no sólo por su precocidad, sino porque ese tipo siempre me había parecido un perfecto imbécil.

Todo se lleva a cabo en Hipata, el día en que se conmemora la fundación de la ciudad. Lucio, el protagonista de Apuleyo, está de paso por ahí y en una cena le anuncian que al día siguiente "es típico y exclusivo de nuestro pueblo el invocar al augusto dios de la Risa con un ritual alegre y divertido". Antes de partir su anfitriona le dice: "ojalá tu propia alegría pueda inspirarte algún recurso para honrar a nuestro dios, así será más completa nuestra ofrenda en honor de tan alta divinidad". Él promete pensar en algo para venerarlo, agradece por la cena y se va.

Al llegar a la puerta de la casa donde se hospeda descubre a tres malhechores que intentan robarla. Pelea con ellos. Los mata. Y antes de huir entra a su habitación y se queda dormido, víctima de la fatiga del encuentro. A la mañana siguiente aparecen los magistrados para arrestarlo, es un asesino de tres vigilantes nocturnos y no merece vivir. Lucio es procesado y se resigna a su suerte atónito —la pena capital—, aunque no puede entender por qué todos están riéndose de él durante el juicio. Antes de ser ejecutado le piden que descubra los cadáveres de sus víctimas, que yacen cubiertos sobre el piso. Él no quiere, le aterra la imagen de su propio crimen, pero aun así lo

obligan a hacerlo. Cuando quita las mantas sobre lo que parecían unos cuerpos sólo descubre tres odres de vino: todo ha sido un montaje. Es una broma para honrar al dios de la Risa y el pueblo entero estalla en carcajadas.

Ya libre y de camino a su casa, un nativo le explica lo sucedido: "Te amargas demasiado por la broma de que has sido objeto", le dice, "no se ha pretendido ofenderte (…). Tú has sido el autor y el protagonista de la fiesta: el favor y la amistad de este dios te acompañarán en toda circunstancia; no permitirá que tu alma conozca el dolor y bendecirá tu frente derramando sin cesar paz y alegría".

Antes de convertirse en hombres, a los dieciocho años de edad, el estado lacedemonio dejaba de alimentar a sus jóvenes. Por ello tenían que conseguir la comida por sus propios medios, es decir, robando. Cuando alguno era sorprendido *in fraganti* debía recibir una serie de azotes; antes de ser castigado se le recordaba que su culpa no era robar sino haber sido aprehendido. Cuenta Plutarco que un joven que se robó un zorro prefirió morir de las mordidas que éste le daba bajo su túnica, antes que confesar su crimen.

Sobre estas piedras edificaré mi iglesia:

> Y, mientras reclaman para el dios de la Risa las libaciones habituales, Birrena se dirige a mí en los siguientes términos: "Mañana es un gran día para esta ciudad, el aniversario ininterrumpidamente celebrado de su fundación. En este día, es típico y exclusivo de nuestro pueblo invocar al augusto dios de la Risa con un ritual alegre y divertido. Tu presencia acentuará para

> nosotros la alegría de esta fecha. Y ojalá tu propia alegría pueda inspirarte algún recurso para honrar a nuestro dios, así será más completa nuestra ofrenda en honor a tan alta divinidad […]. Te amargas demasiado por la broma de que has sido objeto: no se ha pretendido ofenderte. Olvida esta tristeza que ahora te llena el corazón, echa fuera la amargura de tu alma. Estas diversiones que año tras año celebramos solemnemente en la ciudad en honor del amabilísimo dios de la Risa deben su éxito a los recursos siempre nuevos de la inventiva. Tú has sido autor y el protagonista de la fiesta: el favor y la amistad de este dios te acompañará en toda circunstancia; no permitirá que tu alma conozca el dolor y bendecirá tu frente derramando sin cesar la paz y la alegría".
>
> (Apuleyo, *Metamorfosis*, II, 31 y III, 11.)

Cuando descubrió que el fascismo iba ganando terreno, Curtius se sintió obligado a hacer algo más radical. El resultado fue la publicación de *El espíritu alemán en peligro*, una colección de artículos donde reivindicó la "civilización europea" —a diferencia de los nazis que defendían la "cultura alemana"—, y afirmó que el escritor —y particularmente el ensayista—, debía fungir como el sumo sacerdote de una sociedad que buscaba reconocerse a sí misma. Sólo una postura profundamente elitista podía contrarrestar el protagonismo de unas masas que, con el *Blut und Boden*, desdeñaban lo que desconocían. Por ello su apasionada defensa de Carlomagno: para los nacionalistas el emperador era el responsable de cristianizar Europa Central y, por ende, culpable de que los germanos se distanciaran de su esencia. Pero Curtius en-

fatizó su voluntad europea, clásica, con la que nutrió a Alemania y la volvió parte del mundo moderno.

Quinta conclusión extraída de los datos obtenidos: todos mis indicios son posteriores a Cristo, siglos I, II y III. Plutarco, Apuleyo y Filóstrato están muy lejos del universo de Licurgo; es casi imposible que compartan la misma visión del mundo. Parecen más bien evocaciones románticas, ensoñaciones bucólicas que pudiera tener la Roma imperial con la Grecia preclásica, un lugar idílico donde el culto al dios de la Risa podría entenderse como síntoma de felicidad e inocencia.

La diferencia entre tragedia y comedia, para Aristóteles, también parece estar indicada por el justo medio: hombres mejores que los normales, personajes de tragedia; peores que el común, de comedia. Podemos reírnos del hombre inferior siempre y cuando sus defectos sean "feos", es decir, que consistan en "una fealdad que no causa dolor ni ruina", de lo contrario sólo podríamos indignarnos. A pesar de que en un momento de su *Poética* dice "de la comedia hablaremos después", no agrega mucho más al respecto.

No he podido averiguar en qué día se celebraba la fundación de Hipata, pero si se trata de la actual Ypati, algo muy probable, puedo decir que data del siglo V a.C. y fue erigida por antiguos aenianos. Sucedió mucho tiempo después de Licurgo y en una zona muy retirada de Laconia. ¿Por qué un rito menor espartano celebraría el aniversario de una joven ciudad de Tesalia? Todo el espectáculo suena a una gran licencia poética.

> La comedia es, como hemos dicho, imitación de hombres inferiores, pero no en toda la extensión del vicio, sino que lo risible es parte de lo feo. Pues lo risible es un defecto y una fealdad que no causa dolor ni ruina; así, sin ir más lejos, la máscara cómica es algo feo y contrahecho sin dolor.
>
> (Aristóteles, *Poética*, V, 1.)

El calendario espartano estaba regido por cuatro fiestas principales: las Gimnopedias, las Jacintias, las Carneas y el festival de Artemis Ortia.

El Tercer humanismo se diferenció del humanismo tradicional porque propuso un entendimiento edificador —y principalmente político— de los clásicos. Los griegos fueron los creadores del concepto de cultura, decía Jaeger, por ello había que abrevar de ahí para superar el escollo que provocó la Gran Guerra. Según él, la Alemania de los veinte era como Atenas después de Pericles: un estado en decadencia que debía recuperar la supremacía del espíritu. Platón subsanó esa carencia en el siglo IV y los filólogos tenían que hacer lo mismo en la República de Weimar.

El dios Risus podría haber sido una especie de *trickster*; al menos en el caso de Lucio así se comportó. Después de haber sido bendecido por esta deidad, y todavía sin que se le hubiera pasado del todo el susto de su inminente ejecución, el joven es convertido en asno por una bruja y padece de maltrato durante meses debido a su metamorfosis. El final del relato es feliz, pero un lector de Apuleyo tendría cuidado antes de encomendarse a una deidad tan veleidosa.

La comedia, siguiendo con Aristóteles, surgió de los cantos fálicos, es decir, su origen tiene una finalidad claramente reproductiva. La risa que provocaba en su auditorio una comedia de Aristófanes, ¿podría colaborar a ese afán generativo —a tener una temporada con mejor cosecha, por ejemplo—, caro a toda comunidad agrícola?

He encontrado un par de imágenes modernas que intentan reconstruir el "Andros" descrito por Filóstrato. Por un momento me entusiasmé, pensando que daría por concluida mi tarea, pero luego descubrí que no aparece Gelos; ambas dejan en un segundo plano el puerto del que zarpa Dionisio. Se enfocan más bien en el río de vino, la borrachera de los nativos, el delirio. En un grabado que ilustra la edición francesa de *Cuadros* se logra ver a los tripulantes del navío. El artista se conforma con delinear fisionomías de lo que parecen ser algunos jóvenes, indistinguibles entre sí. Uno de ellos tendría que ser el dios de la Risa. La otra reconstrucción es particularmente famosa, se le conoce como "La bacanal" y es de Tiziano. Pero en su caso el barco se encuentra tan retirado que sólo podemos imaginar a los pasajeros.

Pero eso de la hermandad del dios Gelasma no pasó sino muchos años más tarde, cuando una infidelidad de la señora Torres desmontó nuestra cómoda rutina. En casa de Camila, divertirse sin televisión era todo un desafío, pero nos las habíamos arreglado sin tener que llegar al extremo de leer. Por el protagonismo de los libreros, y a juzgar por los muchos volúmenes que parecían no encontrar acomodo en ninguno de ellos —apareciendo en el baño, la cocina y prácticamente en cualquier superficie plana—,

era obvio que la lectura estaba considerada como el pasatiempo oficial de la familia. Cuando su papá se mudó, y comenzamos a despedirnos a la salida de la escuela una semana sí y otra no, empecé a aburrirme sobremanera. Me había aburrido antes con Camila, pero hacerlo solo era una experiencia espeluznante que ni la televisión lograba aminorar. Por fortuna no fui yo quien se vio obligado a confesar su agonía, pues pocas semanas después del nuevo arreglo Camila no tuvo empacho en decirme que me extrañaba, aunque no fue fácil solucionar el asunto. Primero intentamos comunicarnos por teléfono, pero esa práctica me resultó entonces —y sigue pareciéndome ahora— dolorosísima. Después ella me escribió un par de cartas, e incluso me las envió por correo postal y toda la cosa, pero llegaron tan tarde que resultó cómico antes que útil. Finalmente me propuso un plan que no terminaba de convencerme pero sonaba mucho mejor que la soledad o la tortura telefónica.

"Hay que leer este libro juntos", me dijo, poniendo entre mis manos una copia de las *Narraciones extraordinarias* de Edgar Allan Poe. El volumen imponía por su grosor, pero me prometió que podíamos leer sólo un cuento al día, que no era mucho, que no fuera así, que estaría chido. Me hice del rogar pero no tanto. Aunque nunca acepté que el tedio vespertino era mutuo, esperaba que una actividad compartida pudiera paliar en algo su ausencia.

En realidad nunca dejé de aburrirme esas semanas que estuve sin mi mejor amiga, pero eventualmente aprendí a sobrellevarlo. Y la lectura resultó ser un remedio muy eficaz: desde ese día hasta hoy tal vez no haya pasado uno solo en que no haya leído algo. Esa invitación

me cambió la vida, me hizo el hombre que soy ahora. Y esa es otra de las cosas que nunca llegaré a agradecerle.

En la ciudad de Pelene, en la región de Acaya, también se celebraba el culto a Deméter con risas y bromas. Ahí se situaba el Miseo, templo donde se realizaba la fiesta que transcurría durante una semana. Dice Pausanias que al tercer día los hombres y todos los perros machos debían alejarse del santuario y dejar solas a las mujeres, que "celebran por la noche todos los ritos que son de costumbre". Al día siguiente regresan, "y las mujeres y los hombres se mofan y se burlan unos de otros alternativamente".

Creo que la búsqueda iconográfica se restringe aún más: los estudiosos coinciden en que las representaciones juveniles de los genios y de los dioses lares —entre los que se encontraba Risus, según Moreri— no se distinguen en nada del Eros niño. Podría tratarse entonces una de las tantas criaturas regordetas que pueblan el arte clásico, cualquiera de los putti o amoretti, como se les llama, que acompañan a Dionisio en sus aventuras. Pero, de ser así, ¿cómo es que Filóstrato sabía que ese personaje de "Andros" era Gelos y no uno de sus mellizos? El dios de la Risa tiene que tener, necesariamente, algo que lo distinga del resto, algún atributo particular, aunque sea imperceptible para mí, que lo haga único.

> A una distancia de aproximadamente sesenta estadios de Pelene está el Miseo, un santuario de Deméter Misia. Dicen que lo fundó Miseo, un argivo, que recibió en su casa a Deméter, según dicen los argivos. En el Miseo hay un bosque sagrado con árboles de todas las

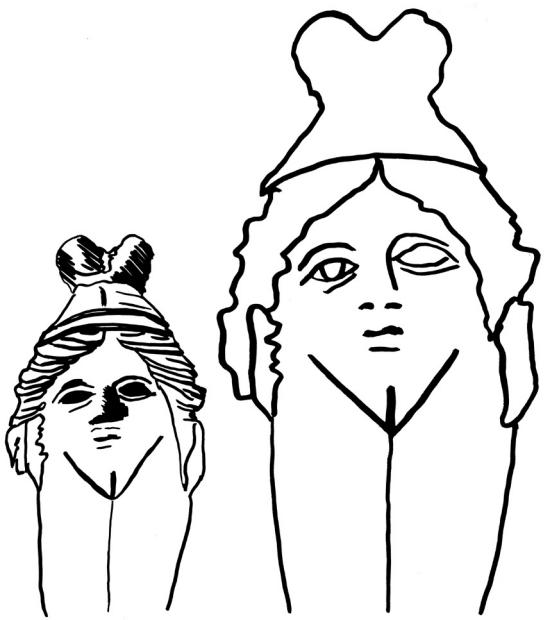
> clases, y de sus fuentes brota agua abundante. Allí celebran una fiesta de siete días en honor de Deméter. En el tercer día de la fiesta los hombres salen del templo y las mujeres se quedan y celebran por la noche todos los ritos que son de costumbre. Son expulsados no sólo los hombres, sino también los perros machos. Al día siguiente, los hombres van al santuario, y las mujeres y los hombres se mofan y se burlan unos de otros alternativamente.
>
> (Pausanias, VII, 27.9-10.)

Durante los siete años siguientes, Erich Auerbach mantuvo un puesto en la antigua Biblioteca Estatal Prusiana, en Berlín. Además de cumplir con sus labores burocráticas y traducir a Giambattista Vico, escribió *Dante, poeta de un mundo terrenal*, libro que le permitió postularse a una cátedra universitaria. En esa época se hizo amigo de Walter Benjamin, quien asistía a la biblioteca para escribir el libro con el que también aspiraba a obtener un puesto como profesor. Ambos sometieron su investigación a dictamen pero sólo Auerbach fue habilitado. En 1929 se mudó y ocupó su nueva plaza en la Universidad de Marburgo.

Los exégetas de Apuleyo han concluido que la fiesta de Risus no tiene asidero alguno en la realidad. Aun así, su sola fabulación tendría que explicarnos qué era, o qué significaba, el dios de la Risa para un sofista del siglo II.

A Lucio le extraña que antes de llegar al tribunal de justicia sus captores lo hagan recorrer todas las calles y lo lleven por cada rincón de la ciudad "como a esas víctimas que en las procesiones lustrales y expiatorias están desti-

nadas a conjurar las amenazas de algún nefasto agüero". Él no lo sabe aún pero, en efecto, es un chivo expiatorio: su propio cuerpo purifica a toda la comunidad con su desfile. Pero para que este rito tenga efecto la víctima tiene que ser necesariamente sacrificada, por eso, en una lectura atenta, Lucio muere y resucita en el teatro. Cuando descubre los tres odres de vino y el público estalla en carcajadas, él describe que quedó "inmóvil y frío como una piedra más entre las estatuas o columnas del teatro", e inmediatamente después: "No resucité de entre los muertos hasta que Milón, mi huésped, se acercó y me puso la mano encima". La risa de este festejo es una manifestación de risa ritual. Muy estilizada, incluso sublimada —el sacrificio es apenas notorio—, pero Risus, según este pasaje, es una deidad profundamente vinculada con el sacrificio y la resurrección.



"Nunca olvidaré que estoy unido a Alemania, ni ignoro lo profundos que son mis vínculos con ella", le escribió Benjamin a F.C. Rang por esas fechas. "Menos puedo ignorarlos ahora", continuó, "si tomo en cuenta el proyecto en el que trabajo actualmente, ya que nada te une de forma más profunda a un país que el intento de 'rescatar' su literatura del pasado, como yo lo quiero hacer". Y es que *Los orígenes del drama barroco alemán* era en esencia, y como lo señaló su autor, un primer intento por preservar un acervo literario. Antes de comenzar su redacción, Benjamin acumuló más de seiscientas fichas con fragmentos de oscuras obras de teatro, olvidados tratados teológicos, y bibliografía secundaria con las que conformaría un trabajo tan "difuso" como "disperso", pero cuya síntesis se daría en una suerte de ensamblaje. Desgraciadamente, el comité de la Universidad de Frankfurt consideró que la investigación era de una "acumulación incomprensible" y con gentileza persuadió a Benjamin de que él mismo retirara su solicitud, antes de ser rechazado.

Si alguien tiene la potestad de la risa clásica es la vieja Baubo, también conocida como Yambe. Algunos comentadores contemporáneos no tienen empacho en llamarla "diosa de la risa", aunque es obvio que el epíteto no le corresponde.

El mito tiene muchas variantes, pero en esencia es como sigue: cuando Hades secuestró a Perséfone, su madre Deméter bajó a la tierra a buscarla. Un día, estando en Eleuisis, se encontró con la vieja Baubo, una mujer que se apiadó de su tristeza y le ofreció de comer y de beber. La diosa estaba tan deprimida que rechazó el ofrecimiento, pero ella insistió. Para animarla primero co-

menzó a decirle chistes lascivos, cuando vio que no tenían efecto recurrió a algo más radical: se levantó la ropa y le mostró sus genitales. Ante el espectáculo Deméter empezó a reír y pudo aceptar los ofrecimientos de su anfitriona. Por eso su representación suele ser la de una gran vulva: un vientre con ojos, nariz y boca, cuya barbilla son los labios vaginales.

Poco se sabe de los misterios eleusinos, la ceremonia secreta que recreaba la búsqueda de Perséfone por Deméter. A los participantes se les exigía discreción absoluta y romper esa norma podía implicar la muerte. Aun así se dice que el mito de Baubo explica el por qué los iniciados tenían que reír y gritar obscenidades en una de las tantas partes de la ceremonia.

A partir de los treinta años el espartano podía tener una vivienda propia, oficializar su matrimonio, fundar una familia y participar en la asamblea. Continuaba, eso sí, bajo la tutela del Estado y sólo podía retirarse de sus funciones en el ejército treinta años más tarde.

Hacer reír es un asunto trivial, dice Cicerón, y aun así le dedica varios capítulos en *Sobre el orador*. Aunque lo entiende como un problema del discurso forense, sigue la tradición con disciplina: asegura que el ámbito de lo cómico es la fealdad y lo indecoroso, ya que el único objetivo de la risa es designar "algo desagradable de un modo no desagradable". Luego elabora una lista pormenorizada de estrategias cómicas, para concluir: "la risa se provoca burlando las expectativas, burlándose de los rasgos de los demás, resaltando el parecido con lo deforme, con la ironía, diciendo cosas un tanto extravagantes y criticando

las tonterías". Asegura que hay varios libros griegos titulados *Sobre la risa*, pero suelen ser muy malos. Todos esos textos, concluye, "si han intentado elaborar método o técnica alguna respecto a este tema, han resultado tan sosos que nada provoca la risa sino su propia insulsez".

A partir de 1933 quedó prohibida la enseñanza de cualquier autor francés, judío u homosexual en las instituciones educativas de la Alemania nazi. La medida asfixió el trabajo de Curtius quien, además, se negó a firmar un juramento de lealtad al Führer. Con un radio de acción muy limitado retomó su faceta de medievalista, el único reducto académico que le quedaba, y durante los quince años siguientes se dedicó a la composición de *Literatura europea y Edad Media latina*. Casi mil páginas en las que Alemania, e incluso Europa, podrían reconocer su origen si sobrevivían al fascismo.

> Pues la risa se provoca burlando las expectativas, burlándose de los rasgos de los demás, resaltando el parecido con lo deforme, con la ironía, diciendo cosas un tanto extravagantes y criticando las tonterías; en consecuencia, el que quiera practicar el humor en el discurso, ha de casi empaparse de unas cualidades físicas y manera de ser apropiados para este tipo de cosas, adaptándose incluso el rostro a cada tipo de humor. Por cierto que éste, cuanto más serio y severo sea, más saladas suelen resultar las cosas que se dicen.
>
> (Cicerón, *Sobre el orador*, II, lxxi.)

La risa elimina la distancia que existe entre el hombre y el universo que lo circunda. Eso dice George Bataille al

estudiar el fenómeno de la risa durante el sacrificio mexica, aunque los celebrados en Cerdeña funcionan del mismo modo. Ante la inminencia de la muerte nos quedamos sin palabras, dice, y la angustia sólo logra articularse en risa, una risa tan total y absoluta que, aun antes de morir, ya nos ha convertido en parte del Uno. Aunque elocuente, esta teoría no me aclara por qué se ríe y no se llora ante la muerte. Yo lloraría. A no ser que estemos hablando de una risa distinta a la mía, edulcorada y por lo tanto estéril. Una risa dramática, terrible, indistinguible del terror y la alegría.

La idea de que Pausanias menciona a Gelos se repite en más de un glosador desde Lilio Gregorio Giraldi. En su *Historia de los dioses paganos*, obra que inauguró el estudio serio y riguroso de la mitología clásica a mediados del siglo XVI, Giraldi afirma: "Pausanias menciona al dios de la Risa". La monumentalidad de la obra puede permitirse este tipo de erratas, el problema es que en adelante los "eruditos" lo copian y ninguno se toma la molestia de ir a revisar la fuente. Son tan insistentes que tuve que consultar *Descripción de Grecia* una vez más, aunque no sin provecho: en esta última visita descubrí una escultura espartana dedicada a la Muerte —"Hay una imagen de Afrodita Ambologuera erigida en virtud de un oráculo, y otras de Hipno y Tánato"—, que tal vez formaba parte del templo que menciona Plutarco.

Entre los tepehuas de Pisaflores, Veracruz, se mantiene la siguiente creencia: cuando la diosa del cielo descendió a la tierra se negó a seguir iluminando el mundo. Se mantuvo escondida dentro de una piedra y los hombres la

buscaron por mucho tiempo sin encontrarla, hasta que una lagartija les reveló su escondite. Ellos le rogaron para que saliera pero la diosa se negó, cubriendo su rostro con sus cabellos negros. Entonces los tepehuas comenzaron a ejecutar varias danzas en su honor, pero lo único que la alegró y le produjo carcajadas fue el baile de dos ancianos imitando los movimientos del coito. Sólo así salió de su guarida y volvió a alumbrar el mundo.

Supongo que por un afán mimético innato a la especie, más o menos al mismo tiempo que empezamos a leer surgió la fantasía de convertirnos en escritores. Pronto nuestras tardes juntos se transformaron en sesiones de escritura a cuatro manos donde, fieles al cliché, también nos estrenamos como fumadores. Fue un pasatiempo que asumimos bastante en serio.

Lo primero que acometimos fue la historia de un hombre atormentado por pesadillas circulares, incapaz

de distinguir entre sus sueños y la realidad. Después se nos ocurrió contar las aventuras de una bicicleta solitaria y deprimida, tanto que decide finalmente quitarse la vida, y recuerdo también una tentativa de ficción histórica que surgió después de visitar la casa de los hermanos Serdán en un paseo con la escuela: narrar la historia de un abogado que, a pesar suyo, se une a la Revolución al lado de Francisco I. Madero.

En esas tardes yo más bien me desempeñaba como copista, y sólo de repente sugería ideas, imágenes, algún giro en la trama. Procuraba mejor tomar nota de lo que Camila decía, quien intuitivamente había descubierto que escribir no era un asunto de historias, sino de escoger las palabras precisas. Y nos emocionábamos durante horas elucubrando los destinos de esos pobres personajes que, irremediablemente, siempre terminaban muertos. Después yo me llevaba nuestras cuartillas a casa para pasarlas a máquina, y les hacía un dibujo que sirviera de ilustración o de portada.

No sé por qué se nos ocurrió escribir en pareja. Me imagino que para mí era un juego, hacerlo yo solo en mi casa no habría tenido ningún sentido en aquel entonces; lo veía como una forma de pasar el tiempo juntos. Pero es probable que Camila lo hiciera también en solitario, aunque… Un día me llamó para preguntarme si me acordaba de un cuento de Poe que se llamaba "La cita". Le dije que no. Habíamos leído muchos de sus relatos juntos, pero ya habíamos pasado a Agatha Christie y de ahí a Verne, a Wells y luego a Stevenson; los días del terror gótico habían quedado atrás. Me pidió que lo leyera para poder platicarlo al día siguiente, y sólo recuerdo que me quedé dormido y nunca pude terminarlo.

Son este tipo de pequeñas recompensas las que me animan a seguir: encuentro, entre las ilustraciones de Bernard de Montfaucon, un grabado con la figura de una joven desnuda denominada Gelasia. Está al lado de sus hermanas Comasia y Lecori, es decir: Risa, Convite y Belleza. No se trata de Gelos, pero sí debo estar ante una de sus parientes más cercanas. Al parecer son una variante frigia de las tres Gracias, cuyos nombres —Eufrósine (Alegría), Talía (Florecimiento) y Aglaya (Belleza)— eran hasta cierto punto "intercambiables". Pasaron siglos antes de que se establecieran los tres que han llegado hasta la actualidad. Como personajes del folclore, sus designaciones y atributos cambiaban de región en región. En Asia Menor, por ejemplo, no descendían de Zeus, como en el Peloponeso, sino de Dionisio; este giro en su árbol genealógico las hace más festivas. Su representación es la tradicional —tres mujeres desnudas tomadas de los brazos—, sólo que en este caso aparecen no en una escultura o fresco, sino que están modeladas en el fondo de un vaso. El vidriero, al colocarlas ahí, hizo que el bebedor las honrara cada vez que lo empinara para tomar. Alrededor de sus figuras se distingue la inscripción: "Bebe y vive por muchos años".

Sexta conclusión extraída de los datos obtenidos: para Apuleyo la risa purifica y, de alguna manera, renueva. Por eso el festival del dios Risus se lleva acabo el día de la fundación de la ciudad, cada aniversario los habitantes debían reír para iniciar un nuevo ciclo; el sacrificio se realiza para que la comunidad tenga auspicios provechosos. El pueblo renace con la muerte y resurrección de su víctima propiciatoria y la risa es el vehículo con el que se

logra. ¿La escultura de Licurgo habría tenido una función parecida? No si confiamos en Plutarco, nuestro informante más antiguo. Pero en el fragmento de Filóstrato sucede algo muy similar: según la tradición, Dionisio celebraba su fiesta en la isla de Andros. Iba una vez al año y sólo en ese día —el cinco de enero, asegura Plinio— el agua del río se convertía en vino. Su carácter anual le provee, igualmente, de un cariz regenerativo, aunque en este caso la renovación es evidentemente agraria.

Las Gimnopedias, o la fiesta de los niños desnudos, consistía en una serie de bailes, cantos y ejercicios gimnásticos que realizaban los jóvenes laconios en el ágora de Esparta durante el mes de junio. Esta fiesta, como todas las suyas, era guardada con suma devoción, tanto que posponían campañas militares para quedarse en su tierra o, incluso, las suspendían para volver. Tucídides cuenta que los demócratas de Argos esperaron esta celebración para iniciar

una revuelta; sabían que los laconios no suspenderían su festival para apoyar a sus enemigos y tenían razón.

Revisando una colección numismática descubro que los romanos rendían culto a Hiláritas, la diosa de la alegría. Es una mujer representada con el cuerno de la abundancia en una mano y una palma en la otra. Suele aparecer en monedas, pero no de uso común: sólo en las que conmemoran un nacimiento. Cada vez que el emperador tenía un hijo se mandaban acuñar estas piezas y eran regaladas entre la plebe. Aquí persiste aún la tradición del "bolo": el padrino tiene la obligación de aventar dinero entre la concurrencia, en honor del recién bautizado. Estas monedas habrían tenido una función similar.

Es posible que la contradicción sea el germen de lo cómico en la Antigüedad. Recién en las páginas de Horacio caigo en cuenta de esto: la imagen de una mujer hermosa con cerviz de caballo y cola de pez —como inicia su *Epístola a los pisones*— tendría que ser ridícula por lo contradictoria que resulta. Es decir, en Homero no es la cobardía por sí misma lo que haría reír a los enemigos de Paris: es el contraste entre su hermosura y su poco valor. Un hombre apuesto tiene que ser virtuoso —es decir, justo, moderado y valiente—, pero si no lo es se están "burlando las expectativas", como ya decía Cicerón, y eso siempre nos provoca risa.

Hiláritas tenía su propia fiesta, las Hilaria, celebraciones griegas y romanas que se realizaban en varios días del año; religiosamente, cada equinoccio de primavera. Es una ceremonia dual: el último día del inverno, es decir, el veinte de marzo aproximadamente, los participantes tie-

nen que llorar y lamentarse; al día siguiente, durante el equinoccio, sólo pueden reír y mostrar alegría. Los habitantes del Polo Norte entienden mejor que nadie este contraste: ese día termina una noche de seis meses y comienza un día con la misma duración. La festividad celebra el fin de la oscuridad y el inicio de la estación fértil.

> Si a una cabeza humana un cuello equino quisiera
> unir un pintor, y añadir variadas plumas a miembros
> de doquier reunidos, y así de modo grotesco
> terminara en pez negro la mujer hermosa en lo alto,
> admitidos a verlo, ¿la risa contendrías, amigo?
> Crean, Pisones, que será a este cuadro muy semejante
> el libro cuyas figuras, como sueños de enfermo,
> se formen vanas, de modo que ni pies ni cabeza
> se vuelvan a una forma.
>
> (Horacio, *Epístola a los pisones*, 1-9.)

El primer volumen de *Paideia* se publicó en 1934. Desde la nota introductoria Werner Jaeger estableció que su programa era parte de la cruzada ideológica del Tercer humanismo: "Esta exposición no se dirige sólo a un público especializado", decía, "sino a todos aquellos que, en las luchas de nuestros tiempos, buscan en el contacto con lo griego la salvación y el mantenimiento de nuestra cultura milenaria". Y es que estaba convencido de que la educación debía estar fundamentada en un profundo conocimiento de los valores clásicos; sólo rescatando esos principios el hombre occidental tendría la posibilidad de seguir siéndolo. "Esta convicción ha sido el origen de mi interés científico por el problema", concluía, "y, por consiguiente, de este libro".

La contradicción también explicaría la popularidad de dos "chistes" antiguos: aquel del ratón que parieron los montes y la famosa caída de Tales. Después de un terremoto que abre la tierra se espera que surja algo terrible, no un roedor; el filósofo es sabio en asuntos del cosmos, pero por mirar las estrellas cae en una zanja. Hoy ya no nos da tanta risa la contradicción, vivimos en un mundo quebrado, sin reglas, donde se espera la disociación entre las palabras y las cosas, el acto y el discurso. Tal vez de aquí, de esta escisión fundamental, provenga nuestra desdicha.

"Los lacedemonios en combates singulares no son inferiores a nadie", le dice Demarato a Jerjes, "mientras que, en compacta formación, son los mejores guerreros de la tierra". Y es que, pese a ser libres, "no son libres del todo, ya que rige sus destinos un supremo dueño, la ley, a la que, en su fuero interno, temen mucho más, incluso, de lo que tus súbditos te temen a ti. De hecho, cumplen todos sus mandatos, y siempre manda lo mismo: no les permite huir del campo de batalla ante ningún contingente enemigo, sino que deben permanecer en sus puestos para vencer o morir". Esto lo refiere Heródoto, en el séptimo libro de sus historias.

Hitler fue designado canciller y pocos meses más tarde proclamó la Ley para la Restauración de Servicio Profesional Civil, que impidió a todo judío ocupar algún puesto público. Erich Auerbach se aferró a su cátedra sólo por los exiguos privilegios que le otorgaba la Cruz de Hierro y firmó por obligación un juramento de lealtad al Führer. En ese momento se sintió impulsado a escribir "Figura", un artículo donde expuso algo que sólo para los nazis

había dejado de ser evidente: que la Biblia cristiana es inseparable de la hebrea. La "figura" de la que hablaba consistía en una anticipación, en hechos relatados en el Antiguo Testamento, de eventos que se consumarán hasta el Nuevo. El arca de Noé es un presagio de la Iglesia; Moisés, en muchos casos, es una *figura Christi*; Jacob y Esaú prefiguran la rivalidad entre el pueblo judío y el pueblo cristiano, así como Aarón la institución del sacerdocio. "Todo el Antiguo Testamento", escribió Auerbach, "o al menos todos sus personajes y pasajes importantes, son interpretados así" por los cristianos. La "figura" es el vehículo que une hermenéuticamente estas dos tradiciones que, en realidad, conforman una sola.

Algo esconde la historia de Isaac. Es un mensaje cifrado; el mito hace patente algo que me resulta inasible, difícil de articular. Sara y Abraham no pueden tener hijos. Él ha tenido que copular con una esclava para asegurar su descendencia; ella se siente disminuida por no parir. Yahveh les asegura que tendrán un hijo, aun así él tenga cien años y ella noventa. Entonces "Abraham cayó rostro en tierra y se echó a reír", dice Moisés, y Yahveh continúa: "Sara tu mujer te dará a luz un hijo, y pondrás por nombre Isaac". Muchos años después, aún sin hacerles el milagro, Yahveh aparece ante Abraham y se suscita una escena por demás bochornosa. Le vuelve a prometer paternidad con su esposa pero ahora es ella la que ríe: "Sara rio para sus adentros y dijo 'Ahora que estoy pasada, ¿sentiré el placer, y además con mi marido viejo?' " En esta ocasión Yahveh no tolera la risa y le pregunta a Abraham: "¿Cómo así se ha reído Sara?" Pero ella, aterrada, se apresuró a negarlo: "No me he reído", dijo, pero el Todopoderoso le reprocha: "No digas eso, que sí te has reído".

Según la tradición, Yahveh tolera la risa de Abraham porque es de alegría, mientras que la de su esposa demuestra incredulidad ante el poder divino —"Sara rio para sus adentros"—. Pero más interesante es que Moisés está hilando un fino juego de palabras que se pierde en la traducción: Isaac en hebreo significa "risa" y también comparte raíz con la palabra "menstruación"; Dios ha estado haciendo un "chiste". De hecho, Génesis 21:6 es un retruécano en toda forma: "Y dijo Sara: 'Dios me ha dado de qué reír; todo el que lo oiga se reirá conmigo' ". Es decir, menstruar, parir y reír resultan, a un nivel simbólico, términos intercambiables.

A Thalía se le considera la musa de la comedia. Su designación es tardía, en su origen las hijas de Mnemosine y Zeus no se correspondían cada una con un arte en particular, esa repartición se suscitó en el Periodo clásico. Aun así puede ser un eslabón fundamental para entender la representación de la risa entre los griegos: aparece coronada por una tiara de hidra y sosteniendo una máscara cómica; su nombre significa "florecimiento". Ella no ríe, lo hace la máscara, como tampoco lo hacen Como ni Hilaria ni cualquiera de los personajes que, por sus atributos, "deberían" hacerlo. Esto descarta que Gelos, como Gorgona o algún sátiro, deba reír expresamente. Es más probable que tenga una antorcha, una máscara, un cuerno de la abundancia o cualquier otra cosa que "ría" por él. Sólo así su rostro no se vería deformado por el rictus de esa mueca.

He vuelto ahora a "La cita", después de veinte años de aquella primera lectura, sólo para confirmar mi impresión: es un relato lento, confuso y aburrido que desafía los prejuicios que tenemos del cuentista. Narra una extravagante historia de amor donde los amantes, al no poder estar juntos, se dan cita en el más allá: coordinan su muerte y se suicidan alejados geográficamente, pero justo en el mismo instante. Hasta estas abstrusas páginas había llegado la curiosidad de Camila y yo quería saber porqué.

El cuento está buenísimo, le mentí.

Sí, pero además…, y me señaló un párrafo que había subrayado profusamente.

Tomo ahora mi copia de los cuentos de Poe y transcribo: "Y ha de saber usted que en Esparta, hacia el oeste de la ciudadela, entre un caos de ruinas apenas visibles, existe

una especie de zoclo en el cual todavía son legibles las letras LASM. Indudablemente forman parte de GELASMA. Ahora bien, en Esparta se alzaban mil templos y altares dedicados a mil divinidades distintas. ¡Qué extraordinariamente raro que el altar de la Risa sea el único que ha sobrevivido a los demás!"

En esos días habíamos empezado a leer *La isla del tesoro* y Camila estaba convencida de que teníamos que intentar ya una primera novela; una historia de aventuras, villanos, corceles y barcos. Yo dudaba de nuestras capacidades pero no quise contradecirla. Sólo sugerí que la búsqueda de un cofre enterrado podría resultar un lugar común, e inspirado por la saga de Indiana Jones propuse algo que le pareció brillante: ¿por qué no mejor un artefacto arqueológico? Una momia, una joya, un ídolo; algo así.

¿No te parece genial?, me preguntó.

Y antes de contestarle tuve que volver a leer aquellas palabras.

¿Qué?, le pregunté todavía confuso.

¿Cómo que qué?, gritó. No habían pasado ni dos semanas de esa conversación cuando Camila ya había encontrado la aventura perfecta: ¡Que aquí está la búsqueda de nuestro tesoro!

La broma que más llama mi atención es la que tiene lugar pocos versículos adelante. Después de haberlo hecho esperar un siglo para tener familia, Yahveh le pide a Abraham que sacrifique a su hijo; sin dudarlo siquiera, el patriarca se dirige al monte para cumplir con el mandato. Pero un segundo antes de la inmolación un ángel interrumpe la ceremonia y les asegura que se trataba de una prueba. En todo esto debe haber al menos una enseñanza.

No es remoto que la suplantación del carnero por Isaac señale el momento en que una comunidad deja de practicar el sacrificio humano y reemplaza a la víctima por un animal. Algo parecido ocurre en la mitología griega: según los designios de un oráculo, Agamenón debe sacrificar a su hija Ifigenia si quiere que Artemisa los proteja en su incursión a Troya. Un poco más compungido que Abraham, el héroe aqueo lleva a cabo los preparativos para la ceremonia y, justo antes de que un sacerdote le corte la cabeza a la víctima, ésta se convierte en venado. Ambas historias deben estar hablando del mismo fenómeno, de ese episodio capital en que el hombre recurre al símbolo y sustituye, "hace como si" el animal tomara el lugar del hombre.

Lo que me intriga es el papel que Isaac, o más bien la "Risa", tiene en todo este asunto. Si la muerte de un ser humano es sustituida por la muerte de un animal, la risa ritual —que solía acompañar su sacrificio— ahora también será sustituida simbólicamente. Nadie ríe, según el Génesis, cuando Abraham está a punto de decapitar a su hijo. La risa sólo aparece de forma abstracta, lo hace en el nombre del ejecutado. Cuando la víctima deja de ser un hombre, la risa ritual puede dejar de ejercerse, aunque no desaparecerá del todo: tiene que permanecer representada de alguna otra manera, como recuerdo de una tradición milenaria.

Quintiliano se distancia sensiblemente de sus maestros. Si bien asegura, siguiendo la tradición, que las chanzas "son una chocarrería y bajeza", no aboga por el ridículo. En su lugar apuesta por la "graciosidad en el hablar", estrategias del discurso que dulcifiquen la expresión: la "cortesanía", la "gracia en decir", el "donaire" y el ser

"salado", así como "decidor". Y es que se ha suscitado un cambio importante: "aunque está tolerado el zaherir y ofender al contrario", afirma, "las chanzas contra los miserables son una inhumanidad". Este rasgo de compasión y empatía es inédito, Quintiliano reprueba la burla denigrante por inmoral. Aquí la verticalidad de la risa parece desvanecerse y deja de ser —al menos en el discurso— una herramienta que utiliza el poderoso para humillar al oprimido. Finalmente alguien, muchos siglos después, puede apiadarse del pobre Tersites.

Nicolás Damasceno menciona que entre los antiguos libios maclíes se realizaba un rito matrimonial poco común. El enlace no era por conveniencia, mucho menos por amor: la doncella elegía al más chistoso de sus pretendientes. "Cuando una mujer tenía varios", cuenta en el fragmento ciento treinta y seis, "todos cenaban con el padre en presencia de la novia; mientras lo hacían ellos contaban cosas ingeniosas para que ella eligiera al que más la hiciera reír". Esto no pudo haber sido con la esperanza de tener una vida matrimonial feliz, o para tener un marido con buen "sentido del humor". Aquí la risa tendría que tener una función mucho más profunda.

> En los convites y en las conversaciones los chistes lascivos sólo caen bien en gente humilde; los alegres en cualquiera; pero guardémonos siempre de zaherir y no sigamos aquello de *más quise perder un amigo que quedarme con la gracia en el buche*. En estas peleas del foro me abstendría yo de las que puedan ofender a alguno; aunque está tolerado el zaherir y ofender al contrario, el acusarle abiertamente y tirarle a degüello si

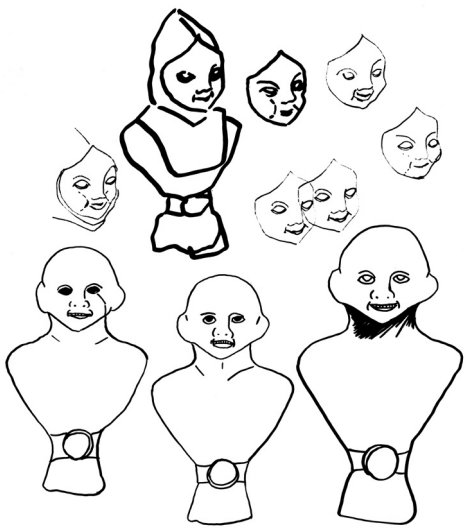
> hay razón. Sin embargo de esto, parece una inhumanidad el insultarle en su abatimiento, o ya porque está inocente, o ya porque si está culpado, el que le zahiere puede caer en la misma miseria.
>
> (Quintiliano, *Instituciones oratorias*, VI, cap. 3, v.)

Esa curiosa costumbre libia, o una similar, debe ser el origen del cuento "La princesa que nunca se reía". En esta historia la mujer debe casarse con el hombre más chistoso del reino; tres hermanos intentan hacerla reír, sólo el último lo consigue. Vladimir Propp, al intentar descifrar las connotaciones de este relato, se sumerge en la mitología para explicar lo que él designa como "la magia de la risa". Dice que sólo la risa de la princesa podrá garantizarle una buena cosecha a todo el reino, así como un descendiente a la corona. La risa, señala, es sinónimo de vida, nacimiento, fertilidad y por eso se ejercía en los sacrificios humanos. A diferencia de Bataille, Propp asegura que la risa ritual evita que la víctima muera realmente, le garantiza algo así como una resurrección o segunda vida. Y luego agrega, sin ambages: "Por eso es entendible que los griegos honraran a Gelos, el dios de la Risa, y por eso entre los romanos Risus era adorado como el más sagrado y hermoso de los dioses". Hasta ahora ésta es la única hipótesis que he encontrado que interprete el significado y la función de mi personaje.

Poco después de que Hitler fue designado canciller, Walter Benjamin empezó a publicar sus memorias de infancia. "Quien trata de aproximarse a su propio pasado ha de proceder como un hombre que excava", escribió, ya "que así como la tierra es el medio en el que yacen sepultadas

antiguas ciudades, la memoria es el medio de lo vivido". En las viñetas de *Infancia en Berlín* realizó una especie de arqueología personal, recurrió a la mnemotecnia para evadir el tiempo presente y cobijó a su lector en la madriguera del pasado.

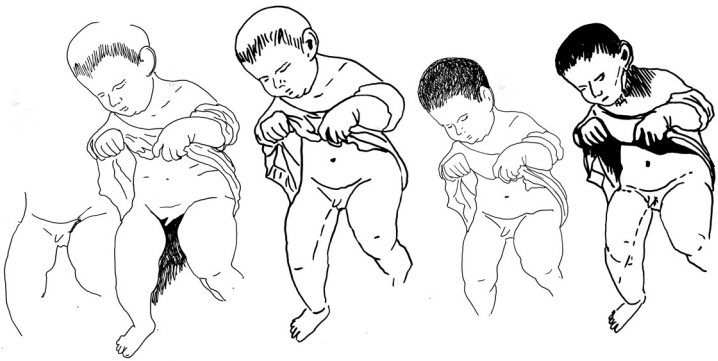
En 1892 el doctor P. Hospital, un arqueólogo francés aficionado, dictó una conferencia ante los miembros de la Academia de Puy-de-Dôme. La finalidad de su plática era dar a conocer los hallazgos de su reciente excavación en las inmediaciones del Hospicio de Santa María de la Asunción, en la ciudad de Clermont-Ferrand. Aquella noche mostró varios nichos ocupados por osamentas, una vasija con asa rota, otra vasija con asa completa, dos biberones o guttus, dos o tres vasijas con aceite —"de lo más ordinario", agrega— y un par de artefactos mucho más curiosos: un sarcófago de plomo y una estatuilla de terracota blanca que "representa un niño muy pequeño que ríe".



Las Jacintias, como su nombre lo indica, se celebraban en honor a Jacinto, el amante del dios Apolo que muriera para resucitar en flor. Se realizaban a finales de mayo, o a principios de junio, y duraban tres días. En el primero se hacía un duelo por su muerte, se cenaba algo frugal, austero, y se abstenían de cualquier manifestación de alegría. Pero según Ateneo —que cita a Dídimo, que abreva a su vez de Polícrates— en el segundo se montaba un espectáculo con música, cantos, danzas, desfiles, caballos y carros alegóricos. Ese mismo día había muchos sacrificios y se servía una cena suntuosa en la que convivían lugareños, forasteros, patrones y sirvientes. "Nadie falta a la fiesta", termina diciendo, "al contrario, ocurre que la ciudad se vacía por el espectáculo". Y es que la fiesta era en Amiclas, un pueblito al sur de Esparta. No queda claro qué ocurría en la tercera jornada.

La estatuilla del niño que ríe forma parte de los hallazgos frecuentes de la región. Se trata de pequeños bustos, de unos catorce centímetros de altura, con labios y pupilas bien delineados que hacen "que la figura se llene de expresión, que cobre vida". En 1892 todavía no se sabía mucho de estos monolitos, y estoy casi seguro de que a Hospital le debemos que lleven el nombre de "Risus". Dice el orgulloso ponente: "Estos bustos, que reencontramos frecuentemente en las ruinas y sepulcros antiguos, no son simples objetos decorativos. Son representaciones de una de las tantas divinidades paganas que se ponían en tumbas, así como en los hogares: Risus, que se adoraba en Tesalia así como en Laconia". Hospital no se encontró una escultura cualquiera, para él es la representación misma del dios Gelos.

"Evita hacer reír a otros, es un hábito que fácilmente se confunde con lo vulgar y puede hacer que otras personas te pierdan el respeto", Epícteto.



A pesar de todo lo que Hospital y yo quisiéramos creer, no se trata de una representación escultórica del dios de la Risa. Ese vínculo fue establecido por una mente ávida de encontrar conexiones, probablemente gemela a la mía. Lo que sí resulta provechoso es descubrir lo que estos niños sonrientes pudieron haber significado.

Nadie sabe a ciencia cierta qué son los Risus. Aparecen en "pozos funerarios" —tumbas abiertas de hasta quince metros de profundidad— acompañados de otros objetos muy similares a los que encontró Hospital: alfileres, joyas, vasijas, esculturas y, en algunas ocasiones, osamentas o pedazos de osamentas. Cadáveres cuya posición en el pozo indica que muy probablemente fueron enterrados ahí con vida. Para más de un especialista los "pozos funerarios" son, en realidad, mausoleos que guardan los restos de un sacrificio humano. Sus motivos, así como sus víctimas, permanecen en la más completa oscuridad. Para mí es indudable que esos Risus aparecen porque esa

ceremonia requería, forzosamente, de risa ritual. Tal vez para el siglo I ya no era una risa corporal, es decir, real, pero ésta se encontraba simbolizada en las figurillas.

Buscando otras representaciones pictóricas de "Andros" descubro que, según un tal doctor Murutes, los dos personajes que se encuentran en el extremo inferior derecho del cuadro de Tiziano son Gelos y Como. Sus argumentos son irrebatibles, lo enigmático es la elección del pintor.

Nadie sabe cómo es Gelos y, por ende, su figuración no está sujeta a ningún patrón establecido; el artista tiene licencia para inventar. Pero la imagen de Como sí es conocida. No sólo la describe Filóstrato, han quedado representaciones suyas en los vestigios clásicos: un joven sosteniendo una antorcha hacia abajo. Pero a Tiziano le tiene sin cuidado la autenticidad y decide usar la figura de una mujer dormida porque, como dice Murutes, en el siglo XVI el término "Como" se había confundido con el de "Coma", es decir, "sueño profundo", la fatiga posterior al jolgorio.

Con respecto al dios de la Risa, no sé qué tan grecorromana sea su representación pero me la imagino igualmente caprichosa. Según el erudito, Gelos es el niño que se levanta el vestido para orinar. Asegura que ésa era la imagen que representaba al "Ridículo" en la Venecia de la época. Para comprobarlo nos remite a *El sueño de Polífilo*, una novela renacentista de Francesco Colonna. En el capítulo octavo el protagonista ve una fuente decorada con la escultura de dos mujeres cargando a un niño que, con el vestido levantado, orina. En la parte superior de la fuente aparece esculpida la palabra ΓΕΛΟΙΑΣΤΟΣ.

Hace unos años aún guardaba en mi archivero un fólder con los testimonios de aquella época. Los cuentos mecanografiados, las primeras páginas de la novela escritas con nuestras dos caligrafías, y un primitivo disquete donde empecé a capturarla. En la misma carpeta había ordenado mis tentativas individuales posteriores, cuentos y poemas, además de muchos esbozos nunca ejecutados, que de vez en vez releía con una sonrisa nostálgica. Pero en una mudanza, al calor de la improvisación y la eficiencia, terminaron en la caja de reciclaje. Mi pareja de entonces los rescató y me preguntó si estaba seguro; sabía el valor sentimental que esos papeles tenían para mí, pero no me retracté. Después de años sin haber escrito nada sólo se habían convertido en el reproche de una vida pretérita.

Ahora me arrepiento de no haberlos conservado. No por sus virtudes literarias, más bien por tener un documento de esos últimos días de complicidad. Habíamos bosquejado una historia trepidante, con disparos, cabalgatas, traiciones y amor, durante la Segunda Guerra Mundial en las costas del mar jónico. Un héroe, su amante, y muchos nazis que empezaban a cobrar cuerpo y personalidad gracias al don de Camila de construir habla, y hacer que cada uno de ellos se expresara de forma verosímil y única. Verla escribir, o más bien dictarme, evocaba al monólogo de un ventrílocuo esquizofrénico: simulaba voces, las actuaba, y repetía dos o tres veces cada línea hasta que la gritaba, triunfal, en una cuarta versión más exacta.

El entusiasmo que una empresa así nos provocaba sólo podía ser superado por el enigma del sexo. Camila ya había tenido varios novios para ese entonces, compañeros nuestros con los que compartía el tiempo en el pa-

tio escolar y algunas otras cosas en el departamento desierto de su padre, según me confesaba después, dejándome escandalizado y atónito. Pero con Emanuel todo fue distinto: era estudiante universitario, tenía coche, dinero y una agitada vida social. Unos meses más tarde yo me le declaré a Nancy, aunque me gustaba más Nayeli, y después de dos semanas me dijo que sí. Entonces se acabó una etapa en nuestras vidas. No fue triste ni melodramático, los dos sabíamos que íbamos a seguir viéndonos y así sucedió. Pero nada fue como antes.

Un día, creo que sospechando de mi endeble vocación, y previendo que nuestra distancia me alejaría igualmente de la escritura, Camila me regaló un cuaderno negro. Y posando mi mano sobre él me hizo prometerle un par de cosas: que no iba a dejar de escribir y que un día íbamos a terminar juntos nuestra búsqueda por el dios de la Risa. Yo le dije que sí a todo. Luego abrió la libreta en una hoja al azar y, echando mano de una caligrafía inédita que dejaba atrás sus rasgos torpes e infantiles, escribió: "Para mi camarada Noé, el único otro integrante de la hermandad del dios Gelasma".

En la zona central de Veracruz se han encontrado cientos de estatuillas que ríen. Se les conoce como "caritas sonrientes", aunque en verdad son efigies antropomórficas completas y se carcajean de manera franca. Pertenecen a la cultura totonaca del Periodo clásico, es decir, se produjeron masivamente del siglo I al V, y suelen encontrarse en fosas, posibles sitios funerarios, muchas veces con la cabeza separada del torso. Son hombres, mujeres y niños ataviados de manera muy formal —con tocado, faja, pectoral, collar, etcétera—, como si asistieran a un festejo

o una ceremonia. Nadie sabe cuál era su función o significado, pero suelen asociarse al culto de Xochipili, dios del maíz, el placer, los juegos y las canciones.

"Al igual que usted, sufro por la manera en que ha empeorado la situación en Alemania y en Austria", le escribió Curtius a Gertrud Bing, desde una estancia en Suiza, "es como una tuerca que se apretara cada vez más y más".

"A veces uno siente como si su alma se hubiera debilitado y tuviera que armarse de valor para permanecer activo", continuó, por ello "la idea de volver a casa es como una pesadilla". Aunque también le confesó que tenía una estratagema para sobrevivir: "En Alemania uno siente que esta pesadilla es menor, especialmente si se dedica a investigaciones diversas en campos que nunca han sido explorados; de este modo se tiene la ilusión de que, sea cual sea nuestra tarea, ésta resulta de la mayor importancia para la República del Conocimiento".

En la novela de Colonna, una de las primeras aventuras de Polífilo es con cinco ninfas que representan los cinco sentidos. Éstas lo convencen para que se bañe con ellas en unas termas que están decoradas por fuentes: una es el altorrelieve de una mujer recostada —muy similar al "Como" de Tiziano— que arroja agua a través de sus pezones; la otra es la de dos mujeres cargando a un niño que, con el vestido levantado, orina. Una de las ninfas le pide a Polífilo que le recoja un poco de aquella agua que cae del miembro y, al acercarse, activa un mecanismo que levanta el pene del niño y le moja la cara. "Ante esto", dice el narrador, "resonó bajo la cúpula una risa femenina tan aguda, que, (vuelto en mí) yo también comencé a reírme tanto que me sentía morir". La xilografía muestra la palabra ΓΕΛΟΙΑΣΤΟΣ —Geloiastos— en la parte superior de la escultura.

Existe un manuscrito en París que se conoce como el *Tractatus Coislinianus*. Es del siglo x, está escrito en griego y, en él, un autor anónimo enlista los temas que pudieron haber aparecido en un libro sobre la comedia; es

algo así como el índice de uno de esos volúmenes titulados *Sobre la risa* que critica Cicerón. Algunos han querido ver en este esquema un resumen del segundo libro de la *Poética* de Aristóteles, otros la *Comedia* de Teofrasto, pero es remoto. Lo único verificable es que su autor conocía el trabajo de Aristóteles porque utiliza el concepto de catarsis. Su griego, aseguran los filólogos, es del siglo I a.C.; su visión de la comedia también, es completamente pre-Quintiliana: "El cómico", dice, "se burlará de los defectos físicos o de personalidad".

A pesar de su origen protestante, su educación católica, y sin importar su inicial simpatía por el nacionalsocialismo, Werner Jaeger se vio en la necesidad de exiliarse. En 1931 se había casado con Ruth Heinitz, una evangélica con abuelo judío que, para cualquier fin práctico, era considerada como "no aria" por el Tercer Reich. Las Leyes de Núremberg le impusieron una disyuntiva: divorciarse de su mujer o ser despedido. Ante semejante intransigencia aceptó un cargo en Estados Unidos y, a principios de 1936, abandonó Alemania para siempre.

> La comedia es la imitación de una acción ridícula e imperfecta, de duración suficiente, [en lenguaje adornado] [que se encuentra] por separado en las [diversas] partes [de la obra]; [presentada directamente] por los actores, y no [dada] en la narración; efectuando la depuración de las emociones análogas mediante el placer y la risa. Tiene por madre a la risa […].
>
> El cómico se burlará de los defectos físicos o de personalidad.

> Como en la tragedia debe haber una justa proporción de temor, así en la comedia deberá haber una justa proporción de risa […].
>
> Los tipos de comedia son: (1) Antigua, con profusión de motivos risibles; (2) Nueva, que desestima lo risible y tiende a lo serio; (3) Media, que es una mezcla de las dos anteriores.
>
> (*Tractatus Coislinianus*, fragmento.)

Algo de la risa de Lucio reaparece en la de Polífilo; he releído el pasaje y es curiosa la elección de palabras. Dice el personaje que cuando el niño lo mojó, "en un instante casi me heló". Se queda congelado al igual que Lucio en el teatro, estático, hecho escultura, y después, en ambos pasajes, surge una risa vinculada profundamente con la idea de la muerte y la resurrección. Polífilo, ante las carcajadas, "volvió en sí" y comenzó a reír tanto que se "sentía morir". Después las ninfas cantan una balada donde cuentan la historia de Lucio, el pobre hombre que fue convertido en asno.

No quiero sobreinterpretar, pero evidentemente estos guiños que hace Colonna indican que su Geloiastos está basado en Apuleyo. La risa que aparece tanto en Lucio como en Polífilo ha sido provocada por la misma deidad.

La relación del espartano con la muerte era inusual, al menos con la que sucedía en el campo del honor. Cuenta Plutarco, en la vida de Agesilao, que después de la derrota en la batalla de Leuctra los deudos de los caídos no se entristecían ni lamentaban. Al contrario, se ufanaban con "los rostros radiantes, rebosantes de orgullo y de alegría" por haber perdido a un familiar en combate, al

revés de lo que ocurría con los padres de los sobrevivientes, quienes, "como si estuviesen en duelo, permanecieron en sus casas junto a sus mujeres". La madre que esperaba a su hijo salvo de la guerra, continúa, "se mostraba triste y silenciosa", pero las otras "acudían de inmediato a los santuarios, donde coincidían unas con otras para demostrarse su alegría y su orgullo".

En los países protestantes, hoy, primero de abril, se lleva a cabo una celebración idéntica a nuestro veintiocho de diciembre; la diferencia radica, quizá, en que el festival sajón es eminentemente agrícola: las bromas coinciden con la muerte del invierno y la floración de la primavera. Pero nosotros, ¿por qué reímos el día de los Santos Inocentes?, ¿cómo es posible que la conmemoración de una matanza de niños se transforme en un día de fiesta? San Mateo escribe: "Entonces Herodes, al ver que había sido burlado por los magos, se enfureció terriblemente y envió a matar a todos los niños de Belén y de toda su comarca, de dos años para abajo, según el tiempo que había precisado por los magos" (2:16). Es decir, si quisiéramos situar este episodio en la historia de Jesús, tendría que ocurrir después del seis de enero; aun así la costumbre se aseguró de que coincidiera con el día de la Fiesta de los locos. Otra vez, la risa se encuentra aparejada con el sacrificio porque parece que sólo así los pequeños mártires pueden ser redimidos.

Esta mañana, mientras dibujaba cualquier cosa para entretenerme en un coloquio de la facultad, entreoí que un tal Chorikios de Gaza había compuesto una defensa de la comedia clásica bien entrada la Edad Media. Según el

conferencista, esta apología trataba de conciliar los valores morales del cristianismo con los episodios mitológicos paganos que aún explotaban los espectáculos populares del Imperio Bizantino. Además de lo didáctico, otra de las virtudes que el autor encontraba en la comedia era la salud, "e incluso habla" —dijo el ponente— "de un enfermo que sanó gracias a un médico que lo había ayudado a reír". Cuando escuché esta frase reaccioné de inmediato, permanecí impaciente el resto de la lectura y, cuando pude, le pedí a mi colega que me deletreara el nombre del autor.

Se trata del "Discurso a favor de aquellos que dan una imagen de la vida en el templo de Dionisio", subtitulado "A favor de los mimos". ¡Este es el famoso "libelo de Cloricio"!, la fuente original de fray Guillermo de Baskerville y Jorge de Burgos. Se trata de un documento fascinante escrito en el siglo VI, donde el autor discute con un interlocutor imaginario que aboga por la destrucción o, al menos, la prohibición del teatro. Chorikios lo reivindica defendiendo a los mimos, una forma de arte moralizante, dice él, una forma de arte culta y divertida. Tal vez aparezcan prostitutas y homosexuales en escena, dice, pero sus pecados son castigados al final de la obra; sin duda se abusa del adulterio como uno de sus temas dramáticos, concede, ¿pero no ocurre lo mismo en toda mitología? Lo más importante es que el teatro, a diferencia de las carreras de caballos u otros espectáculos, brinda sano entretenimiento. "Nos hace reír", afirma, y entre aristotélico y cristiano, sentencia: "y la risa es, junto con el logos, lo único que nos diferencia de los animales".

Pero a pesar de su elocuencia, el alegato va en contra del devenir de la historia. En el Imperio Romano de

Occidente los teatros han comenzado a ser destruidos desde el siglo v; en los territorios dominados por Constantinopla ese mismo proceso iniciará doscientos años después. Leyendo a Chorikios de Gaza se puede escuchar la agonía del mundo pagano; se perciben los estertores de la última carcajada antigua.

Erich Auerbach estaba de viaje en Italia cuando se promulgaron las Leyes de Núremberg; entre otras atrocidades, éstas decretaban que ningún judío podía tener injerencia en la educación alemana. El exilio era algo inevitable, así que Auerbach visitó Boloña para entrevistarse con Leo Spitzer, quien le ofreció su puesto en la Universidad de Turquía. Auerbach le respondió que sí, que le interesaba, pero antes de tomar una decisión quería pensárselo. Entonces comenzó una correspondencia apremiante: le escribió a Fritz Saxl preguntándole si necesitaba un bibliotecario en Londres, a Karl Vossler para saber si había posibilidades laborales en el "círculo hispano", y a Walter Benjamin, sólo para descubrir que su amigo estaba en mayor necesidad que él. Sin muchas más opciones finalmente se mudó a Estambul. Vivió ahí los once años siguientes, a salvo de los tentáculos de las SS, pero incapaz de evadir el espectáculo de la destrucción de Europa.

Lo único que dice Chorikios sobre el dios de la Risa es lo siguiente: "Incluso el legislador Licurgo, quien otorgó a su patria leyes severas, erigió una escultura de Gelos. Jamás pensó que con este gesto pudiera ofender a los espartanos y, por ende, tampoco fue condenado por Apolo, cuyo oráculo lo proclamó como cercano a los dioses".

Séptima conclusión extraída de los datos obtenidos: no sé de dónde habrá salido el Geloiastos del *Polífilo*. No se conoce al grabador y no he podido hallar la fuente clásica de su nombre ni de su figura, a pesar de su popularidad en tantos parques y jardines modernos. Pero últimamente he pensado que esa imagen concentra una serie de atributos que bien podrían representar lo que la risa significaba para los antiguos. Es un niño con un cuerpo muy similar al de Eros, tal como se representaban los dioses lares; en la versión de Tiziano porta una corona de algún tipo de enredadera, tal como lo hacen otras divinidades festivas como Hilaria, Thalía y Eufrósine, y no ríe, como parece ser regla entre las representaciones divinas, pero sí muestra algo que "ríe" por él. Así como Hilaria tiene su cuerno de la abundancia, Como su antorcha y Thalía una máscara de comediante, este niño tiene un pene que orina. El pene, como cualquier otra parte de la genitalia, está vinculado a la risa de forma inconsciente, diversos mitos establecen esa relación. En este caso no sólo muestra su "priapeo", además orina, es decir, riega, insemina: crea y regenera. Ese es el poder original de la Risa, todo está articulado en esta pequeña imagen. Lo importante —y no creo exagerar al decirlo—: si este niño no era Gelos, bien pudo haberlo sido.

Sobre estas piedras edificaré mi iglesia:

> Incluso el legislador Licurgo, quien otorgó a su patria leyes severas, erigió una escultura de Gelos. Jamás pensó que con este gesto pudiera ofender a los espartanos y, por ende, tampoco fue condenado por

Apolo, cuyo oráculo lo proclamó como cercano a los dioses.

(Chorikios de Gaza, *En defensa de los mimos*, 92.)

Perdón, no te escuché, ¿qué dijiste?

Que tú por qué ya no escribes.

A pesar del tono abrupto y su dosis de imprudencia, a Camila no la desconcertó mi pregunta. A diferencia mía ella no se irritaba con el tema y parecía tener muy claras las razones por las que hacía o dejaba de hacer cualquier cosa en su vida. Aun así dilató su respuesta, y antes de contestarme reviró: Mejor cuéntame tú por qué ya no escribes.

Yo sí escribo, le mentí, hace apenas unos meses te regalé mi primer libro.

Sabes a lo que me refiero, tus trabajos finales, la ponencia de hoy, cualquier cosa que anexe una bibliografía, no vale.

Era mi tesis de doctorado, ¿por qué no va a contar? Yo escribo para entender cosas complejas, escribo para preservarlas, ¿por qué me subestimas?

Está bien pues, no te alteres. Felicidades: eres un escritor.

Su ironía me encendió tanto que se arrepintió; después, conciliadora, me ofreció un cigarro: Mientras te haga feliz, escribe lo que quieras.

¿A ti te hace feliz no escribir?, pregunté todavía indignado. Ella volvió a tomarse su tiempo.

Creo que descubrí otras cosas…

¿Como tu hijo?, y la pregunta intentaba ser un golpe bajo.

De alguna manera, contestó sonriendo, pero no sólo eso. Y haciendo acopio de paciencia: No es como si hu-

biera tenido que sacrificar "mis sueños" por ser madre, es, más bien…

No tienes que explicármelo.

No, no me molesta hablar de esto, quiero que me entiendas… Tú acabas de regresar y todavía no te ubicas, pero aquí los tiempos están muy oscuros…

¿De qué hablas? ¡No te salgas por la tangente! El mundo siempre ha sido horrible…

Tal vez, pero yo sólo he vivido aquí, ahora, y no pienso estar frente a la "página en blanco" mientras todo aquí se cae a pedazos.

¡Pues escribe algo para denunciar eso!

Me gustaría intentar algo más contundente.

¿Qué? ¿Te vas a ir al monte y luego levantarte en armas?

Resopló de buena gana ante mi incompetencia. Creo que después intentó cambiar la conversación pero no la dejé, y para terminar el asunto de una vez por todas me dijo algo que sólo ella podía saber: Mira Noé, cuando dejes de ocultarte tras las tapas de los libros, hablamos.

Ya no supe qué decir, y en mi derrota sólo atiné a parodiarla: "Mientras te haga feliz, haz lo que quieras".

Aunque te burles… creo que uno escribe porque necesita algo, porque le falta algo. Ahora siento que todo está en su lugar y por lo mismo no tiene caso hacerlo.

¿Y qué buscabas antes?

Entonces dijo algo que pocos meses después recordaría como un inefable gesto de profecía: Es raro, pero creo que tenía miedo de morir. Tal vez ahora no le temo a nada. ¿Te imaginas qué podría escribir alguien así? Y fingiendo preocupación por lo que pudiera escuchar su hijo, le tapó los oídos para susurrar: ¡Puras mamadas!

Uno de los tantos resabios paganos en el cristianismo medieval era la costumbre de reír el Domingo de Resurrección. Ese día el cura estaba obligado a convertirse en comediante de pared porque toda la parroquia debía carcajearse. Para ello se paraba en el púlpito y recurría a la blasfemia, a la herejía, la alusión grotesca y obscena e, incluso, a la exhibición de culo y genitales. Es posible que los feligreses hayan olvidado el por qué de tal costumbre, de la misma manera en que la gente no sabía por qué tenía que mojarse en Sábado de Gloria. El motivo es exactamente el mismo: a nivel simbólico esa risa, tal como el agua, coadyuvan al renacimiento de Cristo. Es una práctica heredera de la risa ritual, esa que surge con la muerte de las víctimas para, precisamente, evitar su deceso vía una resurrección postrera. En la actualidad ambas prácticas se han erradicado: la misa suele ser soporífera y desperdiciar agua es un delito; aunque muchos asisten, con atávica costumbre, a los balnearios circundantes.

Plutarco dedica el segundo libro de su *Simposiaca* al tipo de chistes que son pertinentes durante un convite. Antes que nada aconseja tener tiento porque, como dice Teofrasto —y aquí seguramente cita su libro sobre el ridículo o el de la comedia, ambos perdidos—: una broma siempre es "un reproche enmascarado de una falta; de ahí que por sí mismo el que la oye añade a la insinuación lo que falta, como si lo supiera y le diera crédito". Por lo mismo debemos hacer chistes blancos, insiste, inocentes, que sean graciosos incluso para un crío. Podemos también ejercer la ironía —y acusar de "secuestrador" a un anfitrión generoso, por ejemplo, o de "tirano" a alguien que siempre quiere invitarnos a comer— y alejar-

nos de criticar los vicios y los defectos físicos de otros. No deja de recordarnos a Aristóteles y su eutrapelia, más cuando dice que las chanzas que hacemos revelan las taras y virtudes de nuestra educación, y que hay chistes para nobles, libres y pobres.

Las Carneas eran fiestas dedicadas al dios Apolo y se festejaban entre agosto y septiembre. Según *El banquete de los eruditos*, este festival tenía un carácter castrense, era una emulación de la vida en campaña pero dentro de los muros de la ciudad. En diferentes puntos de Esparta se levantaban nueve tiendas y, durante nueve días, las habitaban nueve hombres. En ese lapso todo lo hacían como si estuvieran en una expedición militar, siguiendo las órdenes de sus superiores, emulando la disciplina guerrera. Fue por las Carneas que Leónidas defendió con trescientos hombres el paso de las Termópilas; el resto del ejército estaba en casa, celebrándolas.

> Con las bromas hay veces en que nos alteramos más que con los insultos, porque vemos que estos últimos ocurren muchas veces sin querer por cólera, y aquellas, en cambio, las soltamos no como algo necesario, sino como producto de la insolencia y del malhumor, y, nos irritamos, en general, más cuando conversamos con los que ironizan, que con los que sin más dicen necedades, sabedores de que al ultraje se le une completamente la espontaneidad, en tanto que la broma es un ultraje pensado y hecho con premeditación […]. Así, pues, las bromas hieren más, porque como los dardos reforzados con ganchos, quedan dentro por más tiempo, y el encanto de su agudeza

> molesta a los que la sufren y alegra a los presentes, pues, disfrutando con lo dicho, parecen creerlo y desgarrarles junto con el que las gasta. Pues la broma es, según Teofrasto, un reproche enmascarado de una falta; de ahí que por sí mismo el que la oye añade a la insinuación lo que falta, como si lo supiera y le diera crédito.
>
> (Plutarco, *Simposiaca*, II, 4.)

Walter Benjamin ya vivía en París cuando la revista *Le Monde* le pidió un artículo sobre las reformas urbanas del barón Hausmann. Al parecer, el texto no llegó a publicarse, pero le permitió reconsiderar una vieja idea: escribir sobre los pasajes, esos corredores parisinos que habían sido tan famosos cien años antes. Entonces rescató de su archivo un legajo titulado "Primeras anotaciones" —un listado de citas textuales, ideas sueltas, además de bibliografía— y comenzó sus maratónicas visitas a la sala de lectura de la Biblioteca Nacional. Extrajo citas y tomó notas durante años para lo que rápidamente se convirtió en una investigación enciclopédica sobre el paisaje parisino como metáfora del capitalismo y el origen de la modernidad. Por aquella época le contestó una carta a Auerbach donde le contaba los avances del proyecto. Su antiguo bibliotecario le respondió: "En cuanto a su libro parisino, sí, sé de él desde hace bastante tiempo, en una época iba a llamarse 'Pasajes parisinos'. Parece que será un gran documento; ojalá que cuando lo termine aún existan personas capaces de leerlo".

Los juegos florales o floralias: según Ovidio se celebraban a finales de abril y a principios de mayo; una de

sus ceremonias principales era el espectáculo de prostitutas luchando desnudas en la arena. Un día Catón de Utique asistió a la fiesta pero las mujeres, en señal de respeto, se negaron a desvestirse delante de él —al parecer era un festejo exclusivo para la plebe—. Entonces el público comenzó a impacientarse y el cónsul tuvo que salir del lugar para que el espectáculo pudiera llevarse a cabo. Todo parece indicar que en esta celebración la risa, la desnudez y la fertilidad estaban íntimamente relacionadas.

Durante toda la dictadura nazi Curtius no abandonó la biblioteca de la Universidad de Bonn; sólo lo hizo hacia el final de la guerra, después de que un bombardeo aliado la incendiara parcialmente. Y en todo ese tiempo su libro —estructurado como "una espiral que asciende"— ganó altura y erudición por el ímpetu que tenía de sustraerse al caos vecino. Sus páginas cartografiaron una idea: Europa, casi al mismo tiempo que se fragmentaba en la realidad.

Literatura europea y Edad Media latina, un libro que "no surge de un interés puramente científico, sino de un espíritu preocupado por la preservación de la cultura

occidental", se concibió a sí mismo como una excavación arqueológica. Emprendió en literatura lo que "la arqueología ha realizado por medio de fotografías aéreas tomadas desde gran altura": gracias a esta perspectiva se pueden descubrir objetos que "colocados a ras de suelo, frente a un montón de ruinas, no podemos ver". Y lo que este arqueólogo descubrió con esas instantáneas fue la planta de una civilización. Un mapa disponible para todos aquellos con la intención de levantar de nuevo esa ciudadela.

Fritz Saxl, al estudiar el lienzo de Tiziano, descubrió que existe un fragmento de sarcófago romano del siglo I donde aparece el niño meón. Él no habla del *Polífilo* ni sugiere que esa criatura sea Gelos o Geloiastos, pero sí encontró la fuente escultórica clásica. Los niños son sorprendentemente similares, son el mismo: están coronados por hiedra, se levantan el vestido y orinan; la única diferencia es que la figura romana tiene alas. El hecho de que se encuentre en un sarcófago, precisamente en un objeto funerario, me provoca asociaciones sugerentes.

En buena parte de los relatos mitológicos, cuando una deidad quiere hacer reír a otra suele mostrarle sus partes íntimas. Pero no las muestran porque sí, o porque sean cómicas *per se*. Se trata de una operación simbólica bastante sutil pero compleja. Alguien debe reír —una rana, un caimán, el dios del Sol, Deméter, etcétera— para que la vida continúe, entonces se apela a los genitales porque éstos dan vida. La capacidad de procreación de un pene o una vulva produce una risa tautológica: la risa, como los órganos reproductivos, es seminal y regeneradora. En algún momento se olvidó este vínculo —o más bien, ol-

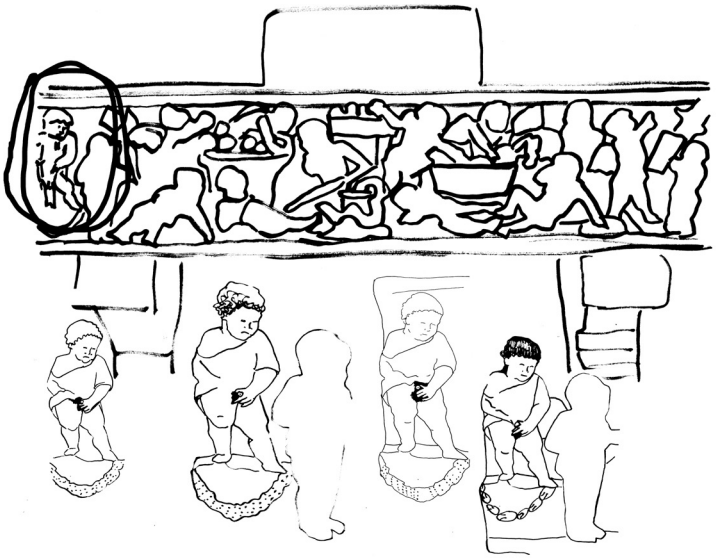
vidamos el poder reproductor de la risa— y nos quedamos con la idea de que lo obsceno es chistoso en sí mismo. No es así. La sexualidad es cómica; como la risa es sexual, y cada vez que reímos de un chiste lascivo nos vinculamos con nuestros ancestros más remotos.

Werner Jaeger, en los cuatro volúmenes de su obra más ambiciosa, intentó ilustrar la paulatina conformación de un concepto: la paideia, el ideal educativo griego. De Homero a Demóstenes, de la poesía a la filosofía —pasando por la medicina y la retórica—, el autor rastreó la idea de "cultura" que existió en la Hélade durante más de cuatro siglos. Y es que Jaeger estaba convencido de que "en esta noche donde todos los gatos son pardos", debíamos volver a los valores permanentes de la Grecia antigua. "No es posible que los consideremos como intemporales",

exclamaba, "su forma reguladora y su energía educadora, que experimentamos todavía sobre nosotros, sólo pueden manifestarse como fuerzas que actúan en la vida histórica, como lo fueron en el tiempo en que fueron creados".

Aunque *Paideia* se originó en la Universidad de Berlín, y se concibió como un proyecto de reforma educativa para el Tercer Reich, pronto se transformó en un gesto de profunda nostalgia. Jaeger terminó el libro once años después, exiliado en la Biblioteca Widener de Harvard, en un contexto muy diferente al que le exigió escribirlo. De hecho aceptaba que ya no existía "el 'mundo' que mi libro quería ayudar a reconstruir", pero aun así lo estimaba necesario. Para él, la Acrópolis del espíritu griego se alzaba como "símbolo de fe sobre el valle de muerte y destrucción" en que se había convertido Europa, y aseguraba que sólo una vuelta a sus orígenes podía indicar un remedio ante el horror.

El dios Príapo no está envuelto en ningún episodio mitológico que se relacione con la risa, pero su miembro viril parece vincularlo al universo festivo incluso a su pesar. Dice Diodoro Sículo que Príapo era hijo de Dionisio y Afrodita —debido a que "los hombres, cuando están bajo la influencia del vino, experimentan la rigidez de su miembro y se sienten inclinados a los placeres del amor"—, y señala que formaba parte del panteón griego porque "siendo responsable de la reproducción de la humanidad y de su continuación a través de las épocas, debía volverse objeto de adoración inmortal". Por este poder regenerativo su efigie se instalaba en medio de viñedos y jardines; por la misma virtud "se le celebraba con risas y bromas".



Lo último que supe de Camila fue que se mudaba con Cristóbal a una casita de interés social a las afueras de Xalapa. En un email colectivo mandó su dirección con fotos de su nuevo hogar, donde se veían todos muy contentos. Contesté por cortesía, felicitándolos y pidiendo alistaran el cuarto de visitas porque amenazaba con visitar pronto, pero ya no hubo respuesta.

Me he resistido a averiguar los pormenores del suceso. Cuando mi mamá me llamó para contarme lo ocurrido, me sumí en un sopor opaco, y segundos después le pedí que se detuviera. En ese momento no experimenté impotencia ni coraje, sólo sentí que algo dentro de mí se disgregaba, se dispersaba, como si un rosario hubiera perdido de momento su cíclica unidad, y sus cuentas y misterios se escabulleran entre mis manos, irremediablemente. Al parecer hubo una pelea, ella intentó huir, pero la mano de su asesino la persiguió para hacerla caer. La policía decretó

violencia doméstica: una reyerta familiar que se salió de control y en la que Cristóbal, después de asesinar accidentalmente a su cónyuge, se da a la fuga. Ningún miembro de la familia comulgó con esa tesis; mucho menos Paty, que para entonces estaba jugando con Pablo en un parque vecino. La versión oficial resultaba sencilla en comparación a otra conjetura, más atroz y verosímil, que la justicia se negó a explorar: la de un secuestro que tenía la intención de no dejar testigos. Un miope, por más asesino que sea, no puede darse a la fuga sin sus anteojos, reclamaron los padres de Cristóbal cuando Paty les dijo que sus lentes, y un zapato, eran los únicos vestigios de su hijo en la casa cuando ella regresó. Un prófugo no abandona su pick up en la acera de enfrente para huir descalzo, insistieron.

Me aterra pensar en el destino de Cristóbal; de hecho su desaparición teje un laberinto de suposiciones que me niego a recorrer. Me es suficiente imaginar el cuerpo de Camila quebrado contra el suelo, segundos después de haber caído desde lo alto de la escalera de caracol que llevaba a su azotea. Lo único que me anima es el recuerdo de nuestra última charla juntos, su entereza, y cuando la vuelvo a ver de esa forma la imagino descendiendo con tanta gracia, con tanta serenidad, que en lugar de caída su trayectoria me parece vuelo.

Por intuición he seguido revisando sarcófagos, deteniéndome con atención donde hay niños. Casi no me sorprendió descubrir que mi personaje reaparece en otro, en uno de los que alberga el Camposanto Monumentale de Pisa: el niño se encuentra en el extremo izquierdo de la parte delantera, es el que se levanta el vestido para orinar. No tiene alas y la tiara no la trae en la

cabeza —aparece a sus pies—, pero estoy seguro de que es el mismo personaje que descubrió Saxl, es el modelo del autor del Geloiastos.

Al mismo tiempo que escribía Plutarco, Dion de Prusa emprendió una cruzada en contra de lo cómico. En su discurso XXXII reprende a los alejandrinos por frívolos y parranderos, vicios inaceptables incluso para un cínico como él. Está de paso por la ciudad y le escandaliza que sus habitantes estén todo el día en el teatro, en las carreras, oyendo música y bailando. Por eso les reconviene: "lo bueno y apreciable no es lo que hace reír, sino lo que pone alegre", y entre moralista y estoico, concluye: "los hombres buscan la risa por necesidad y falta de alegría".

Aunque Auerbach se lamentaba de que en Estambul no existiera "ninguna biblioteca bien provista para estudios europeos", la del Monasterio de San Pedro y de San Pablo no era nada despreciable. Ahí se dedicó a investigar por años para un libro que resultó tan ambicioso como minucioso, tan erudito como divulgador, y escribió un texto lleno de gracia, agudeza y morriña. En *Mimesis* recorrió la historia de la literatura europea de Homero a Virginia Woolf, pasando por la negación de Pedro y la boca de Pantagruel, porque intentaba rastrear las formas en que Occidente ha representado la realidad. Con "realismo" Auerbach quería expresar lo contrario a fascismo, utilizaba el término casi como un sinónimo de democracia: es la forma en que el pueblo, el hombre común, encontró su lugar en la cultura al ser representado por ésta en toda su dimensión trágica.

Mimesis no es un texto de denuncia, tampoco un ejercicio de erudición solipsista: es filología en estado de sitio. Auerbach almacenó autores, obras y extensas citas textuales en seis idiomas distintos no sólo porque estaba confeccionando a contrarreloj la historia literaria de una comunidad que se autodestruía. También porque buscaba la dignidad del hombre, y sus páginas excavaban para encontrar en la tradición los momentos exactos donde ocurre esta anomalía para poder encapsularla.

> ¿Querrían, acaso, señores, ser diligentes por un momento y prestarme su atención? Porque pasan el tiempo jugando siempre y descuidados, y nunca les falta, por así decirlo, entretenimiento, diversión ni motivo de risa. Son, incluso, dados a la broma, simpáticos, y tienen muchos servidores para estos menesteres. Pero lo que es seriedad, los veo totalmente faltos de ella […]. Es verdad que son alegres y los más hábiles de todos en gastar bromas. Pero esa no es ocupación propia de un pueblo. ¿Cómo lo iba a ser? Tampoco lo es de una ciudad, sino de un Tersites cualquiera. Pues aquél, como dice Homero, era de todos los griegos el más payaso de cuantos habían llegado a Troya, que ni siquiera hablaba con dignidad: "sino lo que se le ocurría resultaba ridículo para los argivos…"
>
> Pues lo bueno y apreciable no es lo que hace reír, sino lo que pone alegre; y los hombres buscan la risa por necesidad y falta de alegría. En todo caso, habrán oído hablar de la planta sardónica, que produce risa, pero amarga, y que lleva a la perdición. No se aficionen, pues, tanto a esa risa […].
>
> (Dion de Prusa, *Discursos*, XXXII.)

Si, como afirman los eruditos, conservamos menos del diez por ciento de las obras producidas en la Antigüedad, ¿es dable suponer, a partir de las cinco menciones que nos quedan del dios Gelos, que sólo hubo cincuenta?

En la isla de Ánafe también existía un ritual cómico, o al menos eso es lo que da a entender Apolonio de Rodas al final de sus *Argonáuticas*. Dice que una noche, estando Jasón y sus hombres perdidos en el mar, le rogaron a Apolo que les indicara el camino. Entonces brilló una luz, una especie de faro potentísimo que les permitió orientarse y recalar en esa isla. Al día siguiente le construyeron un altar en agradecimiento, y como no tenían nada que sacrificarle, decidieron libar agua en lugar de vino. A las mujeres que venían con ellos les pareció tan ridícula la ceremonia que empezaron a reír y los argonautas las acompañaron de buena gana. Por eso dice el autor: "A partir de aquel juego de los héroes, las mujeres en la isla de igual modo disputan con los hombres, cuando con sacrificios se propician a Apolo Resplandeciente".

Geleón, nombre de la mítica fuente frigia cuyas aguas hacían reír a quien las bebía; en las inmediaciones se encontraba otro yacimiento llamado Cleón, que producía el efecto contrario.

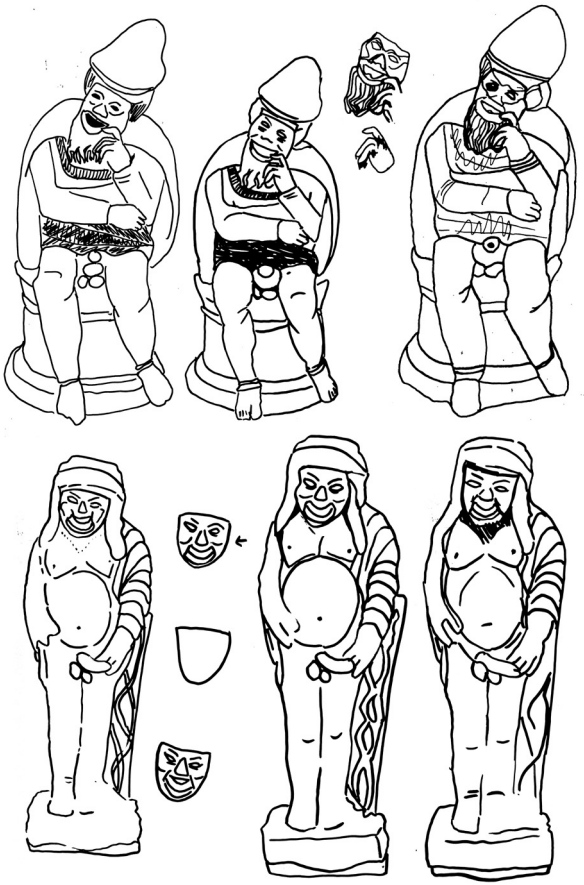
La fiesta de Artemis Ortia era particularmente sangrienta. Según Pausanias, consistía en azotar violentamente a jóvenes espartanos a la entrada del templo. De acuerdo a un oráculo el santuario debía estar siempre regado de sangre humana, por ello en sus orígenes el ritual consistía

en el sacrificio de un hombre. Licurgo fue quien sustituyó esta práctica por la flagelación, tenía que ser realizada frente a una sacerdotisa que cargaba la imagen de la diosa. Se dice que esta escultura era muy pequeña y liviana, pero se iba tornando cada vez más pesada si los azotes eran dados sin fuerza.

Galeno consideraba propio de "pusilánimes" y gente de "poco valor", morir por una gran alegría o un ataque de risa. Se trata de una cuestión cardiaca: el hombre valiente es de corazón chico y enjuto, mientras que el cobarde lo tiene grande, tanto que al entusiasmarse se expande en demasía. No me extraña que este padecimiento sea particularmente común entre escritores: dicta la tradición que Sófocles, Dionisio I de Siracusa y Filípides murieron al saberse ganadores de un certamen literario.

La Lupercalia es otra fiesta que parece articular todas estas inquietudes. Era una ceremonia romana que, según Dionisio de Halicarnaso, fue llevada a la península de los Apeninos por colonos arcadios para honrar al dios Pan. Cada quince de febrero, en una gruta ubicada en el monte Palatino, dos sacerdotes sacrificaban dos cabras y un perro para después, con la sangre que permanecía en los cuchillos, embadurnar la frente de dos jóvenes patricios que en ese momento se iniciaban en la vida adulta. Luego, con un pedazo de piel mojada en leche, les limpiaban la sangre de la cara y era entonces que los muchachos tenían que reír. A continuación cortaban el cuero de los animales en tiras y, con éstas en la mano, salían corriendo desnudos por toda la ciudad, dispuestos a azotar a las mujeres que se interpusieran en su camino. Se creía que

este contacto ayudaba a parir a las mujeres embarazadas y hacía fértiles a las que no lo estaban. Este festival estuvo muy arraigado entre los habitantes de Roma durante siglos, hasta que fue abolido por un papa llamado Gelasio.



"Pausanias escribió su *Descripción de Grecia* en el 200 d.C., cuando los lugares de culto y otros muchos monumentos empezaban a quedarse en ruinas", señaló Benjamin en una página de sus *Pasajes*. Él se propuso hacer un

proyecto similar: exhumar los restos del París decimonónico para explicar el nacimiento del capitalismo.

Con la paciencia y minuciosidad de un pepenador —creo que la analogía no le hubiera molestado—, Benjamin acumuló durante sus años de trabajo en la Biblioteca Nacional una enorme cantidad de basura. Y es que sabía por Balzac que mientras "las ruinas de la Iglesia y de la Nobleza son sublimes y nos llenan hoy de admiración, las de la Burguesía serán sólo un innoble detritus de cartón piedra, escayolas y colorines". Por eso la profusión en sus *Pasajes* de anuncios publicitarios, información sobre el desagüe parisino, canciones de vodevil, pintas callejeras, residuos y desperdicios de la incipiente sociedad de consumo.

El libro de los pasajes, tal como lo conocemos ahora, parece un conjunto caótico de citas textuales, fragmentos inconexos y reflexiones aisladas de un todo difícil de imaginar. Por momentos el lector cede ante la ilusión e intenta convencerse de que se trata de un mosaico, una imagen coherente conformada por los cientos de estas minúsculas piececillas, y que sólo falta encontrarles el orden y la ubicación para obtener el todo. Pero luego se ve obligado a cambiar de opinión: el texto no requiere un manual de uso ni sus elementos ensamblaje. Pareciera más bien que Benjamin derrumbó uno de esos pasajes parisinos de los que habla y lo único que podemos leer es el escombro, el cascajo que quedó tras la demolición. Y esa era su interpretación del siglo XIX: una historia de la modernidad que intentaba hacer evidentes, al desmantelarlos, los mecanismos por los cuales circulaba el capital.

En un sitio funerario del Ática se han encontrado catorce estatuillas representando actores cómicos, algunos de ellos

aparecen con el falo expuesto. Se remontan a la época clásica —siglo v, más o menos— y no son un ejemplo aislado, al parecer la confección de estas figurillas fue masiva en la región por aquella época. Las costumbres son tenaces: por el lugar donde fueron encontradas es muy probable que su labor haya estado vinculada con la risa ritual —y ante ellas resulta imposible disociar lo cómico de la muerte, o no pensar en la facultad regeneradora de la risa—. Aunque ninguna representa al dios Gelos —todas tienen máscaras, es decir, su naturaleza de actores cómicos está claramente establecida—, la exhibición de su miembro me recuerda, inevitablemente, al niño que orina.

A mediados del siglo ii, el orador Elio Arístides pronuncia el alegato más vehemente en contra de la risa en la Antigüedad. Su discurso está dedicado a los habitantes de Esmirna, y los apremia a reducir los espacios para el jolgorio —en particular propone prohibir la representación de comedias—. No está en contra de la celebración de las Dionisias, exclama, pero pide que sean abolidas las orgías diurnas, de una vez también las nocturnas, así como los "insultos" —¿se refiere a la práctica ritual en que hombres y mujeres se lanzan bromas unos a otros?—. "No es agradable verse forzado a escuchar difamaciones", continúa, "pero seguir escuchándolas voluntariamente es un ejercicio de maldad. Esta es una de las primeras actividades que conduce a la perversidad". La indignación de su discurso recuerda más a los cristianos primitivos que a Aristóteles o Cicerón. La risa para entonces ha dejado de ser algo censurable por su carácter rústico o incorrecto, más bien se busca proscribir por su naturaleza pecaminosa.

No tuve valor para ir al funeral, tampoco para asistir al cementerio. Inventé una excusa por demás narcisista: una parte de mí también había muerto ese día, pensé, tenía derecho a un luto íntimo. Después no se celebraron misas, así que cumplí con devoción un novenario que, sin nadie más, realicé en reclusión hogareña. Cuando una hermandad es de dos y uno muere, desaparecen los testigos: las promesas se diluyen y el sobreviviente queda libre de cualquier obligación. Eso podría ser un alivio. Pero también uno descubre, de pronto, que es como si nada de todo aquello hubiera existido. El pasado se vuelve un holograma que sólo puede recuperar su consistencia si la vieja promesa finalmente se cumple, y yo soy un hombre de palabra.

A pesar de mis desplantes, sus padres no supieron guardarme rencor. De hecho, hace unos días el señor Torres me hizo llegar a través de mi mamá "mi herencia". En una carta me cuenta de su nieto y su paulatino proceso de aceptación. Camila, su única hija, dejó un hueco que Pablo de una u otra manera ha venido a ocupar. Tiene ya nueve años y, sólo ahora que empieza a hacer preguntas, el señor Torres y su mujer se han atrevido a revisar las pertenencias de Camila, a abrir esas cajas que mantuvieron apiladas durante todo este tiempo. Y en uno de sus libros, no me dice cuál, encontró una postal nunca mandada, dirigida a mí. Es la foto de la acrópolis de Esparta, adquirida en un viaje del que no tuve noticia a principios de 2006, poco antes de embarazarse de Pablo. En esa época yo vivía en Baviera, y estaba convencido de que Camila no me visitaba por falta de fondos. Mis invitaciones habían sido tan insistentes como sinceras, y apenas ahora descubría que sus excusas no lo habían

sido tanto. En la parte trasera de la postar pude leer: ¡Reportándome desde Esparta! Sólo para informarle, mi querido Camarada, que hacia el oeste de la ciudadela, entre un caos de ruinas apenas visibles, he podido comprender absolutamente todo. ¡Adiós!

> Digo que es conveniente celebrar una fiesta en honor a Dionisio y, ¡por Zeus!, también en honor a Afrodita y de todos los demás dioses, en la que se ofrezcan libaciones, se realicen sacrificios, se canten peanes, se lleven coronas y no se olvide ninguna otra muestra de piedad. Pero una de estas prácticas, que resulta muy agradable a la plebe, pero que a las personas honradas les resulta penosísima, pido que sea abolida, y me refiero a los insultos y a esas orgías diurnas, y, ¡por Zeus!, yo por mi parte añadiría también a aquellas que se celebran por la noche, y pido que no haya ni poetas ni actores en éstas, y que no se trate a broma lo que sería mejor no tratar. Así están las cosas. No es agradable verse forzado a escuchar difamaciones, pero seguir escuchándolas voluntariamente es un ejercicio de maldad. Ésta es una de las primeras actividades que conduce a la perversidad, y no se podría hacer un mayor reproche a un ciudadano particular, o a toda una ciudad, que el de complacerse en el mal.
>
> (Elio Arístides, *Discursos*, XXIX.)

Al menos una vez al año los jóvenes de Laconia tenían que asistir a un ritual "báquico", por designarlo de alguna manera. Consistía en obligar a beber inmoderadamente a un grupo de esclavos para después, en los banquetes públicos, ordenarles cantar y ejecutar bailes humillantes

y ridículos. Sólo de esta forma el joven libre entendería los peligros del vino y no se excedería en su ingesta.

El que desciende a los infiernos no debe reír. La risa es vida, brillo, resurgimiento, por tanto impertinente en el Hades. De aquí que sean carcajadas las que deban escucharse al salir del inframundo. En la Lupercalia, por ejemplo, después de una muerte y una resurrección simbólicas, los jóvenes deben reír para confirmar con este gesto su existencia adulta. También es famoso el oráculo de Trofonio, en Beocia, donde una vez al año un eminente miembro de la comunidad debía descender por una gruta para consultarlo. Pausanias dice que nadie sabía qué se veía o escuchaba en las profundidades de ese inframundo, pero el emisario regresaba al poco tiempo lleno de terror y sin conciencia de sí. "Después", dice el geógrafo, "recobrará todas sus facultades y le volverá la risa".

Ernst Robert Curtius: "La erudición es una de las formas de la piedad".

Octava conclusión extraída de los datos obtenidos: creo posible asegurar que este niño no es Eros o un cupidón cualquiera. Ninguno de éstos suele representarse vestido, y mucho menos se levanta la ropa para orinar. La imagen del niño que se levanta la túnica para mostrar su miembro y orinar es de un personaje particular, una criatura que debió haber tenido un nombre propio y una historia exclusiva. En otras palabras: no es un elemento decorativo como suelen serlo los putti o amoretti que lo acompañan. Su aparición significa algo muy concreto y particular, y si estos suelen figurar en sarcófagos es porque —su-

pongo, basándome en casos de otras latitudes— podrían ser la entidad antropomórfica que encarnara la antigua risa ritual. Tal como los Risus de Galia, las figurillas de actores cómicos del Ática —¿y las caritas sonrientes totonacas?—, estos niños que orinan también podrían estar vinculados con la muerte y la resurrección. El escultor de sarcófagos debía saber por qué ponía esos niños ahí. Tal vez los deudos ya no, tal vez un romano común de la época imperial lo veía como un adorno insignificante, pero una persona instruida —¿Plutarco?, ¿Apuleyo?, ¿Filóstrato?— sabría que este personaje representaba el anhelo que todo ser humano ha experimentado en cualquier época: que nuestros difuntos no mueran totalmente.

Aunque Ateneo refiere una historia curiosa: uno de los exploradores del oráculo de Trofonio perdió para siempre la capacidad de reír. Descendió, resurgió y volvió a su estado natural, pero pasado el tiempo descubrió que no reía. Intrigado por su situación consultó a una pitonisa y le dijo que "esa facultad se la daría su madre, en casa, si la reverenciaba". Perdió la fe cuando volvió a su hogar y no superó el padecimiento. Muchos años después, mientras paseaba por las calles de la isla de Delos, se dirigió al templo de la diosa Leto. Esperaba encontrar ahí un santuario tan lujoso como la ciudad misma, pero al entrar se topó con una escultura de madera tan tosca que no pudo evitar reír. Entonces entendió las palabras de la sacerdotisa y adoró a esa deidad desde ese momento en adelante.

La austeridad espartana era tan radical que pronto alcanzó la esfera del lenguaje. De la palabra Laconia deriva el

adjetivo "lacónico", y es que sus habitantes eran educados para decir mucho en pocas palabras. Célebre es la respuesta del oficial Dienekes en la batalla de las Termópilas: cuando el enemigo mandó decirle que tenía tantos arqueros que sus flechas taparían la luz del sol, se limitó a decir: "Perfecto, combatiremos a la sombra".

Entre los yakutos, habitantes de la República de Sajá, se mantenía hasta hace poco un ritual dedicado a la diosa Ijehsit. Tres días después de cualquier nacimiento, las mujeres de la comunidad se reunían para almorzar en la casa de la recién parida; en algún punto del banquete una de las invitadas se echaba a reír, provocaba risa en las demás y esto posibilitaba el próximo embarazo.

Apenas ayer, mientras releía una vez más estos apuntes, reparé en la historia del éforo Agileo. Ni siquiera me acordaba de él, quizá por su minúscula participación en mi cruzada. Cuenta Plutarco que cuando Cleómenes lo intentó matar, Agileo se refugió en el templo del dios del Miedo; horas más tarde, cuando tuvo los arrestos para salir, sus enemigos le perdonaron la vida. Esto es lo que yo he estado haciendo todos estos años, sólo que decidí guarecerme en el templo vecino. Me metí en el santuario del dios de la Risa y aún me aterra salir. Espero que la realidad sea tan indulgente conmigo como lo fueron con él los espartanos.

En el epígrafe de su obra, Jaeger se encomendó a Menandro: "La paideia es un puerto de refugio para toda la humanidad".

El proceso de solemnización que se inicia con Dion de Prusa, y que claramente continúa Elio Arístides, parece culminar de golpe con Clemente de Alejandría. En su *Pedagogus*, este cristiano que escribe a principios del siglo III, declara sin ambages: "A los hombres que saben imitar las risas y, en general, cualquier situación ridícula, debemos desterrarlos de nuestra república". ¿Se estará refiriendo al arte de los mimos? No lo sé, pero cuando Chorikios de Gaza defiende la comedia en el siglo VI, parece debatir con alguien que piensa como San Clemente, o con el espíritu de San Clemente mismo.

El giro axiológico aquí es radical. Sí, la risa sigue siendo un signo de tontería y perversidad, como en sus maestros paganos, pero ahora también es una tentación: vulnera la "afanosa búsqueda" espiritual del hombre. Por ello sugiere que la austeridad del buen asceta cristiano sólo debe distenderse con "moderación", sin "relajarnos hasta la disonancia", ya que resultaría vergonzoso e inapropiado.

Este es el mundo al que pertenece fray Jorge de Burgos; él como San Clemente podría haber dicho: las prostitutas "provocan la sonrisa que desemboca en la fornicación". Frase que inaugura un nuevo capítulo en la historia de lo cómico.

En su libro sobre Beocia, Pausanias describe una fuente similar a la que aparece en *El sueño de Polífilo*. No me refiero a la del niño que orina, más bien a la de la mujer que se encuentra justo del otro lado de las termas, la que expulsa agua por los pezones. Dice que en el monte Libetrio, cerca de la ciudad de Coronea, se podían apreciar esculturas dedicadas a las ninfas y a las musas, además de dos fuentes "de forma semejante a unos pechos de

mujer" de donde "sale agua como leche". En algún lugar de la Hélade debió haber existido la escultura de un pene que expulsara agua en vez de orina.

> Incluso la risa debemos frenarla. Porque la risa emitida debidamente da impresión de equilibrio, mientras que lo contrario denota desenfreno. En una palabra: cuanto es dado a la naturaleza humana no debe suprimirse, sino más bien darle la justa medida y el tiempo oportuno.
>
> No por el hecho de que el hombre sea un animal que ríe, debe uno reírse de todo; ni porque el caballo relinche, debemos relinchar siempre. Como animales racionales que somos, debemos gobernarnos con mesura, y distendernos en las ocupaciones serias y en las tensiones del espíritu con moderación, sin relajarnos hasta la disonancia.
>
> (Clemente de Alejandría, *Pedagogus*, II, v.)

No olvidar el nacimiento de Orión. En una de las versiones del mito, Zeus, Hermes y Poseidón visitan a Hireo, rey de Beocia. El anfitrión cocina una res completa en su honor y, al terminar la comida, los dioses le conceden un deseo. El rey lo único que quiere es un hijo. Entonces toman la piel de la vaca que se acaban de comer y las tres divinidades orinan sobre ella. Después la entierran y le piden a su huésped que no la exhume sino hasta el décimo mes. Cuando finalmente lo hace aparece Orión, su heredero.

Bajo la dominación de Roma, en una época en que Esparta no tenía más ambiciones políticas ni bélicas, se extremó su proverbial rudeza. Se sabe que de todos los confines del imperio viajaban a Laconia curiosos ávidos de crueldad y

salvajismo, incluso bien entrado el siglo IV. Para ellos se construyó un anfiteatro en el que podía observarse la flagelación de efebos durante las fiestas de Artemis Ortia. No era extraño que para esta época los latigazos se excedieran en brutalidad y terminaran por matar a sus víctimas, en un intento por no decepcionar al auditorio.

Génesis 9:20 relata un episodio bochornoso: Noé hace vino por primera vez y borracho colapsa desnudo al interior de su tienda. Su hijo Cam lo encuentra y, en lugar de cubrirlo, al salir "avisó a sus dos hermanos afuera". Al día siguiente Noé despierta y lo primero que hace es maldecir a su hijo y a toda su descendencia. El castigo no es por haberlo dejado destapado, el pecado de Cam fue escarnecer a su padre por decir públicamente que estaba borracho y desnudo. Es decir, la desnudez y en particular la exposición de genitales no siempre es festiva ni regenerativa. En algunos casos sólo es humillante y deshonrosa, como la desnudez con la que Odiseo amenaza a Tersites: "no sería ya llamado padre de Telémaco,/ si yo no te cojo y te arranco la ropa,/ la capa y la túnica que cubren tus vergüenzas,/ y te echo llorando a las veloces naves". Aquí hay una contraposición que no puedo conciliar: es como si sólo los genitales de dios —y la risa que provocan— tuvieran ese poder seminal; los del hombre, al contrario: nada más provocan burla, una risa venenosa, tóxica, más cercana a la violencia que a la vida. ¿El dios Gelos sólo provoca la primera clase de risa?

No puedo ignorar este contrapunto: la idea de la risa como algo pecaminoso empalma, exactamente, con las tres menciones del dios Gelos. Plutarco y Dion de Prusa

fueron contemporáneos, así como Apuleyo y Filóstrato lo fueron de Elio Arístides y San Clemente. Esta coincidencia esboza una pugna, un conflicto entre dos formas de entender lo cómico del siglo I al III, y que probablemente sólo culminó con el fracaso de Chorikios de Gaza, tres siglos más tarde. Durante este enorme lapso de tiempo la risa dejó de ser algo fértil para convertirse en algo vil, aunque su magia reproductora perviva aún en un sustrato remoto.

En su primer libro Heródoto describe el tributo que los lidios enviaron al oráculo de Delfos. Ahí dice que un aguamanil tiene una inscripción donde "consta que es una ofrenda de los lacedemonios", pero asegura que no es así; esa leyenda es posterior y engañosa. "En cambio", continúa, "sí que es de los lacedemonios la estatua del niño por cuya mano corre el agua". Voy a escribirlo una vez más: "sí que es de los lacedemonios la estatua del niño por cuya mano corre el agua". ¿Qué tipo de estatua es ésta? Si la mano rodea su miembro, el agua de esa fuente parecería salir de su mano. ¿Es posible que se tratara del niño que orina? Licurgo, antes de esfumarse de la faz de la tierra fue a Delfos a entregar un tributo. ¿Acaso él llevó esta escultura? ¿Se trata de una representación del dios Gelos, del dios que él mismo mandó entronizar?

"Con esto creo que he dicho todo lo que debo decir, sólo falta encontrar al lector", escribió Erich Auerbach en el último párrafo de su libro. "Ojalá mi investigación llegue tanto a mis amigos supervivientes como a todos aquellos lectores a quienes va dirigida, y pueda contribuir a reunir

a los que han conservado límpidamente el amor hacia nuestra historia occidental".

Todos los hombres reímos y todas las culturas le dan su preponderancia a la risa ritual, pero sólo los espartanos erigieron un dios de la Risa. ¿Por qué recurrir a esta apoteosis? ¿Quién la encumbraría de esa manera? Lo primero que se me ocurre: una comunidad profundamente triste. "El hombre sufre tanto que ha tenido que inventar la risa", escribió Nietzsche, y yo, por algún motivo, no me he conformado con ejercerla. Exhumar el espíritu del dios Gelos ha sido la única manera de entender y sublimar mi angustia, simultáneamente.

Walter Benjamin nunca terminó sus *Pasajes*; se quitó la vida en un cuarto de hotel en Port-Bou, España, mientras esperaba su deportación a territorio nazi. Llevaba meses huyendo de la Gestapo: poco antes de la caída de París escapó a Lourdes, semanas después a Marsella, y desde ahí esperaba cruzar a Cataluña para alcanzar Portugal y embarcarse a los Estados Unidos. Embrollos burocráticos le impidieron terminar la travesía.

Aun así se aseguró de que sus *Pasajes* sí lo hicieran. Antes de salir de París visitó a George Bataille en su oficina de la Biblioteca Nacional y le encargó el manuscrito de su libro inconcluso; se trataba del ejemplar que ha llegado hasta hoy. Pero todo parece indicar que llevó consigo una copia extra que, poco después de su muerte, se perdió. Algo que guardaba en un maletín negro cuando cruzó los Pirineos cimenta esta conjetura. Era un documento "terriblemente pesado", como recuerdan sus compañeros de viaje, ya que entre todos tuvieron que ayudarle a cargarlo. Cuando le pidieron que por favor se deshiciera de él porque ponía en peligro la vida del grupo, el filólogo se negó. "Es mi último manuscrito", les dijo, "esta cartera es la cosa más importante para mí, no puedo arriesgarme a perderla". "Es el manuscrito lo que debe salvarse", repetía, "el manuscrito es más importante que yo".

Benjamin sabía que en las guerras siempre hay alguien que cruza una frontera con un maletín terriblemente pesado; lleva consigo una parte de la memoria del mundo.

En el museo de Louvre se encuentra una escultura griega, fechada en el periodo helenístico, de un niño que orina. No tiene la corona de hidra en la cabeza, tampoco "corre el agua" de su mano pero, sin duda, es el mismo personaje que

aparece en los altorrelieves de los sarcófagos. ¿La escultura que mandó hacer Licurgo podría haber sido similar?

Descubrir a Gelos implica reconocer su capacidad cósmica de luz, de vida, de fertilidad. Esa es la risa de los dioses, la risa total y mágica. Pero las deidades son por definición la contraparte de los hombres, lo que nosotros no somos. ¿La risa mortal sería, por ende, dolor, humillación, crueldad? El monolito mismo del dios de la Risa podría contemplar, en su materialidad, estas dos maneras de reír: aunque represente una divinidad ha sido confeccionado por las manos del hombre. Aunque aspire al regocijo celeste, es posible que sólo haya intentado administrar lo violento de la risa humana.

En la primera mitad del siglo XVI, tal vez un poco después de que se publicara el *Polífilo* de Colonna, Celio Calcagnini dedicó una oda en hexámetros latinos al dios Risus. Es una típica composición de erudito humanista que, entre mis páginas, cobra ecos de plegaria.

> ¡Tristeza, vete, surja la Risa, llene la Risa
> mi pecho y con alegre Risa salte el corazón!
> La Risa es el placer de los dioses y los hombres,
> pues si algo de crédito hemos de concederle a Homero:
> "Una inextinguible risa se elevó entre los felices dioses."
> Incluso había sido sancionado por la ley de Licurgo
> que los espartanos, luego de que la guerra terminara,
> ofrecieran sacrificios
> a la Alegría y que hiciesen fiestas solemnes a la Risa;
> también Licurgo construyó su altar con la piedra
> de Paros.

Aquí, donde después del trabajo de Marte la estirpe
áspera en la guerra
ponía despiertos cuidados y acostumbrados esfuerzos,
alzando la cara maltratada por el casco, alzando
los rostros
manchados de polvo y disipando de la frente la nube,
la propia Venus se hacía presente como compañera de
la Risa
e infundía en el pecho jovial largas carcajadas.
También ustedes, descendientes de Rómulo, en otro
tiempo ínclita prole,
tan pronto como la brisa del Favonio libraba las tierras
endurecidas por el frío,
entretejiendo los campos con primaverales flores,
desvanecían con risas las penosas cargas de los
acontecimientos
y Roma se asombraba de las enormes risotadas.
Sin duda estas cosas constituyen a los pueblos, incluso
al gran orbe:
el equilibrio, la seriedad, y a la vez la lascivia para
la vida,
la Risa en las preocupaciones y la modestia en el lujo.
Que también estas cosas me conforten a mí, que me
hallo lejos de mi patria
y de los míos, arrastrado por tantas tempestades a
través de mares y tierras,
y alivien los daños del funesto hado.
Prodigue también las deseadas Risas luego de largas
molestias.

Probablemente sea la única obra literaria dedicada a este dios. La única que queda, al menos. Y ahora que la trans-

cribo no puedo evitar verme reflejado en sus versos. Calcagnini sólo puede recopilar los pocos datos que tiene a la mano y después interpreta, con muchísimas licencias poéticas; yo he procedido de modo similar. Ambos, a punta de conjeturas, hemos tratado de resucitar a un dios, construirle un templo modesto e implorar por su indulgencia. Que sus atributos "alivien los daños del funesto hado" —¡amén!— y su risa permita, de nueva cuenta, el nacimiento del espíritu.

Agradecimientos

A Verónica Gerber Bicecci y a Juan Pablo Anaya, por unirse a la excavación. A Luis Carlos Hurtado, Ingrid Solana, Humberto Duque, Mirta Beatriz Bicecci Gálvez y a todos los miembros del Café Majestic, por la lectura. A Miguel Monroy, por los números. A Pablo Duarte, por la conversación. A Ediciones Antílope, por las agallas. Y a Verónica, una vez más, por los dibujos, los verbos, las risas.

Entre un caos de ruinas apenas visibles es el primer título
de la colección Impala y pertenece a la serie Presente.
Se terminó de imprimir y encuadernar el
mes de octubre de 2017, en una ciudad que no está
para bromas, en los talleres de imagen **es** creación impresa
en Oriente 241-A núm. 28 bis, col. Agrícola Oriental,
CP 08500, del. Iztacalco, Ciudad de México.

La edición consta de 1000 ejemplares.

A la historia de la risa le falta su primera piedra. Nos quedan breves noticias de un pedestal; el testimonio de un hueco que, en su omisión, revela los vestigios de algo indescifrable. *Entre un caos de ruinas apenas visibles* intenta desentrañar esa incógnita, y emprende una expedición en busca de Gelos, el dios espartano de la risa. En el trayecto, el narrador evoca otras pesquisas: las que dieron sentido, esperanza y consuelo a cuatro filólogos alemanes –Ernst Robert Curtius, Wilhelm Jaeger, Erich Auerbach y Walter Benjamin–; así como recuerdos de infancia que, una vez más, relatan una historia cien veces repetida: el hallazgo de la amistad y la literatura. En este ensayo, tejido con narraciones, imágenes y citas, el autor reconstruye un pequeño templo en espera de lo sagrado.

Guillermo Espinosa Estrada nació en Puebla en 1978 y vive actualmente en la Ciudad de México. Es autor de *La sonrisa de la desilusión* (Tumbona Ediciones, 2011) y administra la biblioteca digital *Bibliotheca Scriptorum Comicorum* <www.bibliothecascriptorumcomicorum.org>.

IMPALA

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

ANTÍLOPE

presente

ISBN 978-607-97070-7-1